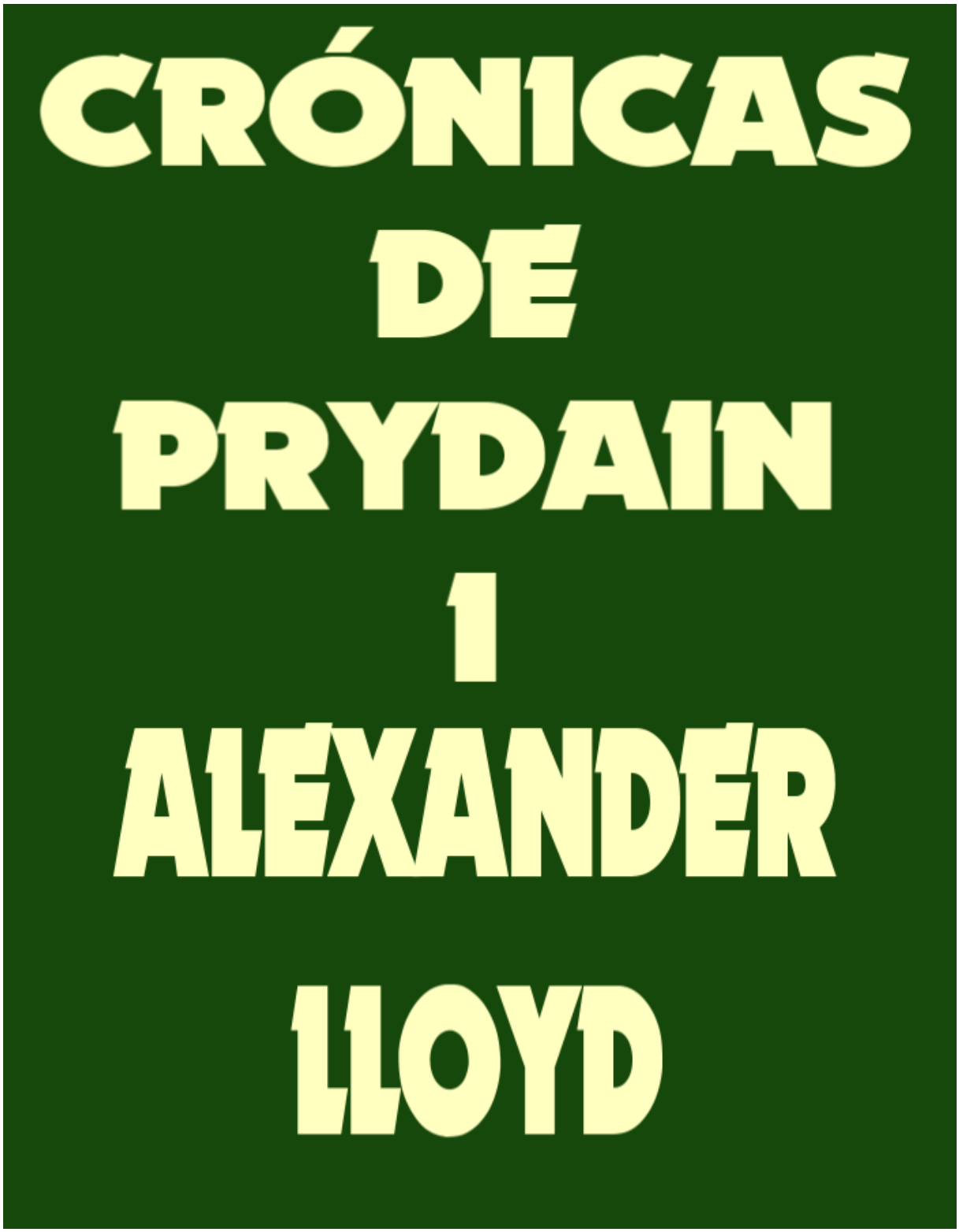
LIBRO dot.com

EL LIBRO DE LOS TRES
Crónicas de Prydain I
ALEXANDER LLOYD



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Para los niños que escucharon, los adultos que tuvieron paciencia y, especialmente, para Ann Durrell.

Comentario del autor

Esta crónica de la tierra de Prydain no es una remodelación ni una nueva versión de la mitología galesa. Prydain no es Gales... al menos, no del todo. Su inspiración procede de ese magnífico país y sus leyendas; pero, esencialmente, Prydain es un país que sólo existe en la imaginación.

Algunos de sus moradores han sido extraídos de los viejos relatos. Gwydion, por ejemplo, es una «auténtica» figura legendaria. Arawn, el temible Señor de Annuvin, procede de los Mabinogion, la colección clásica de leyendas galesas, aunque en Prydain es considerablemente más maligno. Y hay una base mitológica real para el caldero de Arawn; Hen Wen, la cerda oráculo; el viejo hechicero Dallben y algunos otros personajes. Sin embargo Taran, el Aprendiz de Porquerizo, al igual que Eilonwy, la del cabello rojo dorado, nacieron en mi propia Prydain.

La geografía de Prydain es única. Cualquier parecido entre ésta y la de Gales puede que no sea casual..., pero el libro no debe ser usado como guía para turistas. Es un país pequeño, pero con el espacio suficiente para la caballerosidad y el humor y, en él, hasta un Aprendiz de Porquerizo puede albergar ciertos sueños.

La crónica de Prydain es una fantasía. Cosas semejantes jamás ocurren en la vida real. ¿O sí ocurren? A la mayoría de nosotros se nos llama a desempeñar tareas que se hallan mucho más allá de lo que nos creemos capaces de hacer. Nuestras capacidades rara vez están a la altura de nuestras aspiraciones y, a menudo, nos encontramos lamentablemente mal preparados para ellas. En ese sentido, todos somos Aprendices de Porquerizo en lo más hondo de nuestro corazón.

Lloyd
Alexander

Librodot

1 - El Aprendiz de Porquerizo

Taran quería hacer una espada; pero Coll, encargado del aspecto práctico de su educación, se decidió por las herraduras. Y toda la mañana había estado llena de herraduras. A Taran le Dolian los brazos y tenía el rostro negro a causa del hollín. Por fin, dejó caer el martillo y se volvió hacia Coll, que le estaba observando con aire de crítica.

-¿Por qué? -exclamó Taran-. ¿Por qué tienen que ser herraduras? ¡Como si tuviésemos caballos!

Coll era fornido y rechoncho y su rosada y calva cabezota parecía brillar.

-Es una suerte para los caballos -fue todo lo que dijo, contemplando la obra de Taran.

-Lo haría mejor con una espada -protestó Taran-. Sé que lo haría.

Y, antes de que Coll pudiese responder, cogió las tenazas, puso sobre el yunque un trozo de hierro al rojo vivo y empezó a darle martillazos lo más deprisa que pudo.

-¡Espera, espera! -gritó Coll-, ¡no se hace de ese modo!

Sin prestar atención a Coll, sin ni tan siquiera poder oírle por encima del estruendo de los martillazos, Taran golpeó aún con más fuerza. El aire se llenó de chispas. Pero cuanto más fuerte golpeaba, más se retorcía y se doblaba el metal hasta que, finalmente, el hierro escapó de entre las tenazas y cayó al suelo. Taran se lo quedó mirando, desanimado. Recogió con las tenazas el hierro retorcido y lo examinó.

-No es una hoja muy adecuada para un héroe -señaló Coll.

-Se ha echado a perder -concedió tristemente Taran-. Parece una serpiente enferma -añadió con cierto arrepentimiento.

-Tal y corno intenté decirte -prosiguió Coll-, lo hiciste todo mal. Tienes que sostener las tenazas... así. Cuando golpees, la fuerza debe proceder de tu hombro y has de mantener suelta la muñeca. Cuando lo haces bien puedes oírlo. Hay una especie de música en el golpe. Por otra parte -añadió-, éste no es metal para armas.

Coll devolvió la hoja retorcida y a medio hacer al horno, donde acabó de perder completamente su forma.

-Me gustaría tener mi propia espada -suspiró Taran-, y tú podrías enseñarme esgrima.

-¡Tonterías! -gritó Coll-. ¿Para qué quieres saber tales cosas? No tenemos batallas en Caer Dallben.

-Tampoco tenemos caballos -objetó Taran-, pero estamos fabricando herraduras.

-Y con eso seguirás -dijo Coll, impertérrito-. Es para practicar.

-Y eso también lo sería -suplicó Taran-. Venga, enséñame a pelear con la espada. Debes conocer el arte.

La reluciente cabeza de Coll pareció relucir todavía más. La sombra de una sonrisa apareció en su rostro, como si paladease algo sabroso.

-Cierto -dijo quedamente-. En mis tiempos blandí espadas más de un par de veces.

-Enséñame -volvió a suplicar Taran.

Cogió un atizador y lo empuñó, acuchillando el aire y bailoteando, adelante, atrás, sobre el duro suelo de tierra apisonada.

-¿Ves? -le dijo-. La mayor parte ya la conozco.

-Cuidado con la mano -dijo Coll, riendo levemente-. Si me atacases así, con todos tus saltitos y posturas, te habría hecho trochos hace un buen rato. -Vaciló un momento- . Fíjate -dijo, hablando con premura-, al menos deberías saber que hay un modo correcto y uno equivocado de hacer estas cosas.

Cogió otro atizador.

-Venga -le ordenó, guiñando un párpado lleno de hollín-, ponte recto como un hombre.

Taran alzó su atizador. Mientras que Coll le instruía a gritos, los dos empezaron a lanzarse estocadas y a pararlas, con gran abundancia de ruido, entrechocar de hierros y golpes metálicos, Por un momento Taran estuvo seguro de que iba a vencer a Coll, pero el anciano se alejó de un salto con una sorprendente ligereza de pies. Y le tocó a Taran luchar

desesperadamente para detener los golpes de Coll.

De pronto, Coll se detuvo. Taran hizo lo mismo, su atizador suspendido en mitad de un golpe. En el umbral de la forja se hallaba la alta y encorvada figura de Dallben.

Dallben, el señor de Caer Dallben, tenía trescientos setenta y nueve años de edad. Su barba cubría una parte tan grande de su cara que parecía como si estuviese siempre atisbando por encima de una nube gris. En la pequeña granja, en tanto que Taran y Coll se ocupaban de arar, sembrar, quitar las malas hierbas, cosechar y todas las otras tareas de la labranza, Dallben tenía a su cargo la meditación, una labor tan agotadora que sólo podía llevarla a cabo acostándose y cerrando los ojos. Meditaba una hora y media después del desayuno y volvía a hacerlo una vez más avanzado el día. El martilleo que llegaba de la forja le había despertado de su meditación matinal; su túnica revuelta colgaba sobre sus huesudas rodillas.

-Detened inmediatamente esa tontería -dijo Dallben-. Me sorprendes -añadió, frunciendo el ceño y mirando a Coll-. Hay trabajo serio que hacer.

-No fue Coll -le interrumpió Taran-. El que pidió aprender a manejar la espada fui yo.

-No dije que me sorprendieses tú -recalcó Dallben-. Pero, después de todo, puede que sí me sorprendas. Creo que será mejor que me acompañes.

Taran siguió al anciano saliendo de la forja, a través del patio de las gallinas y al interior de la blanca cabaña con tejado de paja. En ella, en la habitación de Dallben, volúmenes mohosos desbordaban de los estantes curvados bajo su peso para esparcirse por el suelo entre montones de marmitas de hierro, cinturones remachados, arpas con o sin cuerdas y muchos otros adminículos.

Taran ocupó su lugar en el banco de madera, como hacía siempre que Dallben tenía ganas de propinarle una reprimenda o una lección.

-Comprendo muy bien -dijo Dallben, acomodándose tras su mesa- que en el uso de las armas, como en todo lo demás, hay cierto arte. Pero cabezas más sabias que la tuya determinarán cuándo debes aprenderlo.

-Lo siento -empezó a decir Taran-. No debería...

-No estoy enfadado -dijo Dallben, levantando la mano-. Sólo un poco entristecido. El tiempo pasa con rapidez; las cosas siempre ocurren antes de lo que uno se espera. Y sin embargo -murmuró, casi hablando para sí mismo-, me preocupa. Temo que el Rey con Cuernos pueda tener cierta parte en esto.

-¿El Rey con Cuernos? -preguntó Taran.

-Más tarde hablaremos de él -dijo Dallben.

Se acercó un pesado volumen encuadernado en cuero, El Libro de los Tres, del que ocasionalmente leía pasajes a Taran y que, creía el muchacho, encerraba en sus páginas todo lo que era posible desear saber.

-Como ya te he explicado antes -prosiguió Dallben-, y como muy probablemente habrás olvidado, Prydain es una tierra de muchos cantrevs, de pequeños reinos y muchos reyes. Y, por supuesto, de muchos jefes guerreros que tienen soldados bajo sus órdenes.

-Pero el Gran Rey está por encima de todos ellos -dijo Taran-, Math, Hijo de Mathonwy. Su jefe guerrero es el héroe más poderoso de Prydain. Me hablaste de él. ¡El príncipe Gwydion! Sí -prosiguió Taran lleno de entusiasmo-, sé que...

-Hay otras cosas que no sabes -dijo Dallben-, por la sencilla razón de que no te las he contado. Por el momento no me preocupan tanto los reinos de los vivos como la Tierra de los Muertos, Annuvin.

Taran se estremeció ante esa palabra. Hasta Dallben la había pronunciado con un murmullo.

-Y el rey Arawn, Señor de Annuvin -dijo Dallben-. Entérate de esto -prosiguió rápidamente-, Annuvin es algo más que una tierra de muertos. Está llena de tesoros, no sólo oro y joyas, sino toda clase de cosas provechosas para los hombres. Hace mucho tiempo, la raza de los hombres poseyó esos tesoros. Mediante la astucia y el engaño, Arawn se los robó uno a uno para sus propios y malignos fines. Algunos de tales tesoros le han sido arrancados,

aunque la mayoría están escondidos en lo más hondo de Annuvin, donde Arawn los vigila celosamente.

-Pero Arawn no llegó a ser gobernante de Prydain -dijo Taran.

-Puedes dar gracias de que no llegase a serlo -dijo Dallben-. Habría llegado a gobernar de no ser por los Hijos de Don, los hijos de la Dama Don y su consorte Belin, Rey del Sol. Hace mucho tiempo viajaron a Prydain desde la Tierra del Verano y hallaron que este país era bello y feraz, aunque la raza de los hombres poco tenía para sobrevivir. Los Hijos de Don construyeron su fortaleza en Caer Dathyl, muy lejos al norte, en lasMontañas del Águila.

Desde allí, ayudaron a recobrar al menos una parte de lo que Arawn había robado, y permanecieron como guardianes contra la amenaza que nos acecha desde Annuvin.

-Odio pensar lo que habría sucedido si los Hijos de Don no hubiesen llegado -dijo Taran-. Fue el buen destino quien los trajo.

-No siempre estoy seguro de ello -dijo Dallben, con una son risa algo torcida-. Los hombres de Prydain se acostumbraron a confiar en la fortaleza de la Casa de Don igual que un niño se aferra a su madre. Incluso hoy lo siguen haciendo. Math, el Gran Rey, desciende de la Casa de Don, al igual que el príncipe Gwydion. Pero, de momento, eso es todo. Hasta ahora, Prydain ha seguido en paz, todo lo que los hombres son capaces de estarlo.

»Lo que no sabes es esto: ha llegado a mis oídos que ha surgido un nuevo y poderoso señor de la guerra, tan poderoso como Gwydion; algunos dicen incluso que más. Pero es un hombre malvado para el que la muerte es un negro regocijo. Se divierte con la muerte como tú lo harías con un perro.

-¿Quién es? -preguntó Taran.

Dallben meneó la cabeza.

-No hay ningún hombre que conozca su nombre, ni que haya visto su cara. Lleva una máscara con astas, y por tal razón le llaman el Rey con Cuernos. No conozco sus propósitos. Sospecho que en todo esto está la mano de Arawn, pero no puedo decir de qué manera. Te lo digo ahora para tu propia protección -añadió Dallben-. Por lo que he visto esta mañana, tienes la cabeza llena de tonterías sobre hazañas de guerra. Sean cuales sean tus ideas, te aconsejo que las olvides. Se acercan peligros desconocidos. Apenas si has llegado al umbral de la edad viril y tengo cierta responsabilidad en cuidar de que llegues a ella, preferiblemente con tu piel intacta. Por lo tanto, no debes abandonar Caer Dallben bajo ninguna circunstancia, ni siquiera para ir hasta la huerta, y menos aún hasta el bosque... Al menos por el momento.

-¡Por el momento! -estalló Taran-. ¡Creo que ese por el momento será eterno, y toda mi vida consistirá en hortalizas y herraduras!

No chilles -dijo Dallben-, hay cosas peores. ¿Te estás preparando para ser un héroe glorioso? ¿Crees que todo consiste en espadas relampagueantes y galopar a lomos de caballo? En cuanto a lo de glorioso...

¿Qué hay del príncipe Gwydion? -gritó Taran-. ¡Sí! ¡Ojalá fuese como él!

-Me temo -dijo Dallben-, que eso está totalmente descartado.

-Pero, ¿por qué? -Taran se puso en pie de un salto-. Sé que si tuviese la oportunidad...

-¿Por qué? -le interrumpió Dallben-. En ciertos casos -dijo-, aprendemos más buscando la respuesta a una pregunta y no hallándola que conociendo esa respuesta. Este es uno de esos casos. Podría decirte el porqué, pero en estos momentos no haría sino confundirte más aún. Si creces con alguna dosis de sentido común, de lo cual a veces me haces dudar, muy probablemente llegarás a tus propias conclusiones al respecto. Probablemente serán erróneas. Sin embargo, dado que serán tuyas, te sentirás un poco más satisfecho de ellas.

Taran, meditabundo y silencioso, se encogió de nuevo en el banco. Dallben había empezado nuevamente a meditar. Poco a poco, fue apoyando la barbilla en el pecho; su barba flotaba alrededor de las orejas como un banco de niebla y no tardó en roncar pacíficamente.

El aroma primaveral de las flores de manzano entraba por la ventana abierta. Más allá de la habitación de Dallben, Taran divisaba las estribaciones verde claro del bosque. Los campos, listos para cultivar, no tardarían en volverse dorados con el verano. El Libro de los

Tres descansaba, cerrado, sobre la mesa. A Taran jamás se le había permitido leerlo; ahora estaba seguro de que contenía más cosas de las que Dallben tenía a bien contarle. Taran se puso en pie y avanzó por la habitación inundada de sol, con Dallben aún meditando, sin dar señales de que fuese a dejar de hacerlo, atravesando los temblorosos haces de luz. Del bosque llegaba el monótono chirriar de un escarabajo.

Sus manos se tendieron hacia las tapas del libro. Taran lanzó un jadeo dolorido y las apartó de golpe. Le escocían como si en cada uno de los dedos le hubiese picado una avispa. Retrocedió de un salto, tropezó con el banco y cayó al suelo, donde permaneció, con aire miserable, con los dedos metidos en la boca.

Los ojos de Dallben se abrieron de golpe. Miró a Taran y bostezó con lentitud.

-Más valdría que vieses a Coll y que te diese algo para esas manos -le aconsejó-. De lo contrario, no me sorprendería que te saliesen ampollas.

Con los dedos doloridos, Taran, avergonzado, salió a toda prisa de la cabaña para encontrar a Coll junto a la huerta.

-Has andado trasteando con El Libro de los Tres -dijo Coll-.

No es difícil adivinarlo. Ahora ya sabes un poco más al respecto. Bueno, ese es uno de los tres cimientos del aprender: ver mucho, estudiar mucho, sufrir mucho.

Llevó a Taran hasta el establo donde se guardaban las medicinas para el ganado y vertió un brebaje sobre sus dedos.

-¿De qué sirve estudiar cuando no voy a ver nada? -replicó Taran-. Creo que se me ha impuesto el destino de no conocer nada interesante, no ir a ningún lugar interesante y no hacer nada que sea interesante. Ciertamente, no voy a ser nada. ¡Ni siquiera en Caer Dallben soy algo!

-Muy bien -dijo Coll-, si eso es todo lo que te inquieta, haré algo de ti. Desde este momento, eres Taran, Aprendiz de Porquerizo. Me ayudarás a cuidar a Hen Wen: vigilarás que tenga comida, le llevarás agua y me ayudarás a limpiarlo concienzudamente cada día.

-Eso es lo que hago ahora -dijo Taran con amargura.

-Tanto mejor -dijo Coll-, pues eso facilita mucho las cosas. Si quieres ser algo y llevar un nombre, no se me ocurre nada más a mano. Y no todos los muchachos pueden ser aprendices de porquerizo, y menos de una cerda oráculo. En realidad, es la única de toda Prydain, y la más valiosa.

-Valiosa para Dallben -dijo Taran-. A mí nunca me cuenta nada.

-¿Pensabas que lo haría? -replicó Coll-. Con Hen Wen debes saber cómo hacer la pregunta... eh, ¿qué fue eso?

Coll se protegió los ojos con la mano. Una nube negra y zumbante se alzó del huerto, moviéndose con tal rapidez y pasando tan cerca de la cabeza de Coll que éste tuvo que esquivarla de un salto.

-¡Las abejas! -gritó Taran-. ¡Van a enjambrar!

-No es época -exclamó Coll-. Algo anda mal.

La nube se iba elevando hacia el sol. Un instante después Taran oyó estruendosos cacareos y chillidos procedentes del corral de las gallinas. Se volvió para ver cómo las cinco gallinas y el gallo batían las alas. Antes de que se le ocurriese que estaban intentando volar, se alzaron por los aires.

Taran y Coll corrieron hacia el corral, demasiado tarde para atrapar a las aves. Con el gallo dirigiéndolas, las gallinas aletearon torpemente por los aires y desaparecieron detrás de una colina.

En el establo, la pareja de bueyes empezó a mugir, los ojos desorbitados por el terror.

Dallben asomó la cabeza por la ventana. Parecía irritado.

-Cualquier tipo de meditación se ha vuelto absolutamente imposible -dijo, lanzando una mirada llena de severidad a Taran-. Te advertí una vez...

-Algo asustó a los animales -protestó Taran-. Primero salieron volando las abejas, y luego las gallinas...

El rostro de Dallben se puso serio.

-No se me había dado a conocer nada de esto -le dijo a Coll-. Tenemos que preguntarle inmediatamente a Hen Wen; necesitaremos las varillas de las letras. Rápido, ayúdame a buscarlas.

Coll se dirigió con premura hacia la puerta de la cabaña.

-Vigila bien a Hen Wen -le ordenó a Taran-. No la pierdas de vista.

Coll desapareció en el interior de la cabaña en busca de las varillas de letras de Hen Wen, los largos palos de madera de fresno en los que había tallados hechizos. Taran estaba a la vez asustado y excitado. Sabía que Dallben iba a consultar a Hen Wen sólo en asuntos de la mayor urgencia. Que Taran recordase, esto no había ocurrido nunca con anterioridad. A toda prisa, se dirigió al aprisco.

Hen Wen solía dormir hasta el mediodía. Entonces, con un delicado trote, a pesar de su talla, se instalaba en un rincón sombreado de su aprisco y se aposentaba cómodamente para el resto del día. La cerdita blanca gruñía y murmuraba continuamente sin dirigirse a nadie en particular y, cada vez que veía a Taran, alzaba su ancho y mofletudo rostro para que éste le rascase debajo de la barbilla. Pero esta vez no le prestó ninguna atención. Resoplando y emitiendo ruidos sibilantes, Hen Wen estaba cavando furiosamente en el rincón más alejado del aprisco, avanzando tan rápidamente que no tardaría en salir de él.

Taran le lanzó un grito, pero los pedazos de tierra y barro siguieron volando a ritmo acelerado. De un salto, Taran salvó la empalizada. La cerdita oráculo se detuvo y volvió la cabeza para mirarle. En tanto que Taran se acercaba al agujero, de un tamaño ya considerable, Hen Wen se dirigió a toda prisa al lado opuesto del aprisco y dio comienzo a una nueva excavación.

Taran era fuerte y tenía las piernas largas, mas, para su desánimo, vio que Hen Wen se movía más aprisa que él. Apenas la había hecho apartarse del segundo agujero, cuando ella, girando sobre sus cortas patas, se dirigía ya hacia el primero. Para aquel entonces, los dos ya eran lo bastante anchos como para que le cupiesen la cabeza y los hombros.

Frenéticamente, Taran empezó a meter tierra en el agujero. Hen Wen cavaba más deprisa que un tejón, sus patas traseras plantadas con firmeza, las delanteras abriéndose paso en el suelo. Taran empezó a desesperar de que pudiese detenerla. Se encaramó de nuevo sobre la valla y saltó al lugar en donde estaba a punto de emerger Hen Wen, planeando agarrarla y aguantar hasta que llegasen Dallben y Coll. Había subestimado la velocidad y la fuerza de Hen Wen.

La cerda surgió bajo la empalizada en una explosión de tierra y guijarros, lanzando a Taran por los aires. Aterrizó sin aliento, medio atontado. Hen Wen cruzó el campo a la carrera, adentrándose en el bosque.

Taran la siguió. El bosque se alzaba ante él, oscuro y amenazador. Tomó aliento y se lanzó tras ella.

2 - La máscara del rey

Hen Wen se había esfumado. Por delante de él Taran oyó un ruido entre las hojas. Estaba seguro de que la cerda se había ocultado entre los arbustos. Siguiendo el sonido, echó a correr hacia adelante. Un poco después el terreno se hizo abruptamente más empinado, obligándole a trepar, ayudándose con manos y pies, por una ladera boscosa. En la cima el bosque se abría formando una pradera. Taran divisó fugazmente a Hen Wen internándose en la hierba ondulante. Cruzada la pradera, desapareció más allá de un macizo de árboles.

Taran corrió tras ella. Se encontraba ya más lejos de lo que nunca se había atrevido a ir, pero siguió luchando por abrirse paso a través de los espesos matorrales. Pronto tuvo ante él un sendero bastante ancho que le permitió acelerar el paso. O Hen Wen había dejado de correr o la había perdido por completo. No podía oír nada excepto sus propias pisadas.

Durante un rato más siguió el sendero, pretendiendo usarlo como indicador en el

camino de regreso, a pesar de que se curvaba y bifurcaba con tal frecuencia que no tenía la menor certeza de en qué dirección quedaba Caer Dallben.

En la pradera Taran había sudado, el rostro enrojecido. Ahora, bajo el silencio de los robles y los olmos, sentía escalofríos. El bosque no era muy frondoso en esta parte, pero las sombras parecían ahogar los grandes troncos de árbol y los rayos del sol apenas si lograban penetrar entre ellos. Un olor a humedad y vegetación llenaba el aire. No se oía ningún pájaro; ni el parloteo de una sola ardilla. Parecía que el bosque contenía el aliento.

Y, con todo, bajo el silencio había un inquieto murmullo y un temblor entre las hojas. Las ramas se retorcían y rechinaban entre sí como dientes rotos. El sendero oscilaba bajo los pies de Taran y sintió un frío espantoso. Cruzó los brazos, rodeándose el cuerpo y se movió más deprisa para intentar librarse del frío. Se dio cuenta de que estaba corriendo a ciegas; no podía concentrarse en las bifurcaciones y giros del camino.

Se detuvo de pronto. Ante él se oía el retumbar de los cascos de unos caballos. A medida que aumentaba el sonido, el bosque se estremeció. Un instante después un caballo negro apareció ante sus ojos.

Taran retrocedió, aterrorizado. Una figura monstruosa cabalgaba sobre el animal cubierto de espuma. Una capa escarlata parecía arder sobre sus hombros desnudos. Sus brazos gigantescos estaban manchados de rojo. Lleno de pavor, Taran no vio la cabeza de un hombre, sino la de un ciervo con sus astas.

¡El Rey con Cuernos! Taran se apretó contra un roble para huir de los cascos veloces y los pesados flancos relucientes de sudor. Caballo y jinete pasaron junto a él a la carrera. La máscara era un cráneo humano; surgiendo de él, las grandes astas alzaban sus crueles curvas. Los ojos del Rey con Cuernos ardían tras las cuencas vacías de los blancos huesos.

Le seguían al galope muchos jinetes. El Rey con Cuernos lanzó el prolongado grito de una bestia salvaje y sus jinetes lo corearon al pasar. Uno de ellos, un feo guerrero con una sonrisa feroz, se fijó en Taran. Hizo girar su montura y desenvainó la espada. Taran se apartó de un salto del árbol y se metió entre los arbustos. La hoja le siguió, siseando como una víbora. Taran notó su aguijonazo en la espalda.

Corrió ciegamente, con los árboles azotándole el rostro y las rocas ocultas surgiendo del suelo para hacerle tropezar y clavarse en sus rodillas. Cuando el bosque se hizo menos espeso Taran avanzó tambaleándose por un arroyo seco hasta que, exhausto, tropezó y extendió las manos hacia el suelo que giraba en círculos.

El sol se había hundido ya hacia el oeste cuando Taran abrió los ojos. Estaba tendido sobre una extensión de césped con una capa cubriéndole. Le dolía mucho la espalda. Un hombre se arrodilló a su lado. Cerca de ellos, un caballo blanco mordisqueaba la hierba. Aún aturdido, temiendo que los jinetes le hubiesen capturado, Taran se incorporó. El hombre le alargó un frasco.

-Bebe -dijo-. Tu fuerza volverá en un instante.

El extraño tenía la cabellera hirsuta y grisácea de un lobo. En sus ojos hundidos había destellos verdosos. El sol y el viento habían curtido su ancho rostro, quemándolo hasta oscurecerlo y surcarlo de finas líneas. Su capa era de tela basta y manchada por los viajes. Un ancho cinturón con una hebilla intrincadamente trabajada le rodeaba la cintura.

-Bebe -dijo de nuevo el extraño, mientras Taran, vacilante, aceptaba el frasco-. Pones una cara como si intentase envenenarte. -Sonrió-. No es así como Gwydion, hijo de Don, trata a los heridos...

-¡Gwydion! -Taran se atragantó con el líquido y se puso en pie, vacilante-. ¡Tú no eres Gwydion! -exclamó-. Le conozco. ¡Es un gran jefe de guerreros, un héroe! No es un...

Sus ojos se clavaron en la larga espada que el extraño llevaba al cinto. El pomo dorado era liso y redondeado, con sus colores deliberadamente apagados; hojas de fresno hechas de oro pálido se entrelazaban en la empuñadura, y un dibujo de hojas cubría la vaina. Era, ciertamente, el arma de un príncipe.

Taran puso una rodilla en tierra e inclinó la cabeza.

-Señor Gwydion -dijo-. No quería ser insolente.

Mientras Gwydion le ayudaba a levantarse, Taran seguía mirando, incrédulo, su sencilla vestimenta y el rostro cansado y surcado de arrugas. Por todo lo que Dallben le había contado de este héroe glorioso, por todo lo que él se había imaginado... Taran se mordió los labios.

Gwydion percibió la mirada de disgusto de Taran.

-No son las ropas las que hacen al príncipe -dijo amablemente-, ni, ciertamente, la espada al guerrero. Ven -ordenó-, dime tu nombre y lo que te ocurrió. Y no me pidas que crea que recibiste una herida de espada cogiendo moras o cazando liebres como un furtivo.

-¡Vi al Rey con Cuernos! -dijo atropelladamente Taran-. Sus hombres cabalgan por el bosque; uno de ellos intentó matarme. ¡Vi al Rey con Cuernos en persona! ¡Era horrible, peor de lo que me dijo Dallben!

Gwydion entrecerró un poco los ojos.

-¿Quién eres? -preguntó-. ¿Quién eres tú para hablar de Dallben?

-Soy Taran, de Caer Dallben -respondió Taran, intentando parecer osado pero consiguiendo tan sólo ponerse más pálido que una seta.

-¿De Caer Dallben? -Gwydion hizo una pausa y miró de un modo extraño a Taran-. ¿Qué estás haciendo tan lejos de allí?. ¿Sabe Dallben que estás en el bosque? ¿Coll está contigo?

A Taran se le aflojó la mandíbula y pareció tan asombrado que Gwydion echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en una carcajada.

-No hace falta que te sorprendas tanto -dijo Gwydion-. Conozco bien a Coll y Dallben. Y son demasiado inteligentes para dejarte andar por aquí solo. Entonces, ¿te has escapado? Te lo advierto; Dallben no es de aquellos a los que se desobedece.

-Fue Hen Wen -protestó Taran-. Debí saber que no podría agarrarla.

Ahora se ha escapado, y es culpa mía. Soy Aprendiz de Porquerizo... -

¿Escapado? -El rostro de Gwydion se endureció-. ¿Adonde? ¿Qué le ha

sucedido?

-No lo sé -exclamó Taran-. Está en algún lugar del bosque.

Mientras le iba contando lo que había sucedido por la mañana, Gwydion le escuchaba atentamente.

-No había previsto esto -murmuró Gwydion cuando Taran hubo terminado-. Si no se la encuentra pronto, mi misión ha fracasado. -Se volvió bruscamente hacia Taran-. Sí -dijo-, también yo busco a Hen Wen.

-¿Vos? -exclamó Taran-. ¿Habéis venido tan lejos...?

-Necesito una información que sólo ella posee -dijo con premura Gwydion-. He viajado durante un mes desde Caer Dathyl para obtenerla. Me han seguido, espiado y acosado. Y ahora -añadió, con una risa amarga-, se ha escapado. Muy bien. La encontraré. Debo descubrir todo lo que sabe sobre el Rey con Cuernos. -Gwydion vaciló-. Temo que, en estos mismos instantes, él la esté buscando.

»Eso debe de ser. Hen Wen notó que estaba cerca de Caer Dallben y huyó, aterrada...

-Entonces, debemos detenerle -declaró Taran-. ¡Atacarle, abatirle! ¡Dadme una espada y estaré a vuestro lado!

-Calma, calma -le aplacó Gwydion-. No digo que mi vida valga más que la de otro hombre, pero la tengo en gran aprecio. ¿Crees que un guerrero solitario y un Aprendiz de Porquerizo pueden atreverse a atacar al Rey con Cuernos y su partida de guerreros?

Taran se irguió todo lo que pudo.

-No le tengo miedo.

-¿No? -dijo Gwydion-. Entonces eres un tonto. Es el hombre al que más hay que temer de toda Prydain. ¿Quieres oír algo de lo que me enteré durante mi viaje, algo de lo que es posible que ni tan siquiera Dallben se haya dado cuenta?

Gwydion se arrodilló sobre el césped.

-¿Conoces el arte de tejer? Hebra a hebra, se va formando el dibujo -a medida que hablaba, iba arrancando las largas hojas de hierba, anudándolas entre sí para formar una malla.

-Está muy bien hecho -dijo Taran, observando el rápido movimiento de los dedos de Gwydion-. ¿Puedo verlo?

-Hay telas más serias -dijo Gwydion, deslizando la malla en el interior de su jubón-. Has visto una hebra de un dibujo tejido en Annuvin.

»Arawn no abandona durante mucho tiempo Annuvin -prosiguió Gwydion-, pero su mano llega a todos los lugares. Hay jefes cuya ansia de poder les incita tanto como la punta de una espada. A algunos de ellos Arawn les promete riqueza y poder, jugando con su codicia igual que un bardo con su arpa. La corrupción de Arawn quema en su corazón hasta el último sentimiento humano y se convierten en sus vasallos, sirviéndole más allá de las fronteras de Annuvin, atados a él para siempre.

-¿Y el Rey con Cuernos...?

Gwydion asintió.

-Sí. Estoy enterado, sin duda alguna, de que le ha jurado vasallaje a Arawn. Es el reconocido campeón de Arawn. Una vez más, el poder de Annuvin amenaza Prydain.

Taran no pudo hacer más que permanecer mudo, mirándole.

Gwydion se volvió hacia él.

-Cuando la hora haya madurado, el Rey con Cuernos y yo nos encontraremos. Y uno de nosotros morirá. Tal es mi juramento. Pero sus propósitos son oscuros e ignotos, y debo enterarme de ellos por Hen Wen.

-No puede estar lejos -exclamó Taran-. Os enseñaré dónde desapareció. Creo que puedo encontrar el lugar. Fue justo antes de que el Rey con Cuernos...

Gwydion le sonrió con dureza.

-¿Tienes acaso los ojos de un búho, para hallar un rastro al anochecer? Dormiremos aquí y partiremos con las primeras luces. Con buena suerte, puede que la traiga de vuelta antes...

-¿Y qué hay de mí? -le interrumpió Taran-. Hen Wen está a mi cuidado. La dejé escapar y soy yo quien debe encontrarla.

-Es más importante la tarea que no quien la lleve a cabo -dijo Gwydion-. No dejaré que me estorbe un Aprendiz de Porquerizo que parece ansioso por meterse en problemas. -Se detuvo de pronto y miró a Taran con ironía-. Pensándolo mejor, parece que sí lo haré. Si el Rey con Cuernos cabalga hacia Caer Dallben, no puedo mandarte de regreso solo y no me atrevo a ir contigo y perder todo un día de rastreo. No puedes quedarte en el bosque solo. A menos que encuentre algún modo.

-Juro que no estorbaré -gritó Taran-. Dejad que os acompañe. ¡Ya verán Dallben y Coll de lo que soy capaz cuando me lo propongo!

-¿Tengo alguna otra elección? -preguntó Gwydion-. Parece, Taran de Caer Dallben, que seguimos el mismo camino. Al menos, por el momento.

El caballo blanco se acercó al trote y frotó con su hocico la mano de Gwydion.

-Melyngar me recuerda que es hora de comer -dijo Gwydion, al tiempo que sacaba provisiones de las alforjas-. No hagas fuego esta noche -le advirtió-. Los exploradores del Rey con Cuernos pueden andar cerca.

Taran engulló apresuradamente su comida. El nerviosismo le había quitado el apetito y aguardaba impaciente el amanecer. Sentía una rigidez en su herida que no le permitía descansar cómodamente entre las raíces y los guijarros. Hasta ahora, nunca se le había ocurrido que un héroe tuviese que dormir en el suelo.

Gwydion, vigilante, tomó asiento con las rodillas dobladas, la espalda apoyada contra un olmo gigantesco. En la creciente penumbra, a duras penas Taran podía distinguir el hombre del árbol; y habría podido llegar a un paso de distancia antes de darse cuenta de que era algo más que una sombra. Gwydion se había fundido con el bosque; sólo los destellos

verdes de sus ojos brillaban bajo los reflejos de la luna recién salida.

Gwydion permaneció largo tiempo silencioso y pensativo.

-Así que eres Taran de Caer Dallben -dijo, por último. Su voz, saliendo de entre las sombras, era tranquila pero vehemente-. ¿Cuánto tiempo llevas con Dallben? ¿Quiénes son tus parientes?

Taran, acurrucado contra la raíz de un árbol, se envolvió más estrechamente los hombros con la capa.

-Siempre he vivido en Caer Dallben -dijo-. Creo que no tengo parientes. No sé quienes fueron mis padres. Dallben nunca me lo ha contado. Supongo -añadió, apartando el rostro- que ni tan siquiera sé quién soy.

-En cierto modo -respondió Gwydion-, eso es algo que todos debemos descubrir por nosotros mismos. Nuestro encuentro fue afortunado -prosiguió-. Gracias a ti, ahora sé un poco más de lo que sabía antes, y me has ahorrado un viaje inútil a Caer Dallben. Eso me hace preguntarme -continuó Gwydion, con una risa no carente de amabilidad-, ¿no habrá acaso un destino aguardándome en el que un Aprendiz de Porquerizo deba ayudarme en mi búsqueda? -Vaciló-. O -dijo, en tono meditabundo-, ¿acaso es al revés?

-¿A qué os referís? -preguntó Taran.

-No estoy seguro -dijo Gwydion-. No importa. Ahora duerme, que mañana nos levantaremos temprano.

3 - Gurgi

Cuando Taran despertó, Gwydion ya había ensillado a Melyngar. La capa con la que Taran había dormido estaba empapada por el rocío. Le Dolian todas las articulaciones a causa de la noche pasada sobre el duro suelo. Con Gwydion dándole prisa, Taran avanzó tambaleante hacia el caballo, un confuso manchón blanco recortado contra el amanecer rosado y gris. Gwydion ayudó a Taran a subir a la silla, instalándole detrás de él, pronunció en voz baja una orden y el blanco corcel avanzó rápidamente hacia la niebla que empezaba a despejarse.

Gwydion buscaba el lugar donde Taran había visto a Hen Wen por última vez. Pero bastante antes de que hubiesen llegado a él, tiró de las riendas de Melyngar y desmontó. Mientras Taran le observaba, Gwydion se arrodilló y examinó el césped.

-La suerte está con nosotros -dijo-. Creo que hemos encontrado su rastro. - Gwydion señaló un borroso círculo de hierba aplastada-. Durmió aquí, y no hace mucho tiempo.

Avanzó unos cuantos pasos, examinando cada brote partido y cada hoja de hierba.

Pese a la decepción de Taran al hallar al señor Gwydion vestido con un tosco jubón y con las botas manchadas de barro, siguió los actos de aquel hombre con creciente admiración. Taran vio que nada escapaba a los ojos de Gwydion. Como un delgado lobo gris, se movía en silencio y con gran soltura. Un poco más adelante, Gwydion se detuvo, alzó su hirsuta cabeza y, entrecerrando los ojos, dirigió la mirada hacia un risco distante.

-El rastro no está claro -dijo, frunciendo el ceño-. No puedo sino suponer que habrá bajado por la ladera.

-Con todo el bosque para recorrer -inquinó Taran-, ¿cómo podemos empezar a buscar? Puede haber ido a cualquier lugar de Prydain.

-Tal vez no -respondió Gwydion-. Puede que no sepa adonde ha ido, pero puedo estar seguro de adonde no ha ido. -Sacó de su cinto un cuchillo de caza-. Ven, te lo enseñaré.

Gwydion se arrodilló y, rápidamente, trazó líneas en el suelo.

-Estas son las Montañas del Águila -dijo, con una nota nostálgica en su voz-, mi tierra, al norte. Aquí fluye el Gran Avren. Mira como tuerce hacia el oeste antes de llegar al mar. Puede que debamos cruzarlo antes de que acabe nuestra búsqueda. Y este es el río Ystrad. Su valle conduce, hacia el norte, a Caer Dathyl.

»Pero mira aquí -prosiguió Gwydion, señalando hacia la izquierda de la línea que había trazado para representar el río Ystrad-, aquí está el Monte del Dragón y el dominio de Arawn.

Hen Wen evitaría este camino por encima de todo. Estuvo demasiado tiempo cautiva en Annuvin; nunca se aventuraría en sus proximidades.

-¿Hen estuvo en Annuvin? -preguntó Taran sorprendido-. Pero ¿cómo...?

-Hace mucho -dijo Gwydion-, Hen Wen vivió entre la raza de los hombres. Pertenecía a un granjero que no tenía idea alguna de sus poderes. Y, por lo tanto, es posible que sus días transcurriesen como los de una cerda corriente. Pero Arawn sabía que estaba muy lejos de ser una cerda vulgar y que era de tal valor que él mismo cabalgó desde Annuvin y se apoderó de ella. Las cosas terribles que sucedieron cuando estuvo prisionera de Arawn... es mejor no hablar de ellas.

-Pobre Hen -dijo Taran-, debió de ser terrible para ella. Pero ¿cómo escapó?

-No escapó -dijo Gwydion-. Fue rescatada. Un guerrero solitario se adentró en las profundidades de Annuvin y la trajo de vuelta, sana y salva.

-¡Qué heroica hazaña! -exclamó Taran-. Ojalá yo...

-Los bardos del norte aún le cantan -dijo Gwydion-. Su nombre nunca será olvidado.

-¿Quién era? -preguntó Taran.

Gwydion le miró fijamente.

-¿No lo sabes? -preguntó-. Dallben ha descuidado tu educación. Era Coll -dijo-. Coll, hijo de Collfrewr.

-¡Coll! -gritó Taran-. Acaso no es el mismo...

-El mismo -dijo Gwydion.

-Pero... pero... -tartamudeó Taran-. ¿Coll? ¿Un héroe? Pero... ¡está tan calvo!

Gwydion rió y meneó la cabeza.

-Aprendiz de Porquerizo -dijo-, tienes ideas muy extrañas sobre los héroes. Nunca he sabido que se juzgase el valor de un hombre por la longitud de su cabellera. O, en lo que a eso respecta, por si tiene cabello o no.

Alicaído, Taran clavó la vista en el mapa que había dibujado Gwydion y no dijo nada más.

-Aquí -prosiguió Gwydion-, no muy lejos de Annuvin, se halla el Castillo Espiral. Igualmente, Hen Wen lo evitará a toda costa. Es la morada de la reina Achren. Es tan peligrosa como el propio Arawn; y tan malvada como hermosa. Pero hay secretos concernientes a Achren que es mejor guardar en silencio.

«Estoy seguro -continuó Gwydion-, Hen Wen no irá hacia Annuvin o hacia el Castillo Espiral. Por lo poco que he podido ver, ha corrido en línea recta. Ahora, deprisa, intentaremos encontrar su rastro.

Gwydion dirigió a Melyngar hacia el risco. Cuando llegaron al fondo de la ladera, Taran oyó las aguas del Gran Avren precipitándose como el viento en una tormenta de verano.

-Debemos ir de nuevo a pie -dijo Gwydion-. Puede que por alguna parte aparezcan sus huellas, así que será mejor que nos movamos despacio y con cuidado. Sígueme de cerca -ordenó-. Si empiezas a lanzarte hacia adelante, y parece que tienes tendencia a eso, pisotearás todas las señales que pueda haber dejado.

Taran, obediente, caminó unos pasos por detrás de él. Gwydion no hacía más ruido que el que hace la sombra de un pájaro. Incluso Melyngar andaba con cautela: apenas una que otra ramita se partía bajo sus cascos. Por mucho que lo intentase, Taran no podía andar tan silenciosamente. Cuanto más cuidado trataba de tener, más alto se removían y crujían las hojas. Allí donde pusiese el pie parecía haber un agujero o una rama malévola para hacerle tropezar. Hasta Melyngar se giró para lanzarle una mirada de reproche.

Taran se concentró tanto en no hacer ruido que no tardó en quedar bastante detrás de Gwydion. En la ladera, Taran creyó distinguir algo blanco y redondeado. Ansiaba ser el primero en hallar a Hen Wen y se desvió a un lado para subir trepando entre los matorrales... y descubrir solamente una roca.

Desilusionado, Taran se apresuró para alcanzar a Gwydion. Por encima de su cabeza, las ramas susurraron. Se detuvo y, al mirar hacia arriba, algo cayó pesadamente al suelo detrás

de él. Dos manos potentes y velludas se cerraron alrededor de su garganta.

Fuese lo que fuese lo que le había agarrado, profería ruidosos ladridos y bufidos. Taran logró emitir un grito pidiendo auxilio. Luchó con su invisible oponente, retorciéndose, pataleando y lanzándose a uno y a otro lado.

De pronto, pudo respirar de nuevo. Una figura pasó por encima de su cabeza y se estrelló contra el tronco de un árbol. Taran cayó al suelo y empezó a frotarse el cuello. Gwydion estaba a su lado. Desgarbadamente caído bajo el árbol se hallaba el ser más extraño que jamás hubiese visto Taran. No pudo estar seguro de si era hombre o animal. Decidió que era las dos cosas. Tenía el cabello tan enmarañado y cubierto de hojas que parecía el nido de un búho muy necesitado de una limpieza primaveral. Sus brazos eran largos, flacos y lanudos, y poseía un par de pies tan flexibles y sucios como sus manos.

Gwydion estaba contemplando al ser con una expresión de severidad y disgusto.

-Así que eres tú -dijo-. Te ordené que no me molestases ni a mí ni a nadie que estuviese bajo mi protección.

Ante esto, el ser emitió un sonoro y penoso gemido, hizo rodar los ojos y golpeó el suelo con las palmas de sus manos.

-No es más que Gurgi -dijo Gwydion-. Siempre anda acechando por un lugar u otro. No es ni la mitad de feroz de lo que parece, y ni una cuarta parte tan salvaje de lo que le gustaría ser y, más que nada, es un estorbo. Sea como sea, siempre se las arregla para ver casi todo lo que ocurre, y puede que sea capaz de ayudarnos.

Taran apenas había empezado a recobrar el aliento. Estaba cubierto de pelos que se le habían caído a Gurgi, además de oler, lamentablemente, como un mastín mojado.

-Oh, poderoso príncipe -gimoteó el ser-, Gurgi lo siente; y ahora será golpeado en su pobre y tierna cabeza por las fuertes manos de este gran señor, con temibles golpes. Sí, sí, así le ocurre siempre al pobre Gurgi. Pero, ¡qué honor ser golpeado por el más grande de los guerreros!

-No tengo intención de golpear tu pobre y tierna cabeza -dijo Gwydion-. Pero puedo cambiar de idea si no dejas de gimotear y lloriquear.

-¡Sí, poderoso señor! -gritó Gurgi-. ¡Mira qué rápida e instantáneamente te obedezco!

Empezó a arrastrarse sobre sus manos y rodillas con gran agilidad. Si Gurgi hubiese tenido cola, Taran estuvo seguro de que la habría meneado frenéticamente.

-Entonces -suplicó Gurgi-, ¿los dos héroes le darán algo de comer a Gurgi? ¡Oh, alegre morder y mascar!

-Luego -dijo Gwydion-. Cuando hayas contestado a nuestras preguntas.

-¡Oh, luego! -exclamó Gurgi-. El pobre Gurgi puede esperar mucho, mucho su morder y mascar. Muchos años después, cuando los grandes príncipes se deleiten en sus salones, y qué banquetes, recordarán al hambriento y desgraciado Gurgi esperándoles.

-Lo que vayas a tener que esperar para tu morder y mascar -dijo Gwydion-, depende de lo rápido que nos cuentes lo que queremos saber. ¿Has visto a una cerda blanca esta mañana?

Una mirada astuta brilló en los cejijuntos ojillos de Gurgi.

-En busca de la cerdita hay muchos grandes señores en el bosque, cabalgando y dando gritos temibles. Ellos no serían tan crueles y no dejarían pasar hambre a Gurgi... oh, no... le darían de comer...

-Habrías dejado de tener la cabeza encima de los hombros antes de poderlo pensar dos veces -dijo Gwydion-. ¿Llevaba uno de ellos una máscara con cuernos?

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-. ¡Los grandes cuernos! ¡Salvaréis al miserable Gurgi de que le hagan picadillo! -Se puso a lanzar unos largos y espantosos aullidos.

-Estoy perdiendo la paciencia contigo -le advirtió Gwydion-. ¿Dónde está la cerda?

-Gurgi oye a los poderosos jinetes -continuó el ser-. Oh, sí, poniendo atención en los sonidos de los árboles. Gurgi es tan callado y listo, y nadie se preocupa de él. ¡Pero él escucha! Los grandes guerreros dicen que han ido a cierto lugar, pero gran fuego los aparta de él. No están complacidos, y siguen buscando a una cerdita con caballos y muchos gritos.

-Gurgi -dijo Gwydion con firmeza-, ¿dónde está la cerda?

-¿La cerdita? ¡Oh, terrible hambre pellizca! Gurgi no puede recordar. ¿Había una cerdita? Gurgi se desmaya y cae entre los arbustos, su tierna cabeza está llena con el aire de su vacía tripa.

Taran no pudo controlar por más tiempo su impaciencia.

-¿Dónde está Hen Wen, cosa tonta y peluda? -estalló-. ¡Dínoslo en seguida! Después de cómo saltaste sobre mí, mereces que te golpeen la cabeza.

Con un gemido, Gurgi se tendió de espaldas y se cubrió el rostro con los brazos.

Gwydion se volvió, severo, hacia Taran.

-Si hubieses seguido mis órdenes, no te habría saltado encima. Déjamelo a mí. No le asustes más de lo que ya está. -Gwydion bajó la mirada hacia Gurgi-. Muy bien - preguntó con calma-, ¿dónde se encuentra?

-¡Oh, ira temible! -dijo Gurgi, la voz gangosa-. Una cerdita ha cruzado el agua nadando y chapoteando.

Se incorporó hasta quedar sentado y extendió un brazo lanudo en dirección al Gran Avren.

-Si me estás mintiendo -dijo Gwydion-, lo descubriré pronto. Y entonces, seguro que volveré lleno de ira.

-¿Morder y mascar ahora, poderoso príncipe? -preguntó Gurgi con un agudo gimoteo.

-Como te prometí -dijo Gwydion.

-Gurgi quiere al más pequeño para mascar -dijo el ser, sus ojos como cuentas clavados en Taran.

-No, nada de eso -dijo Gwydion-. Es un Aprendiz de Porquerizo y estaría decididamente en desacuerdo contigo. -Abrió una alforja y sacó de ella unas cuantas tiras de carne seca que le arrojó a Gurgi-. Ahora, vete. Recuerda, no quiero más travesuras tuyas.

Gurgi cogió la comida, se la metió entre los dientes y se escurrió por el tronco de un árbol, saltando de uno a otro hasta perderse de vista.

-Qué animal tan desagradable -dijo Taran-. Qué sucio, depravado...

-Oh, en el fondo no es malo -respondió Gwydion-. Le encantaría ser malvado y terrorífico, aunque no lo consigue del todo. Siente tanta pena por él mismo que es difícil no enfadarse con él. Aunque hacerlo es inútil.

-¿Estaba diciendo la verdad sobre Hen Wen? -preguntó Taran.

-Creo que sí -dijo Gwydion-. Tal y como me lo temía. El Rey con Cuernos se ha dirigido hacia Caer Dallben.

-¡La ha incendiado! -gritó Taran.

Hasta entonces, no había pensado demasiado en su hogar. La idea de la cabaña blanca en llamas, el recuerdo de la barba de Dallben y la heroica calva de Coll, todo le conmovió a la vez.

-¡Dallben y Coll están en peligro! -gritó.

-Lo más seguro es que no -dijo Gwydion-. Dallben es zorro viejo; ni un escarabajo podría entrar en Caer Dallben sin que él lo supiese. No, estoy seguro de que el fuego fue algo preparado por Dallben para visitantes inesperados.

»Hen Wen es la que se halla en mayor peligro. Nuestra búsqueda se hace cada vez más urgente -prosiguió Gwydion con premura-. El Rey con Cuernos sabe que se ha escapado. La perseguirá.

-Entonces -exclamó Taran-, ¡debemos encontrarla antes de que él lo haga!

-Aprendiz de Porquerizo -dijo Gwydion-, hasta el momento, esa ha sido tu única sugerencia inteligente.

4 - Los gwythaints

Melyngar les transportó rápidamente a través de la franja de árboles que seguía el curso de las orillas del Gran Avren. Desmontaron y prosiguieron, andando con premura, en la dirección que Gurgi había señalado. Gwydion se detuvo cerca de una roca de forma irregular y lanzó una exclamación de triunfo. En un retazo de tierra arcillosa aparecían las huellas de Hen Wen con tanta claridad como si hubiesen sido esculpidas en ella.

-¡Bien por Gurgi! -exclamó Gwydion-. ¡Espero que disfrute de su morder y mascar! Si hubiera sabido que iba a guiarnos tan bien, le habría dado una ración extra.

»Sí, cruzó por aquí -prosiguió-, y nosotros haremos lo mismo.

Gwydion condujo a Melyngar hacia adelante. El aire se había vuelto repentinamente frío y opresivo. El turbulento curso del Avren era gris, estriado con franjas blancas. Agarrándose a la silla de Melyngar, Taran abandonó cautelosamente la orilla.

Gwydion se metió directamente en el agua. Taran, pensando que sería más fácil mojarse poco a poco, se fue quedando todo lo rezagado que pudo... hasta que Melyngar se lanzó hacia adelante, llevándole con él. Sus pies buscaron el fondo del río para acabar tropezando, en tanto que las gélidas olas remolineaban hasta llegarle al cuello. La corriente se hizo más fuerte, enroscándose como una serpiente gris alrededor de las piernas de Taran. El fondo del río se hundió repentinamente; Taran perdió pie y se encontró bailando frenéticamente sobre la nada, en tanto que el río le agarraba codiciosamente.

Melyngar empezó a nadar, sus fuertes patas manteniéndole a flote y en movimiento, pero la corriente le hizo describir un círculo; chocó con Taran y le hizo hundirse por debajo del agua.

-¡Suelta la silla! -gritó Gwydion por encima del ruido del torrente-. ¡Nada hasta apartarte de ella!

El agua inundó los oídos y la nariz de Taran. A cada boqueada, el río se derramaba dentro de sus pulmones. Gwydion avanzó hacia él y no tardó en alcanzarle, agarrándole por el pelo y llevándole hacia los bajíos. A pulso, izó a un goteante Taran que no paraba de toser hasta la orilla. Melyngar, que había llegado a la orilla un poco más arriba de la corriente, trotó hasta reunirse con ellos.

Gwydion miró fijamente a Taran.

-Te dije que nadaras. ¿Acaso todos los Aprendices de Porquerizo son sordos, además de tozudos? -¡No sé nadar! -chilló Taran, con los dientes castañeteándole violentamente. -Entonces, ¿por qué no lo dijiste antes de que empezáramos a cruzar? -le preguntó Gwydion, irritado.

-Estaba seguro de que podría aprender -protestó Taran-, tan pronto como llegara el momento. Si Melyngar no se hubiese puesto encima mío...

-Debes aprender a responder de tus propias locuras -dijo Gwydion-. En cuanto a Melyngar, sabe más ahora de lo que tú puedes esperar llegar a saber nunca, aunque vivas para ser un hombre... lo que cada vez parece más y más improbable.

Gwydion montó de un salto y subió a la silla a un empapado y sucio Taran. Los cascos de Melyngar repiquetearon sobre las piedras. Taran, sorbiéndose los mocos y temblando, miró hacia las colinas que les aguardaban. Recortándose en las alturas azules, tres figuras aladas giraban y se deslizaban.

Gwydion, que tenía los ojos en todas partes a la vez, las divisó al instante.

-¡Gwythaints! -gritó.

En ese mismo instante hizo girar bruscamente a Melyngar hacia la derecha. El abrupto cambio de dirección y el repentino aceleren de Melyngar hicieron que Taran perdiese el equilibrio. Sus piernas perdieron la vertical y él aterrizó sobre la orilla cubierta de guijarros.

Gwydion tiró inmediatamente de las riendas de Melyngar. Mientras Taran luchaba por incorporarse, Gwydion le cogió como si fuese un saco de harina y lo depositó en la grupa de Melyngar. Los gwythaints que, en la lejanía, habían parecido meramente hojas secas al viento,

se hicieron más y más grandes a medida que se lanzaban sobre el caballo y sus jinetes. Cayeron en picado, sus grandes alas negras impulsándoles con una velocidad cada vez mayor. Melyngar trepó ruidosamente por la orilla del río. Los gwythaints chillaban en lo alto. Al llegar a la línea de los árboles, Gwydion derribó de un empujón a Taran de la silla en tanto que él bajaba de un salto. Casi arrastrándole, Gwydion se dejó caer al suelo bajo las grandes ramas de un roble.

Las relucientes alas golpearon el follaje. Taran distinguió fugazmente picos curvados y garras tan implacables como cuchillos. Lanzó un grito de terror y se tapó la cara, mientras que los gwythaints se alejaban y volvían a lanzarse en picado. A su paso, las hojas se estremecieron. Las criaturas giraron hacia lo alto, colgaron inmóviles un instante en el cielo y luego ascendieron velozmente para alejarse, aún más aprisa, hacia el oeste.

Con el rostro lívido y temblando, Taran se arriesgó a levantar la cabeza. Gwydion se había acercado a la orilla del río y estaba contemplando la marcha de los gwythaints. Taran avanzó hasta hallarse al lado de su compañero.

-Había esperado que no ocurriese esto -dijo Gwydion, el rostro oscuro y grave-. Hasta el momento, había podido esquivarles.

Taran no dijo nada. Se había caído torpemente de Melyngar en el momento en que era más importante la velocidad; en el roble se había comportado como un niño. Esperó la reprimenda de Gwydion, pero los verdes ojos del guerrero estaban siguiendo los puntitos oscuros.

-Más pronto o más tarde nos habrían encontrado -dijo Gwydion-. Son los espías y mensajeros de Arawn; los ojos de Annuvin, así se les llama. Nadie puede ocultarse demasiado tiempo de ellos. Hemos tenido suerte de que solamente estuviesen explorando y no embarcados en una cacería de sangre. -Cuando los gwythaints desaparecieron al fin, se dio la vuelta-. Ahora vuelan hacia sus jaulas de hierro en Annuvin -dijo-. Arawn en persona tendrá noticia de nosotros antes de que el día acabe. No permanecerá ocioso.

-Si al menos no nos hubiesen visto -gimió Taran.

-Es inútil lamentar lo que ha sucedido -dijo Gwydion, mientras se ponían de nuevo en marcha-. De un modo u otro, Arawn habría sabido de nosotros. No tengo dudas de que conoció mi partida de Caer Dathyl. Los gwythaints no son sus únicos servidores.

-Creo que deben ser los peores -dijo Taran, apretando el paso para mantenerse a la altura de Gwydion.

-Están lejos de serlo -dijo Gwydion-. La misión de los gwythaints no es tanto matar como proporcionar información. Durante generaciones han sido entrenados para ello. Arawn entiende su lenguaje y están en su poder desde el momento en que abandonan el huevo. Sin embargo, son criaturas de carne y hueso y una espada puede responderles adecuadamente.

»Hay otros para los que una espada no significa nada -prosiguió Gwydion-. Entre ellos, los Nacidos del Caldero, que sirven a Arawn como guerreros.

-¿No son hombres? -preguntó Taran.

-En tiempos lo fueron -replicó Gwydion-. Son los muertos cuyos cuerpos roba Arawn de los grandes túmulos donde descansan. Se dice que los sumerge en un caldero para darles vida de nuevo... si a eso puede llamársele vida. En tanto que muertos, guardan silencio para siempre; y su único pensamiento es llevar a otros a la misma servidumbre.

«Arawn les mantiene como guardianes suyos en Annuvin, pues su poder mengua cuanto más tiempo y a mayor distancia se encuentren de su amo. Pero, de vez en cuando, Arawn manda a algunos de ellos fuera de Annuvin para que ejecuten sus tareas más despiadadas.

»Los Nacidos del Caldero carecen completamente de piedad o compasión -prosiguió Gwydion-, pues Arawn ha obrado maldades aún mayores sobre ellos. Ha destruido cualquier recuerdo que tengan de ellos mismos como hombres vivos. No recuerdan las lágrimas o la risa, la pena, el amor o la bondad. De todo lo que ha hecho Arawn, esto es lo más cruel.

Tras mucha búsqueda, Gwydion descubrió una vez más las huellas de Hen Wen.

Librodot

Cruzaban un campo estéril y llevaban luego a un angosto barranco.

-Aquí se detienen -dijo, frunciendo el ceño-. Tendría que haber algún rastro, incluso en terreno pedregoso, pero no puedo ver ninguno.

Lenta y concienzudamente examinó la tierra a uno y otro lado del barranco. Taran, cansado y desanimado, apenas si podía poner un pie delante del otro, y se alegró de que el anochecer obligase a Gwydion a detenerse.

Gwydion ató las riendas de Melyngar a un matorral. Taran se dejó caer en el suelo y apoyó la cabeza en sus manos.

-Ha desaparecido por completo -dijo Gwydion, trayendo provisiones de la alforja-. Pueden haber ocurrido muchas cosas. No tenemos el tiempo suficiente para pensar en cada una de ellas.

-Entonces, ¿qué podemos hacer? -preguntó Taran, temeroso-. ¿No hay manera de encontrarla?

-La búsqueda más segura no siempre es la más corta -dijo Gwydion-, y puede que necesitemos la ayuda de otras manos antes de que ésta termine. En las estribaciones de las Montañas del Águila hay alguien que vive allí desde hace mucho. Su nombre es Medwyin, y se dice que comprende los corazones y los actos de cada criatura de Prydain. De haber alguien, él debería saber dónde puede esconderse Hen Wen.

-Si podemos encontrarle -empezó a decir Taran.

-Tienes razón al decir «si» -contestó Gwydion-. Nunca le he visto. Otros le han buscado y fracasaron. No tenemos sino una débil esperanza. Pero eso es mejor que no tener nada.

Se había levantado viento y susurraba entre los negros macizos de árboles. Desde la distancia llegó el solitario ladrido de unos sabuesos. Gwydion se incorporó, tenso como la cuerda de un arco.

-¿Es el Rey con Cuernos? -preguntó Taran-. ¿Nos ha seguido hasta aquí?

Gwydion sacudió la cabeza.

-No hay perros que ladren así, salvo la jauría de Gwyn el Cazador. Así pues -dijo, meditabundo-, Gwyn anda también por aquí.

-¿Otro de los servidores de Arawn? -preguntó Taran, traicionando con su voz cierta ansiedad.

-Gwyn es vasallo de un señor al que ni tan siquiera yo conozco -respondió Gwydion-, y uno que quizá sea aún más grande que Arawn. Gwyn el Cazador cabalga en solitario con sus perros y, allí por donde pasa, le sigue la muerte. Conoce por anticipado la muerte y la batalla y la contempla desde lejos, fijándose en los guerreros que caen.

Por encima del griterío de la jauría se alzaron las largas y claras notas de un cuerno de caza. Cruzando el cielo, el sonido hendió el pecho de Taran como una fría hoja de terror. Pero, a diferencia de la música, los ecos de las colinas no resonaban tanto a miedo como a pena. Al desvanecerse, dijeron con un suspiro que la luz del sol y los pájaros, los brillantes amaneceres, los cálidos ruegos, la comida y la bebida, la amistad y todas las cosas buenas habían sido perdidas y era imposible recobrarlas. Gwydion posó una mano firme sobre la frente de Taran.

-La música de Gwyn es una advertencia -dijo Gwydion-. Tómala como tal, sea cual sea el provecho que pueda tener ese conocimiento. Pero no escuches demasiado los ecos. Otros lo han hecho y, desde entonces, han vagado sin esperanza alguna.

Un relincho de Melyngar interrumpió el sueño de Taran. Mientras Gwydion se levantaba acercándose al caballo, Taran distinguió el atisbo de una sombra que se ocultaba velozmente detrás de un matorral. Rápidamente, se incorporó. Gwydion estaba vuelto de espaldas. Bajo la brillante luz lunar la sombra volvió a moverse. Tragándose el miedo, Taran se puso en pie de un salto y se lanzó sobre la espesura. Los espinos le arañaron. Aterrizó sobre algo que se debatió frenéticamente. Tanteando a ciegas, agarró lo que parecía ser una cabeza y un olor inconfundible a mastín mojado le asaltó el olfato.

-¡Gurgi! -gritó Taran furioso-. Espiándonos a escondidas...

El ser se encogió torpemente formando una bola cuando Taran empezó a zarandearle.

-¡Basta, basta! -dijo Gwydion-. ¡No asustes de ese modo al pobre desgraciado!

-¡La próxima vez, sálvate tú la vida! -le replicó irritado Taran a Gwydion, en tanto que Gurgi empezaba a aullar lo más alto que podía-. ¡Debí saber que un gran jefe de guerreros no necesita ayuda de un Aprendiz de Porquerizo!

-A diferencia de los Aprendices de Porquerizo -dijo Gwydion con amabilidad-, no desprecio la ayuda de ningún hombre. Y tú deberías tener el juicio suficiente como para no saltar encima de unos espinos sin asegurarte primero de lo que vas a encontrar. Guarda tu ira para un propósito mejor... -Se detuvo, vacilante, y examinó cuidadosamente a Taran-. Vaya, creo que pensaste que mi vida estaba en peligro.

-Si hubiese sabido que era sólo ese tonto, ese idiota de Gurgi... -El hecho es que no lo sabías -dijo Gwydion-. Así pues, valoraré la intención antes que el hecho. Puede que seas muchas otras cosas, Taran de Caer Dallben, pero veo que no eres ningún cobarde. Te ofrezco mi agradecimiento -añadió, haciendo una profunda reverencia.

-¿Y qué hay del pobre Gurgi? -aulló el ser-. No hay gracias para él... oh, no... ¡sólo golpes de los grandes señores! ¡Ni tan sólo un pequeño morder por ayudar a encontrar una cerdita!

-No encontramos a ninguna cerdita -replicó Taran, enfadado-. Y, si me lo preguntas, sabes demasiado sobre el Rey con Cuernos. No me sorprendería que hubieses ido y le hubieses contado...

-¡No, no! El señor de los grandes cuernos persigue al sabio y miserable Gurgi con muchos saltos y galopadas. Gurgi teme terribles golpes y estacazos. Sigue a poderosos y amables protectores. ¡El fiel Gurgi jamás les abandonará!

-¿Y qué hay del Rey con Cuernos? -preguntó rápidamente Gwydion.

-Oh, muy enfadado -gimoteó Gurgi-. Señores malvados cabalgan gruñendo y murmurando porque no pueden encontrar una cerdita.

-¿Dónde están ahora? -preguntó Gwydion.

-No lejos. Cruzan el agua, pero sólo el listo Gurgi, al que no se le dan las gracias, sabe dónde. Y encienden fuegos con temibles llamaradas.

-¿Puedes llevarnos hasta ellos? -preguntó Gwydion-. Me enteraría de sus planes.

Gurgi emitió un gimoteo interrogativo.

-¿Morder y mascar?

-Sabía que acabaríamos llegando a eso -dijo Taran.

Gwydion ensilló a Melyngar y, escondiéndose entre las sombras, cruzaron las colinas bañadas por la luna. Gurgi abría el camino, avanzando delante de ellos, medio encorvado, con sus largos brazos colgando. Cruzaron un profundo valle y luego otro antes de que Gurgi se detuviera en lo alto de un risco. Bajo ellos, la ancha llanura ardía con antorchas y Taran vio un gran anillo de llamas.

-¿Morder y mascar ahora? -sugirió Gurgi.

Sin hacerle caso, Gwydion les indicó que bajaran por la cuesta. El silencio no era muy necesario. Un profundo y hueco retumbar de tambores se cernía sobre las figuras apiñadas en la llanura. Los caballos relinchaban; había griterío de hombres y ruido de armas. Gwydion se agazapó entre los helechos, observando atentamente. Alrededor del círculo ardiente, guerreros subidos en grandes pilares golpeaban sus escudos con las espadas desenvainadas.

-¿Quiénes son esos hombres? -susurró Taran-. ¿Y las cestas de mimbre que cuelgan de los postes?

-Son los Caminantes Orgullosos -respondió Gwydion-, en una danza de guerra, un viejo rito guerrero de los días en que los hombres no eran más que salvajes. Las cestas... otra vieja costumbre que es mejor olvidar.

«Pero, ¡mira ahí! -exclamó Gwydion de pronto-. ¡El Rey con Cuernos! Y ahí -dijo, señalando hacia las columnas de jinetes-, ¡veo las banderas del Cantrev Reghed! ¡Las banderas de Dau Gleddyn y de Mawr! ¡Todos los cantrevs del sur! ¡Sí, ahora lo entiendo!

Antes de que Gwydion pudiese hablar de nuevo, el Rey con Cuernos, llevando una antorcha, se acercó al galope hasta las cestas de mimbre y les prendió ruego. Las llamas se apoderaron de las jaulas de mimbre; nubéculas de humo apestoso se alzaron hacia el cielo. Los guerreros golpearon sus escudos y gritaron todos al unísono. De las cestas surgieron gritos humanos de agonía. Taran ahogó un grito y apartó la mirada.

-Hemos visto bastante -ordenó Gwydion-. Aprisa, vayámonos de aquí.

Ya había despuntado el alba cuando Gwydion se detuvo al borde de un campo estéril. No había hablado hasta aquel momento. Incluso Gurgi había permanecido silencioso, los ojos agrandados por el terror.

-Esto es una parte de aquello que tan lejos he viajado para aprender -dijo Gwydion. Tenía el rostro pálido y severo-. Arawn se atreve ahora a intentar la fuerza, teniendo al Rey con Cuernos como su jefe de guerreros. El Rey con Cuernos ha levantado en armas a una poderosa hueste, y pronto marcharán contra nosotros. Los Hijos de Don están mal preparados para un enemigo tan poderoso. Deben ser advertidos. He de regresar inmediatamente a Caer Dathyl.

Cinco guerreros montados a caballo surgieron de un rincón del bosque y se adentraron en el campo. Taran dio un brinco. El primer jinete espoleó su montura hasta lanzarla al galope. Melynger lanzó un agudo relincho. Los guerreros desenvainaron sus espadas.

5 - La espada rota

Gurgi salió corriendo, dando gritos de terror. Gwydion estaba junto a Taran cuando el primer jinete se lanzó sobre ellos. Con un gesto veloz, Gwydion metió la mano en su jubón y sacó de él la malla de hierba. De pronto, las fibras resecas se hicieron más largas y gruesas, resplandeciendo con mil colores y chasquidos, casi cegando a Taran con destellos de llama líquida. El jinete levantó su espada. Con un grito, Gwydion arrojó la malla deslumbrante al rostro del guerrero. El jinete dejó caer su espada con un alarido y en vano manoteó el aire. Cayó de su silla mientras la malla se desparramaba por encima de su cuerpo, aferrándose a él como una enorme telaraña.

Gwydion arrastró al estupefacto Taran hacia un fresno y sacó de su cinto el cuchillo de caza, poniéndoselo a Taran en la mano.

-Esta es la única arma de la que puedo prescindir -le dijo-. Úsala lo mejor que puedas.

Con la espalda contra el árbol, Gwydion se enfrentó a los cuatro guerreros restantes. La gran espada giró en un arco centelleante y su hoja, como un relámpago, cantó por encima de la cabeza de Gwydion. Los atacantes se lanzaron sobre ellos. Uno de los caballos se encabritó. Taran sólo vio unos cascos que se precipitaban hacia su rostro. El jinete lanzó una maligna estocada hacia la cabeza de Taran, giró en redondo y golpeó de nuevo. Taran movió el cuchillo. Gritando de rabia y dolor, el jinete se aferró la pierna e hizo alejarse a su montura.

No había señal alguna de Gurgi, pero una forma blanca cruzó a toda velocidad el campo. Ahora Melyngar había entrado en la contienda. Agitando sus doradas crines, la yegua blanca lanzó un temible relincho y se arrojó contra los jinetes. Sus poderosos flancos se estrellaron contra ellos, empujándoles y confundiéndoles, en tanto que las monturas de la partida de guerreros hacía girar sus ojos presas del pánico. Un guerrero tiró frenéticamente de sus riendas para hacer que su caballo se alejase. El animal se derrumbó sobre sus cuartos traseros. Melyngar se irguió hasta el máximo de su talla; sus patas delanteras se agitaron en el aire y sus aguzados cascos golpearon al jinete, que cayó pesadamente al suelo. Melyngar giró en redondo, pisoteando al jinete que intentaba protegerse.

Los tres guerreros a caballo lograron rebasar a la enloquecida yegua. Junto al fresno, la espada de Gwydion resonaba entre las hojas a cada golpe. Era como si tuviese las piernas clavadas en el suelo; el impacto de los jinetes lanzados al galope fue incapaz de obligarle a moverse. En sus ojos brillaba una luz terrible.

-Aguanta un poco más -le gritó a Taran. La espada silbó y uno de los jinetes lanzó un grito ahogado. Los otros dos no siguieron atacando y retrocedieron un instante.

Unos cascos resonaron en la pradera. Al mismo tiempo que los atacantes empezaban a retirarse, dos jinetes más avanzaron al galope. Detuvieron bruscamente sus caballos, desmontaron sin vacilar y corrieron rápidamente hacia Gwydion. Sus rostros estaban lívidos; sus ojos eran corno piedras. Pesadas bandas de bronce les rodeaban la cintura y de ellas colgaban las negras correas de unos látigos. Llevaban remaches de bronce en los petos. Carecían de escudo o de yelmo. Sus bocas estaban congeladas en la horrible mueca de la muerte.

La espada de Gwydion se alzó relampagueante una vez más. -¡Huye! -le gritó a Taran-. ¡Son los Nacidos del Caldero! ¡Coge a Melyngar y escapa de aquí al galope! Taran se apoyó más firmemente contra el fresno y levantó su cuchillo. Un momento después, los Nacidos del Caldero se lanzaron sobre ellos.

Para Taran, el horror que agitaba sus negras alas a su alrededor no provenía de los lívidos rasgos de los guerreros del Caldero o de sus ojos carentes de luz, sino de su fantasmagórico silencio. Los hombres mudos hacían girar sus espadas y el metal rechinaba contra el metal. Los incansables guerreros golpeaban una y otra vez. La hoja de Gwydion saltó rebasando la guardia de uno de sus oponentes y penetró profundamente en su corazón. El pálido guerrero no lanzó grito alguno. No hubo sangre cuando Gwydion liberó su arma; el Nacido del Caldero se estremeció una sola vez, sin hacer ni el menor gesto, y avanzó nuevamente para atacar.

Gwydion era como un lobo acorralado, los dientes al descubierto, sus verdes ojos relucientes. Las espadas de los Nacidos del Caldero se estrellaban en su guardia. Taran golpeó a uno de los lívidos guerreros; la punta de una espada le desgarró el brazo y el pequeño cuchillo salió despedido hacia la espesura.

Gwydion tenía el rostro surcado de sangre allí donde un golpe aciago le había hendido la mejilla y la frente. Su hoja flaqueó y un Nacido del Caldero lanzó una estocada hacia su pecho. Gwydion giró, recibiendo la punta de la espada en su costado. Los pálidos guerreros redoblaron su asalto.

La gran cabeza hirsuta se inclinó cansadamente al tambalearse Gwydion. Con un potente grito, intentó avanzar y puso una rodilla en el suelo. Con su fuerza agotándose, luchó por alzar nuevamente la hoja. Los Nacidos del Caldero apartaron sus armas y le cogieron, derribándole al suelo y atándole rápidamente.

Los otros dos guerreros se aproximaron. Uno cogió a Taran por el cuello, el otro le ató las manos a la espalda. Taran fue llevado a rastras junto a Melyngar y arrojado sobre su grupa, donde quedó al lado de Gwydion.

-¿Estás malherido? -preguntó Gwydion, luchando por levantar la cabeza.

-No -dijo Taran-, pero tu herida es grave.

-No es la herida lo que me duele -dijo Gwydion con una sonrisa amarga-. Las he recibido peores y he sobrevivido. ¿Por qué no huiste como te ordené? Sabía que era impotente contra los Nacidos del Caldero, pero habría podido cubrirte la retirada. Con todo, luchaste bien, Taran de Caer Dallben.

-Eres más que un jefe de guerreros -murmuró Taran-. ¿Por qué me escondes la verdad? Recuerdo la malla de hierbas que tejiste antes de que cruzásemos el Avren. Mas hoy, en tus manos, no era como ninguna hierba que yo hubiese visto antes.

-Soy lo que te dije. Las briznas de hierba... sí, son algo más que eso. El propio Dallben me enseñó su uso.

-¡Tú también eres un encantador!

-Tengo ciertas habilidades. Pero no son lo bastante fuertes como para defenderme contra los poderes de Arawn. Hoy -añadió-, no fueron

suficientes para proteger a un bravo compañero. Uno de los Nacidos del Caldero espoleó a su caballo y se acercó a Melyngar. Sacando el látigo de su cinturón, azotó brutalmente a los cautivos. -No digas nada más - murmuró Gwydion-. No harás sino acarrearte dolor. Si no volvemos a encontrarnos, adiós.

El grupo cabalgó sin detenerse. Vadeando el angosto río Ystrad, los Nacidos del Caldero flanquearon estrechamente a sus cautivos. Taran se atrevió una vez más a. hablar con Gwydion, pero el látigo cortó en seco sus palabras. Taran tenía la garganta reseca y oleadas de vértigo amenazaban con sumergirle. No tenía modo de saber con segundad el tiempo que habían cabalgado, pues a menudo caía en sueños febriles. El sol seguía alto en el cielo y fue vagamente consciente de una colina con una gran fortaleza gris alzándose en su cumbre. Los cascos de Melyngar resonaron sobre las piedras cuando un patio se abrió ante ellos. Toscas manos le arrancaron de la grupa de Melyngar y le condujeron, tambaleándose, por un corredor abovedado. Gwydion fue arrastrado y llevado detrás de él. Taran intentó seguir a su compañero, pero el látigo de los Nacidos del Caldero le hizo caer de rodillas. Un guardia le puso nuevamente en pie y, a patadas, le hizo avanzar.

Por último, los cautivos fueron llevados a una espaciosa sala de consejo. En los muros cubiertos de tapices escarlata parpadeaban las antorchas. En el exterior había sido de día; aquí, en el gran salón carente de ventanas, el frío y la humedad de la noche se alzaban, como una neblina, de las frías losas. En el extremo más alejado del salón, sobre un trono de madera negra tallada, una mujer estaba sentada. Su larga cabellera brillaba como plata a la luz de las antorchas. Su rostro era joven y hermoso; su pálida piel parecía aún más pálida sobre su túnica carmesí. Hermosos collares colgaban de su cuello, brazaletes adornados con gemas rodeaban sus muñecas y pesados anillos se reflejaban con el parpadeo de las antorchas. La espada de Gwydion yacía a sus pies.

La mujer se puso rápidamente en pie.

-¿Qué vergüenza es ésta para mi casa? -le gritó a los guerreros-. Las heridas de estos hombres son recientes y no han sido cuidadas. ¡Alguien responderá de este descuido! -Se detuvo delante de Taran-. Y este muchacho apenas si puede tenerse en pie, -Dio una palmada-. Traed comida, vino y medicinas para sus heridas.

Se volvió de nuevo hacia Taran.

-Pobre muchacho -dijo, con una sonrisa compasiva-, hoy se han cometido lamentables fechorías.

Tocó su herida con su pálida y suave mano. Al contacto de sus dedos, un reconfortante calor llenó el dolorido cuerpo de Taran. En vez de dolor, una deliciosa sensación de reposo le invadió, un reposo que le hizo recordar los días olvidados en Caer Dallben, el cálido lecho de su niñez, los soñolientos atardeceres de verano.

-¿Cómo llegaste aquí? -preguntó quedamente la mujer.

-Cruzamos el Gran Avren -empezó a decir Taran-. Fijaos, lo que sucedió...

-¡Silencio! -resonó la voz de Gwydion-. ¡Es Achren! ¡Te está tendiendo una trampa!

Taran boqueó, sorprendido. Por un instante no pudo creer que una belleza tal ocultase el mal del que había sido advertido. ¿Acaso Gwydion la había juzgado mal? Sin embargo, cerró firmemente los labios. La mujer, sorprendida, se volvió hacia Gwydion.

-No es cortés acusarme de tal modo. Tu herida excusa tu conducta, pero la ira no es necesaria. ¿Quién eres? ¿Por qué...?

Los ojos de Gwydion relampaguearon.

-Me conoces tan bien como yo te conozco. ¡Achren! -Escupió el nombre a través de sus labios ensangrentados.

-He oído que el señor Gwydion estaba viajando por mi reino. Aparte de eso...

-Arawn envió a sus guerreros para matarnos -gritó Gwydion-, y aquí están, en tu sala de consejo. ¿Dices que no sabes nada más?

-Arawn envió guerreros para encontraros, no para mataros -respondió Achren-, o no estaríais vivos en este momento. Ahora que te veo cara a cara -di)O, los ojos clavados en Gwydion-, me alegro de que un hombre tal no esté desangrándose en una zanja. Pues mucho es lo que debemos discutir, y mucho el provecho que puedes sacar de ello.

-Si quieres hacer un trato conmigo -dijo Gwydion-, desátame y devuélveme mi espada.

-¿Me exiges cosas? -preguntó amablemente Achren-. Quizá no has entendido. Te ofrezco algo que no puedes tener aunque te soltase las manos y te devolviese tu arma. Con eso, señor Gwydion, me refiero a... tu vida.

-¿A cambio de qué?

-Había pensado hacer el trato con otra vida -dijo Achren, mirando a Taran-. Pero veo que carece de importancia, vivo o muerto. No -dijo-, hay otros modos más agradables de hacer un trato. No me conoces tan bien como piensas, Gwydion. No hay futuro para ti más allá de esas puertas. Aquí, puedo prometerte...

-¡Tus promesas apestan a Annuvin! -gritó Gwydion-. Las desprecio. ¡No es ningún secreto lo que eres!

El rostro de Achren se volvió lívido. Siseando, golpeó a Gwydion y sus uñas, rojas como la sangre, le desgarraron la mejilla. Achren desenvainó la espada de Gwydion; sosteniéndola con las dos manos dirigió la punta hacia su cuello, deteniéndose a la distancia de un cabello de éste. Gwydion permaneció orgullosamente inmóvil, sus ojos ardían.

-No -gritó Achren- ¡no te mataré; llegarás a desear que lo hubiese hecho y suplicarás la clemencia de una espada! ¡Desprecias mis promesas! ¡No te quepa la menor duda de que ésta la cumpliré!

Achren alzó la espada por encima de su cabeza y la estrelló con todas sus fuerzas contra un pilar de piedra. Saltaron centellas y la hoja resonó, intacta. Con un grito de rabia, arrojó el arma al suelo.

La espada brillaba, aún intacta. Achren la cogió de nuevo, aferrando la afilada hoja hasta que sus manos enrojecieron. Se le desorbitaron los ojos y sus labios se movieron, retorciéndose. Un trueno resonó en el salón, ardió una luz semejante a un sol carmesí y el arma rota cayó en pedazos al suelo.

-¡Así te quebraré! -aulló Achren.

Alzó su mano hacia los Nacidos del Caldero y les llamó en una lengua extraña y áspera.

Los pálidos guerreros avanzaron y, arrastrándoles, se llevaron a Taran y a Gwydion del salón. En un oscuro pasadizo de piedra, Taran forcejeó con sus captores, luchando por acercarse a Gwydion. Uno de los Nacidos del Caldero estrelló la empuñadura de un látigo en la cabeza de Taran.

6 - Eilonwy

Taran volvió en sí tendido sobre un montón de paja sucia que olía como si Gurgi y todos sus antepasados hubiesen dormido en ella. Unos cuantos pies por encima de él, la luz del sol, de un pálido color amarillo, se filtraba a través de una reja; el débil haz luminoso terminaba bruscamente en una pared de piedra áspera y húmeda. Las sombras de los barrotes descansaban sobre el pequeño retazo de luz; en vez de hacer más brillante la celda, los macilentos rayos no hacían sino darle una apariencia más lúgubre y estrecha. A medida que los ojos de Taran se acostumbraron a tal crepúsculo amarillo, pudo distinguir una sólida puerta de remaches con una rendija en la base. La celda no tendría más de unos tres pasos de lado.

Le dolía la cabeza; como seguía teniendo las manos atadas a la espalda, no podía sino hacer conjeturas en cuanto al tamaño de su palpitante hinchazón. No se atrevía a imaginar lo que le había pasado a Gwydion. Después de que el guerrero del Caldero le golpease, Taran

había recobrado el conocimiento sólo unos instantes antes de caer una vez más en el torbellino de la oscuridad. En ese breve espacio de tiempo, recordaba vagamente haber abierto los ojos y hallarse colgando de la espalda de un guardia. Su confuso recuerdo incluía un corredor en penumbra con puertas a uno y otro lado. Gwydion le había llamado una vez, o eso creía Taran... no podía recordar las palabras de su amigo, quizás incluso eso había sido parte de la pesadilla. Supuso que Gwydion había sido arrojado a otra mazmorra; al menos así lo esperaba ardientemente Taran. No podía librarse del recuerdo del lívido rostro de Achren y sus horribles gritos, y temía que hubiese ordenado que matasen a Gwydion.

Con todo, seguía habiendo buenas razones para esperar que su compañero viviese. Achren habría podido cortarle fácilmente el cuello mientras la desafiaba en la sala del consejo, pero se había contenido. Por lo tanto, pretendía mantener vivo a Gwydion; quizá, fue el miserable pensamiento de Taran, Gwydion estaría mejor muerto. La idea de esa orgullosa figura tendida como un cadáver roto llenó a Taran de un dolor que se convirtió rápidamente en rabia. Se puso en pie, tambaleándose, ando vacilante hasta la puerta y la pateó, estrellando su cuerpo contra ella con la escasa fuerza que le quedaba. Desesperado, se dejó caer en el húmedo suelo, apretando la cabeza contra las inconmovibles planchas de roble. Volvió a ponerse en pie al cabo de un momento y pateó los muros. Si por casualidad Gwydion se hallaba en una celda contigua, Taran esperaba que oyese la señal. Pero pensó, por lo apagado del sonido, que los muros eran demasiado gruesos para que sus débiles golpes los traspasasen.

Al darse la vuelta, un objeto brillante atravesó la reja y cayó sobre el suelo de piedra. Taran se agachó. Era una bola de algo que parecía ser oro. Perplejo, miró hacia arriba. Dos ojos intensamente azules le devolvieron la mirada desde la reja.

-Por favor -dijo una voz de muchacha, ligera y musical-, mi nombre es Eilonwy y, si no te importa, ¿quieres devolverme mi juguete? No quiero que pienses que soy una niña, por andar con un juguete tonto, porque no lo soy; pero a veces no hay absolutamente nada más que hacer por aquí y se me resbaló de las manos cuando lo estaba arrojando...

-Niña -le interrumpió Taran-, yo no...

-Pero si no soy una niña -protestó Eilonwy-. ¿No acabo de decírtelo? ¿Eres tonto? Lo siento muchísimo. Es terrible ser torpe y estúpido. ¿Cómo te llamas? -prosiguió-. Me siento muy rara si no conozco el nombre de alguien. Ya sabes, como si tuviese un pie zambo o tres pulgares en una mano, si entiendes lo que quiero decir. Es tan incómodo...

-Soy Taran de Caer Dallben -dijo Taran, y luego deseó no haber hablado. Se dio cuenta de que podía ser otra trampa.

-¡Qué bonito! -dijo alegremente Eilonwy-. Me alegro mucho de conocerte. Supongo que eres un señor, o un guerrero, o un jefe de guerreros, o un bardo, o un monstruo. Aunque hace mucho tiempo que no hemos tenido monstruos.

-No soy nada de eso -dijo Taran, sintiéndose bastante halagado de que Eilonwy pudiese haberle tomado por alguna de esas cosas.

-¿Qué otras cosas hay?

-Soy Aprendiz de Porquerizo -dijo Taran.

Apenas hubo pronunciado las palabras se mordió los labios; luego, para disculpar su soltura de lengua, se dijo a sí mismo que el que la muchacha lo supiese no podía causar ningún daño.

-¡Qué fascinante! -dijo Eilonwy-. Eres el primero que hemos tenido... a menos que ese pobre hombre de la otra mazmorra también lo sea.

-Habíame de él -dijo rápidamente Taran-. ¿Está vivo?

-No lo sé -dijo Eilonwy-. Miré a través de la reja, pero no puedo decírtelo. No se mueve en absoluto, pero me imagino que está vivo; de lo contrario, Achren se lo habría dado de comer a los cuervos. Ahora, por favor, si no te importa, lo tienes justo delante de los pies.

-No puedo recoger tu juguete -dijo Taran-, porque tengo las manos atadas.

Los azules ojos de la muchacha parecieron sorprenderse.

-¡Oh, bueno, eso lo explica! Entonces supongo que tendré que entrar y cogerlo.

-No puedes entrar y cogerlo -dijo Taran desanimado-. ¿No ves que estoy encerrado aquí?

-Claro que lo veo -dijo Eilonwy-. ¿De qué serviría tener a alguien encerrado en una mazmorra si no estuviese cerrada? Realmente, Taran de Caer Dallben, me sorprendes con algunas de tus observaciones. No quiero herir tus sentimientos al preguntártelo, pero, ¿el ser Aprendiz de Porquerizo es un tipo de trabajo que requiera mucha inteligencia?

Algo que estaba más allá de la reja y fuera del campo visual de Taran giró hacia abajo y, de pronto, los ojos azules desaparecieron. Taran oyó lo que le pareció una disputa, luego un grito agudo seguido de otro más prolongado y uno o dos sonoros azotes. Los ojos azules no volvieron a aparecer. Taran se dejó caer de nuevo sobre la paja. Pasado un cierto tiempo, en el horrible silencio y la soledad de la diminuta celda, repentinamente empezó a desear que Eilonwy regresase. Era la persona más desconcertante con la que se había topado y, seguramente, debía de ser tan malvada como todas las del castillo... aunque no podía llegar a creerlo del todo. Sin embargo, anhelaba el sonido de otra voz, incluso el parloteo de Eilonwy.

La reja por encima de su cabeza se oscureció. La noche se derramó en el interior de la celda como una negra y helada ola. La rendija de la gruesa puerta rechinó al abrirse. Taran oyó que deslizaban algo en la celda y se arrastró hacia allí. Se trataba de un pequeño cuenco. Lo husmeó cautelosamente y, finalmente, se arriesgó a tocarlo con la lengua, temiendo todo el rato que pudiese tratarse de comida envenenada. No era comida, sólo un poco de agua, caliente y mohosa. Tenía la garganta tan reseca que Taran pasó por alto el sabor, metió el rostro en el cuenco y bebió hasta dejarlo vacío.

Se enroscó como una pelota y trató de dormir para olvidar el dolor; las apretadas correas le oprimían, pero por suerte sus manos hinchadas estaban entumecidas. El sueño sólo le trajo pesadillas y se incorporó para descubrir que estaba gritando. Se recostó una vez más. Debajo de la paja oyó un sonido, como si raspasen algo.

Taran, vacilante, se puso en pie. El ruido se hizo más fuerte.

-¡Apártate! -dijo una voz tenue.

Taran miró a su alrededor, confundido.

-¡Sal de la piedra!

Retrocedió un paso. La voz provenía de la paja.

-¡Bueno, no puedo levantarla si tú estás de pie encima de ella, tonto Aprendiz de Porquerizo! -se quejó la apagada voz.

Asustado y asombrado, Taran saltó hacia el muro. La paja empezó a levantarse. Una losa suelta fue alzada, echada a un lado y una esbelta figura emergió por ella como si saliese del mismo suelo.

-¿Quién eres? -gritó Taran.

-¿Quién esperabas que fuese? -dijo la voz de Eilonwy-. Y, por favor, no armes tanto escándalo. Te dije que volvería. Oh, ahí está mi juguete...

La sombra se agachó y tomó la luminosa pelota.

-¿Dónde estás? -gritó Taran-. No puedo ver nada...

-¿Es eso lo que te molesta? -preguntó Eilonwy-. ¿Por qué no lo dijiste para empezar?

Al instante, una brillante luminosidad llenó la celda. Procedía de la esfera dorada que la muchacha sostenía en su mano.

Taran pestañeó, asombrado.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-Es mi juguete -dijo Eilonwy-. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

-Pero... ¡pero se enciende!

-¿Qué pensabas que haría? ¿Convertirse en pájaro y marcharse volando?

Eilonwy, como pudo ver por primera vez el atónito Taran, tenía además de ojos azules, una larga cabellera de un dorado rojizo que le llegaba hasta la cintura. Su rostro, aunque no muy limpio, era delicado, parecido al de un elfo, con los pómulos bien dibujados. Su túnica, corta y blanca, manchada de barro, estaba ceñida con eslabones de plata. Una luna creciente

Librodot

de plata colgaba de una fina cadena rodeándole el cuello. Era uno o dos años más joven que él, pero igual de alta. Eilonwy puso la esfera resplandeciente en el suelo, se acercó rápidamente a Taran y desató las correas que le ataban.

-Pensaba volver más pronto -dijo Eilonwy-. Pero Achren me pilló hablando contigo y empezó a darme una paliza. Le mordí.

«Entonces me encerró en una de las estancias, muy abajo -prosiguió Eilonwy, señalando hacia las losas-. Hay centenares debajo del Castillo Espiral, y toda clase de galenas y pequeños pasajes, como un hormiguero. Achren no los construyó; dicen que en tiempos este castillo perteneció a un gran rey. Ella se cree que conoce todos los pasadizos, pero no los conoce. No ha estado ni en la mitad de ellos. ¿Te puedes imaginar a Achren metiéndose por un túnel? ¿Sabes?, es más vieja de lo que parece. -Eilonwy lanzó una risita-. Pero yo conozco todos y cada uno de los pasadizos y la mayor parte están conectados entre sí. Ya que no tenía mi juguete y tenía que andar a oscuras, tardé un poco más.

-¿Quieres decir que vives en este terrible lugar? -preguntó Taran.

-Naturalmente -dijo Eilonwy-. ¿No te imaginarás que iba a querer visitarlo, verdad?

-¿Achren... Achren es tu madre? -preguntó jadeante Taran, y se echó hacia atrás, temeroso.

-¡Claro que no! -gritó la muchacha-. Soy Eilonwy, hija de Angharad, hija de Regat, hija de... oh, mencionarlas a todas es una lata. Mis antepasados -dijo con orgullo-, son el Pueblo del Mar. Soy de la sangre de Llyr Media-Lengua, el Rey del Mar. Achren es mi tía, aunque a veces pienso que realmente no lo es.

-Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

-Te he dicho que vivo aquí -contestó Eilonwy-. Parece que hacen falta muchas explicaciones para que entiendas algo. Mis padres murieron y mis parientes me mandaron aquí para que Achren pudiese enseñarme a ser hechicera. Es una tradición familiar, ¿sabes? Los chicos son jefes guerreros y las chicas hechiceras.

-Achren está aliada con Arawn de Annuvin -exclamó Taran-. ¡Es una criatura maligna y aborrecible!

-Oh, eso todo el mundo lo sabe -dijo Eilonwy-. A veces deseo que mis parientes me hubiesen mandado con otra persona. Pero pienso que a estas alturas ya deben haberme olvidado.

Se fijó en la profunda herida de su brazo.

-¿Dónde te hiciste eso? -preguntó-. Creo que no debes saber mucho de pelear si dejas que te derriben y te hagan un corte tan feo. Pero no me imagino que los Aprendices de Porquerizo sean llamados con frecuencia para ese tipo de cosas.

La muchacha se arrancó una tira del borde de la túnica y empezó a vendar la herida de Taran.

-No dejé que me cortasen -dijo Taran enfadado-. Eso es obra de Arawn, o de tu tía... no sé de quién y no me importa. El uno no es mejor que la otra.

-¡Odio a Achren! -dijo de pronto Eilonwy-. Es una persona mezquina y mala. De todos los que vienen aquí, tú eres el único con el que resulta un poco agradable hablar... ¡y logró que te hiciesen daño!

-Eso no es todo -dijo Taran-. Pretende matar a mi amigo.

-Si hace eso -dijo Eilonwy-, estoy segura de que te incluirá a ti. Achren no hace las cosas a medias. Sería una lástima que te matasen. Lo sentina mucho. Sé que no me gustaría que me pasase a mí...

-Eilonwy, escucha -la interrumpió Taran-, si hay túneles y pasadizos debajo del castillo... ¿Puedes llegar a las otras celdas? ¿Hay un camino al exterior?

-Naturalmente que lo hay -dijo Eilonwy-. Si hay un camino para entrar, tiene que haber otro para salir, ¿no?

-¿Nos ayudarás? -preguntó Taran-. Es muy importante para nosotros escapar de este sitio. ¿Nos enseñarás el pasadizo?

-¿Dejaros escapar? -Eilonwy se rió-. ¡Lo furiosa que se pondría Achren por ello! -Meneó la cabeza-. Le estaría bien por pegarme y tratar de encerrarme. Sí, sí - prosiguió, los ojos bailándole-, es una maravillosa idea. Me encantaría ver su cara cuando baje a buscaros. Sí, eso sería más divertido que cualquier otra cosa en la que pueda pensar. ¿Te imaginas...?

-Escucha atentamente -dijo Taran-. ¿Hay algún modo de que puedas llevarme hasta mi compañero?

Eilonwy negó con la cabeza.

-Eso sería muy difícil. Verás, algunas de las galerías están conectadas con las que llevan a las celdas, pero cuando intentas cruzar, lo que sucede es que empiezas a encontrarte con pasadizos que...

-Bueno, no importa -dijo Taran-. ¿Puedes reunirme con él en algún pasadizo?

-No veo la razón de que quieras hacerlo -dijo la muchacha-. Sería mucho más sencillo que yo le dijese que te esperase lejos del castillo. No entiendo por qué quieres complicar las cosas; con dos personas arrastrándose por ahí ya es bastante complicado, pero con tres imagínate lo que sería. Y te resultaría muy difícil encontrar el camino tú solo.

-Muy bien -dijo Taran, impaciente-. En primer lugar, libera a mi compañero. Espero que se encuentre lo bastante bien como para poder moverse. De lo contrario, debes volver y decírmelo de inmediato y yo pensaré en algún modo de transportarle.

»Y -prosiguió-, hay una yegua blanca, Melyngar. No sé que habrán hecho con ella.

-Estará en el establo -dijo Eilonwy-. ¿No es allí donde suelen estar los caballos?

-Por favor -dijo Taran-, también debes ir allí. Y conseguirnos armas. ¿Lo harás?

Eilonwy asintió rápidamente.

-Sí, será muy emocionante.

Volvió a reírse, tomando la bola resplandeciente, acunándola en sus manos, y la celda se oscureció de nuevo. La piedra se cerró con un ruido rechinante y la plateada risa de Eilonwy permaneció unos instantes flotando en el aire.

Taran caminó sin cesar, midiendo la celda. Por primera vez, sentía cierta confianza; pese a todo, se preguntaba hasta qué punto podía confiar en aquella muchacha de humor tan variable. Probablemente, se olvidaría de todo lo que se había comprometido a hacer. Peor aún, quizá le traicionase, entregándole a Achren. Era posible que se tratase de otra trampa, otro tormento que le prometía la libertad para arrebatársela pero, aunque así fuese, Taran decidió que no podía encontrarse peor de lo que ya estaba.

Para ahorrar energías, se recostó en la paja e intentó relajarse. Su brazo vendado había dejado de dolerle y, aunque seguía sintiendo hambre y sed, el agua bebida le había calmado un poco.

No tenía ni idea del tiempo que se precisaría para recorrer los pasadizos subterráneos. Pero, a medida que pasaba el tiempo, su ansiedad fue haciéndose mayor. Tanteó la losa que había utilizado la muchacha. Era imposible moverla, pese a que con el intento se llenó los dedos de sangre. Volvió a hundirse en una oscura e interminable espera. Eilonwy no regresó.

7 - La trampa

Del corredor le llegó un débil sonido que fue haciéndose más fuerte. Taran se apresuró a pegar el oído a la rendija de la puerta. Oyó el firme paso de unos pies que desfilaban y ruido de armas. Se incorporó y se quedó con la espalda pegada a la pared. La muchacha le había traicionado. Buscó algún medio de defenderse puesto que había decidido que no le cogerían con facilidad. Para tener algo en las manos, Taran recogió la sucia paja y la sostuvo, dispuesto a lanzarla; era una defensa lamentable y deseó desesperadamente tener el poder de Gwydion para prenderle fuego.

Los pasos continuaron. Entonces temió que fuesen a entrar en la otra celda. Lanzó un suspiro de alivio cuando no se detuvieron, sino que se desvanecieron en la lejanía hacia lo que imaginó sería el extremo más alejado del corredor. Quizás estaban cambiando la guardia.

Se dio la vuelta, seguro de que Eilonwy no iba a regresar y enfurecido con ella y sus falsas promesas. No era más que una tonta, una cabeza de chorlito que, indudablemente, reiría y se lo tomaría todo como una gran broma cuando los Nacidos del Caldero viniesen a buscarle. Escondió el rostro entre las manos. Incluso ahora podía oír su parloteo. Taran se sobresaltó de nuevo. La voz que había oído era real.

-¿Tienes que sentarte siempre sobre la piedra equivocada? -estaba diciendo-. Pesas demasiado para que te levante.

Taran se levantó de un salto y se apresuró a limpiar de paja el suelo. La losa se levantó. La luz procedente de la bola dorada ahora era más tenue, pero bastaba para que viese que Eilonwy parecía estar complacida consigo misma.

-Tu compañero está libre -musitó-. Y saqué a Melyngar del establo. Están escondidos en los bosques, fuera del castillo. Ya está todo hecho -dijo Eilonwy alegremente-. Te están esperando. Así que si empiezas a moverte y dejas de poner esa cara de haber olvidado cómo te llamas, podemos ir y reunimos con ellos.

-¿Encontraste armas? -preguntó Taran.

-Bueno... no. No tuve oportunidad de buscarlas -dijo Eilonwy-. Realmente - añadió-, no puedes esperar que todo lo haga yo, ¿verdad?

Eilonwy sostuvo la esfera resplandeciente cerca del suelo de piedra.

-Sal tú primero -dijo-. Luego bajaré yo, para poder poner de nuevo la piedra en su lugar. Entonces, cuando Achren mande que te maten, no habrá ningún rastro. Pensará que te has desvanecido en el aire... y eso hará que todo sea más humillante. Sé que no está bien humillar a la gente a propósito... es como ponerles un sapo en la mano, pero es algo demasiado estupendo como para no hacerlo y puede que nunca vuelva a tener otra oportunidad.

-Achren sabrá que nos dejaste escapar -dijo Taran.

-No, no lo sabrá -dijo Eilonwy-, porque pensará que sigo encerrada. Y si no sabe que puedo salir, no puede saber que estuve aquí. Pero es muy considerado por tu parte decir eso. Muestra que tienes buen corazón, y creo que eso es mucho más importante que ser inteligente.

Mientras Eilonwy seguía parloteando, Taran se agachó hasta entrar en la estrecha apertura. Descubrió que el pasadizo era muy bajo y se vio obligado a arrastrarse prácticamente a cuatro patas.

Eilonwy puso la piedra en su sitio y luego empezó a guiarle. El resplandor de la esfera mostraba muros de tierra apisonada. A medida que Taran avanzaba arrastrándose, otras galerías se abrían a cada lado.

-Asegúrate de que me sigues -le dijo Eilonwy-. No te metas en ninguna de ésas. Algunas de ellas se bifurcan y algunas no van a ninguna parte. Te perderías y eso sería una estupidez si estás intentando escapar.

La muchacha se movía con tal rapidez que Taran tenía dificultad en mantener su paso. Por dos veces tropezó con piedras sueltas en el pasadizo, trató de frenar su caída y dio de bruces en el suelo. La pequeña luz oscilaba por delante de él, en tanto que a su espalda largos dedos de oscuridad le aferraban los talones. Podía entender la razón de que la fortaleza de Achran fuese llamada Castillo Espiral. Las estrechas y asfixiantes galerías giraban sin cesar; no podía estar seguro de si realmente estaban avanzando o si el túnel meramente daba vueltas sobre sí mismo.

El techo se estremeció con el ruido de pies lanzados a la carrera.

-Estamos justo debajo del cuarto de guardia -susurró Eilonwy-. Algo está pasando ahí arriba. Normalmente, Achren no mueve a los guardias en mitad de la noche.

-Deben de haber ido a las celdas -dijo Taran-. Hubo bastante jaleo antes de que vinieses. Seguramente saben que nos hemos ido.

-Debes de ser un Aprendiz de Porquerizo muy importante -dijo Eilonwy con una risita-. Achren no se tomaría tantas molestias, a menos que...

-Aprisa -la apremió Taran-. Si pone guardias alrededor del castillo nunca saldremos.

-Desearía que dejases de preocuparte -dijo Eilonwy-. Parece que te estuviesen

retorciendo los dedos de los pies. Achren puede poner todos los guardias que quiera, no sabe dónde está la boca del túnel. Y está tan bien escondida que ni un búho la vería. Después de todo, no pensarás que voy a hacerte salir delante de la puerta principal, ¿verdad?

Pese a su charla, Eilonwy mantuvo su apresurada marcha. Taran se agazapó acercándose más al suelo, moviéndose medio a tientas, la vista clavada en el débil resplandor; patinó en las curvas más bruscas, tropezó con muros ásperos, se despellejó las rodillas y tuvo que moverse después dos veces más deprisa para recuperar el terreno que había perdido. Al llegar otra curva del pasadizo, la luz de Eilonwy osciló y se perdió de vista. En el momento de oscuridad, Taran perdió pie al subir bruscamente el nivel del suelo a un costado. Cayó y dio un par de vueltas. Antes de que pudiese recobrar el equilibrio, estaba resbalando rápidamente hacia abajo entre una avalancha de tierra y piedras sueltas. Chocó con un saliente rocoso, rodó de nuevo y cayó repentinamente en medio de la oscuridad.

Aterrizó pesadamente sobre unas piedras lisas, con las piernas retorcidas debajo del cuerpo. Taran se incorporó dolorido y sacudió la cabeza para despejarse. De pronto se dio cuenta de que estaba en pie. No podía ver a Eilonwy ni su luz. La llamó tan alto como se atrevió.

Unos instantes después oyó un ruido por encima de él y vio el tenue reflejo de la bola dorada.

-¿Dónde estás? -dijo la muchacha. Su voz parecía muy lejana-. Oh... ya veo. Parte del túnel ha cedido. Debes de haber resbalado en una hendidura.

-No es una hendidura -dijo Taran-. Me he caído hasta aquí y está muy hondo. ¿Puedes meter la luz aquí? Tengo que subir otra vez.

Hubo más ruidos.

-Sí -dijo Eilonwy-, te has metido en un lío. El suelo ha cedido en toda la zona y abajo hay una gran piedra por encima de tu cabeza, parecida a una repisa. ¿Cómo te las arreglaste para hacerlo?

-No lo sé -dijo Taran- pero está claro que no lo hice a propósito.

-Es extraño -dijo Eilonwy-. Esto no estaba cuando pasé por primera vez. Con tanto ir y venir algo debe de haber cedido; es difícil decirlo. Creo que estos túneles no son ni la mitad de sólidos de lo que parecen y, si a eso vamos, el castillo tampoco; Achren siempre se está quejando de cosas que gotean y puertas que no cierran bien...

-Deja de cotorrear -gritó Taran, aferrándose la cabeza-. No quiero oír hablar de goteras y puertas. Muéstrame la luz para que pueda trepar y salir de aquí.

-Ese es el problema -dijo la muchacha-. No estoy muy segura de que puedas. Verás, esa repisa de piedra sobresale mucho y baja de un modo muy pronunciado. ¿Puedes arreglártelas para alcanzarla?

Taran levantó los brazos y saltó todo lo alto que pudo. No pudo hallar ningún asidero. Por la descripción de Eilonwy y por la enorme sombra que tenía encima, empezó a temer que la muchacha tuviese razón. No podía llegar a la piedra y, aunque hubiese podido, su aguda inclinación hacia abajo le habría hecho imposible trepar por ella. Taran lanzó un gemido de desesperación.

-Sigue sin mí -dijo-. Avisa a mi compañero de que el castillo está alertado..

-¿Y qué pretendes hacer? No puedes quedarte sentado ahí como una mosca en una jarra. Eso no va a resolver nada.

-Para mí no supone ninguna diferencia -dijo Taran-. Puedes buscar una cuerda y volver cuando sea más seguro...

-¿Quién sabe cuándo será eso? Si Achren me ve, no hay modo de adivinar lo que puede suceder. ¿Y suponte que no puedo volver? Te convertirías en un esqueleto esperándome... no sé cuánto tarda la gente en convertirse en esqueleto, aunque imagino que hará falta cierto tiempo... y estarías peor que antes.

-¿Qué otra cosa puedo hacer? -gritó Taran.

El que Eilonwy hubiese hablado de esqueletos le había helado la sangre. Recordó

entonces el sonido del cuerno de Gwyn el Cazador y ese recuerdo le llenó de pesar y miedo. Inclinó la cabeza y volvió el rostro hacia el áspero muro.

-Eso es muy noble por tu parte -dijo Eilonwy-, pero no creo que sea realmente necesario, al menos no todavía. Si los guerreros de Achren salen y empiezan a batir el bosque, no creo que tu amigo vaya a quedarse ahí esperando. Se irá para esconderse y buscarte luego, o eso me imagino. Eso sería lo más inteligente. Por supuesto, si él también es un Aprendiz de Porquerizo, es difícil suponer cuál será el funcionamiento de su mente.

-No es un Aprendiz de Porquerizo -dijo Taran-. Es... bueno, no es asunto tuyo saber quién es.

-Decir eso no es muy cortés por tu parte. Bueno, de todos modos... -la voz de Eilonwy dejó de lado el asunto-. Lo principal es sacarte de aquí.

-No podemos hacer nada -dijo Taran-. Estoy atrapado aquí y encerrado aún mejor de lo que había planeado Achren.

-No digas eso. Podría hacer pedazos mi túnica y atarlos formando una cuerda... aunque te digo de antemano que no me gustaría nada irme arrastrando por estos túneles sin ropa. Pero creo que no sería lo bastante larga ni fuerte. Supongo que podría cortarme el pelo, si tuviese unas tijeras, y añadirlo a... no, tampoco. ¿Quieres estarte quieto un rato y dejarme pensar? Espera, voy a tirarte mi juguete. ¡Toma, coge!

La esfera dorada surgió por encima de la cornisa. Taran la cogió al vuelo.

-Y ahora -dijo Eilonwy-, ¿qué hay ahí abajo? ¿No es más que alguna especie de pozo?

Taran alzó la bola por encima de su cabeza.

-¡Vaya, no es ningún agujero! -exclamó-. Es una especie de cámara. También hay un túnel. -Dio unos cuantos pasos-. No puedo ver dónde termina. Es grande...

Detrás de él resonaron unas piedras; un instante después Eilonwy se dejaba caer al suelo. Taran la miró sin creer en lo que veían sus ojos.

-¡Tonta! -gritó-. Tú, cabeza hueca... ¿Qué has hecho? ¡Ahora los dos estamos atrapados! ¡Y tú hablas de inteligencia! No tienes...

Eilonwy le sonrió y aguardó hasta que se le hubo acabado el aliento.

-Ahora -dijo-, si ya has acabado, déjame que te explique algo muy sencillo. Si hay un túnel, tiene que ir a alguna parte. Y vaya adonde vaya, hay una oportunidad muy considerable de que se trate de un sitio mejor del que ahora estamos.

-No quería insultarte -dijo Taran-, pero -añadió en un tono dolorido-, no hay razón para que te pongas en peligro.

-Ya empiezas de nuevo -dijo Eilonwy-. Prometí ayudarte a escapar y eso es lo que estoy haciendo. Entiendo de túneles y no me sorprendería que éste siguiese la misma dirección que el de arriba. No tiene ni la mitad de galerías saliendo de él que el otro. Y, además, es mucho más cómodo.

Eilonwy cogió la esfera resplandeciente de la mano de Taran y entró en el nuevo pasadizo. Aún lleno de dudas, Taran la siguió.

8 - El túmulo

Como había dicho Eilonwy, el pasadizo era más cómodo, pues podían caminar el uno al lado del otro sin tener que agacharse y andar agazapados como conejos en una madriguera. A diferencia de las galerías superiores, los muros estaban formados por grandes piedras planas; el techo era de piedras aún más grandes, cuyo peso era soportado por bloques verticales colocados a intervalos a lo largo del corredor de forma cuadrada. El aire olía también ligeramente mejor; algo rancio, como si hubiese permanecido durante muchas eras sin haber sido removido, pero sin la asfixiante sensación de encierro de los túneles.

Nada de todo esto consolaba demasiado a Taran. La propia Eilonwy admitió que nunca había explorado el pasadizo; su alegre confianza no le convencía de que tuviese ni la más leve noción de adonde iba. Sin embargo, la muchacha andaba con paso rápido, sus sandalias

resonando en el suelo y despertando ecos, la dorada luz del juguete arrojando sus rayos a través de las sombras que colgaban como telarañas.

Pasaron junto a unas cuantas galerías laterales que Eilonwy ignoró.

-Seguiremos hasta el final de ésta -anunció-. Ahí tiene que haber algo.

Taran empezó a desear estar de regreso en la cámara.

-No deberíamos de haber llegado tan lejos -dijo, frunciendo el ceño-. Tendríamos que habernos quedado para buscar algún modo de trepar; ahora ni tan siquiera sabes cuándo se acabará este pasadizo. Podríamos andar días y días.

Algo más le inquietaba. Después de todo lo que habían avanzado, el pasadizo habría debido de empezar a subir.

-Se supone que el túnel debe llevarnos afuera -dijo Taran-. Pero no hemos dejado de bajar. No estamos saliendo; lo único que estamos haciendo es ir cada vez más y más abajo.

Eilonwy no prestó atención a sus observaciones.

Pero pronto se vio obligada a hacerlo. Unos pasos después el corredor se detuvo de pronto, sellado por un muro de rocas.

-Esto es lo que me temía -exclamó Taran desanimado-. Hemos llegado al final de tu túnel, del que tanto sabes, y esto es lo que nos encontramos. Ahora lo único que podemos hacer es retroceder; hemos perdido el tiempo y no estamos mejor que cuando empezamos.

Se dio la vuelta mientras que la muchacha se quedaba observando la barrera con curiosidad.

-No puedo entender la razón de que alguien se tome la molestia de excavar un túnel que no va a ningún sitio -dijo Eilonwy-. Quien lo cavó y puso las rocas tuvo que trabajar muchísimo. ¿Por qué supones...?

-¡No lo sé! Y desearía que dejases de hacerte preguntas sobre cosas que no tienen la menor importancia para nosotros. Yo regreso -dijo Taran-. No sé de qué modo voy a subir hasta esa cornisa, pero seguro que me resultará mucho más fácil que cavar a través de un muro.

-Bueno -dijo Eilonwy-, todo esto es muy extraño. Estoy segura de que no sabemos dónde estamos.

-Sabía que nos perderíamos. Te lo podría haber dicho.

-No dije que estuviese perdida -protestó la muchacha-. Sólo dije que no sabía dónde estaba. Hay una gran diferencia. Cuando estás perdida no sabes realmente dónde estás. Cuando lo único que pasa es que no sabes dónde estás en un momento dado es algo muy distinto. Sé que estoy debajo del Castillo Espiral, y eso está bastante bien para empezar.

-Eso es buscarle tres pies al gato -dijo Taran-. Estar perdido es estar perdido. Eres peor que Dallben.

-¿Quién es Dallben?

-Dallben es mi... ¡oh, no importa!

Con el rostro lúgubre, Taran empezó a volver por donde había venido.

Eilonwy se apresuró a reunirse con él.

-Podríamos echar una mirada en uno de los pasadizos laterales -dijo.

Taran no tomó en consideración la sugerencia. Sin embargo, al aproximarse la siguiente bifurcación de la galena, frenó un poco el paso y lanzó un breve vistazo a la penumbra.

-Adelante -le animó Eilonwy-. Probemos éste. Parece tan bueno como cualquier otro.

-¡Calla! -Taran inclinó la cabeza y escuchó atentamente. Desde la lejanía llegaba un débil ruido, como un roce o un murmullo-. Hay algo...

-Bueno, pues veamos de qué se trata -dijo Eilonwy, clavando un dedo en la espalda de Taran-. ¿Crees que deberíamos seguir adelante?

Taran dio cautelosamente unos pasos. El techo del pasadizo era más bajo y éste parecía seguirse inclinando en la distancia. Con Eilonwy detrás de él siguió avanzando con precaución, poniendo los pies con cuidado, recordando la repentina y vertiginosa caída que le había llevado hasta allí. El murmullo se convirtió en un agudo y penetrante gemido

Librodot

atormentado. Era como si alguien hubiese tejido las voces como hebras, retorciéndolas hasta dejarlas tensas, a punto de romperse. Una corriente helada se movía en la atmósfera, transportando con ella huecos suspiros y un oleaje de murmullos ahogados. Había también otros sonidos; jadeos y alaridos, como puntas de espada arañando piedras. Taran sintió que le temblaban las manos; vaciló un instante y le hizo un gesto a Eilonwy para que permaneciese detrás de él.

-Dame la luz -musitó-, y espérame aquí.

-¿Crees que son fantasmas? -preguntó Eilonwy-. No tengo judías que escupirles y eso es lo único que realmente funciona con los fantasmas. Pero ya sabes que no creo en los fantasmas. Nunca he oído a uno, aunque supongo que podrían sonar así si lo deseasen, pero no veo la razón de que se tomasen esa molestia. No, creo que todos esos ruidos los hace el viento.

-¿Viento? ¿Cómo puede haber...? Espera -dijo Taran-. Puede que tengas razón en eso. Puede que haya una apertura.

Cerrando sus oídos a los terroríficos sonidos y prefiriendo pensar en ellos como corrientes de aire antes que como voces espectrales, Taran apretó el paso. Eilonwy, sin hacer caso de su orden de que esperase, avanzó con él.

Pronto llegaron al final del pasadizo. Una vez más las piedras les bloqueaban el paso pero esta vez había una angosta hendidura entre ellas. De ahí salía el sonido, más fuerte, y Taran sintió en el rostro una fría corriente de aire. Metió la luz en la hendidura, pero ni los rayos dorados eran capaces de penetrar aquella cortina de sombras. Taran se deslizó cautelosamente más allá de la barrera; Eilonwy le siguió. Penetraron en una recámara de techo bastante bajo y, al hacerlo, la luz parpadeó bajo el peso de la oscuridad. En los primeros instantes Taran sólo pudo distinguir formas confusas, aureoladas por un débil resplandor verdoso. Las voces gritaban llenas de una rabia temblorosa. Pese al viento helado, Taran tenía la frente perlada de sudor. Alzó la luz y dio otro paso hacia adelante. Las formas se hicieron más claras. Distinguió ahora el perfil de escudos colgados de los muros y montones de espadas y lanzas. Su pie chocó con algo. Se agachó a mirar y retrocedió de un salto, ahogando un grito. Era el cadáver reseco y arrugado de un hombre..., un guerrero con armadura completa. Otro yacía junto a él, y otro, todo un círculo de viejos muertos vigilando una gran losa de piedra sobre la que estaba tendida una figura envuelta en sombras.

Eilonwy prestó escasa atención a los guerreros, habiendo encontrado algo más interesante para ella.

-Estoy segura de que Achren no tiene ni idea de que todo esto se halla aquí - susurró, señalando hacia las pilas de túnicas adornadas con piel de nutria y las grandes vasijas de barro rebosantes de joyas.

Las armas relucían entre rimeros de yelmos; en cestas de paja trenzada había broches, collares y medallones.

-Se lo habría quedado todo hace mucho; le encantan las joyas, ya sabes, aunque no le quedan nada bien -añadió.

-Seguramente es el túmulo del rey que construyó este castillo -dijo Taran hablando en voz baja.

Avanzó hasta rebasar a los guerreros y se acercó a la figura que había sobre la losa. Estaba ataviada con ricas vestimentas; gemas pulimentadas destellaban en su ancho cinturón. Las manos, más parecidas a garras, aferraban aún la empuñadura enjoyada de una espada, como si estuviesen listas para desenvainarla. Taran se apartó lleno de miedo y horror. El cráneo parecía gesticular desafiante, retando a los extraños para que osasen robar los tesoros reales.

Al darse la vuelta Taran, una ráfaga de viento le dio en la cara.

-Creo que hay un pasadizo -dijo-, ahí, en la pared más alejada.

Corrió en dirección a los gritos fantasmagóricos.

Un túnel se abría cerca del suelo; pudo oler aire fresco y sus pulmones se llenaron de él.

-Date prisa -apremió.

Taran cogió una espada de la huesuda mano de un guerrero y se metió en el túnel.

El túnel era el más angosto que habían hallado. Taran reptó sobre su estómago luchando por abrirse paso a través de las piedras medio sueltas. Detrás de él podía oír a Eilonwy jadeando y esforzándose. Luego empezó a oírse un nuevo ruido, una pulsación lejana que parecía retumbar. La tierra se estremeció a medida que el estruendo aumentaba. De repente, el pasadizo pareció convulsionarse, las raíces ocultas de los árboles surgieron de golpe y el suelo se partió delante de Taran, alzándose y cayendo. Un instante después, se halló proyectado de golpe en el fondo de una ladera rocosa.

En el interior de la colina resonó un gran golpe. Por encima de él se hallaba el Castillo Espiral, bañado en un fuego azul. Un vendaval repentino casi derribó a Taran. Un árbol de relámpagos chasqueó en el cielo. Detrás de él oyó a Eilonwy pidiendo auxilio.

Estaba con medio cuerpo fuera y medio en el interior del angosto pasadizo. Mientras Taran luchaba con las piedras caídas, los muros del Castillo Espiral se estremecieron como harapos grisáceos. Las torres oscilaron locamente. Taran arrancó a manotazos terrones de barro y raíces.

-Me he enredado con la espada -jadeó Eilonwy-. La vaina se ha quedado prendida en algo.

Taran alzó la última roca.

-¿Qué espada? -dijo, con un rechinar de dientes.

Cogió a Eilonwy por debajo de los hombros y la liberó dando un tirón.

-¡Uff! -boqueó ella-. Me siento como si me hubieran separado todos los huesos y luego los hubiesen juntado mal. ¿La espada? Dijiste que necesitabas armas, ¿no? Y cogiste una, así que pensé que también podía coger otra.

Con una violenta explosión que pareció surgir del mismo centro de la Tierra, el Castillo Espiral se desmoronó sobre sí mismo. Las enormes piedras de sus muros se partieron como si fuesen ramitas, con sus bordes alzándose hacia el cielo. Luego reinó un profundo silencio. El viento se había calmado; la atmósfera era opresiva.

-Gracias por salvarme la vida -dijo Eilonwy-. Debo decir que eres muy valiente para ser un Aprendiz de Porquerizo. Es algo maravilloso cuando la gente te da esas sorpresas.

»Me pregunto qué le ha sucedido a Achren -prosiguió-. Estará realmente furiosa -añadió con una risa llena de deleite-, y probablemente me echará la culpa de todo porque siempre me está castigando por cosas en las que no tengo nada que ver.

-Si Achren está debajo de esas piedras, nunca volverá a castigar a nadie -dijo Taran-. Pero creo que será mejor si no nos quedamos para averiguarlo. -Se abrochó la espada al cinto.

La hoja que Eilonwy había cogido del túmulo era demasiado larga para que la muchacha pudiese llevarla con comodidad en la cintura, así que se la colgó del hombro.

Taran miró el arma sorprendido.

-Vaya... esa es la espada que tenía el rey en las manos.

-Naturalmente -dijo Eilonwy-. Debería ser la mejor, ¿verdad? -Cogió la esfera resplandeciente-. Estamos en el lado más alejado del castillo..., de lo que era el castillo. Tu amigo está ahí abajo, entre esos árboles..., suponiendo que te haya esperado. Me sorprendería que, con todo este jaleo lo hubiese hecho.

Corrieron hacia el bosquecillo. Delante de ellos Taran vio las formas envueltas en sombras de una figura cubierta por una capa y un caballo blanco.

-¡Allí están! -exclamó-. ¡Gwydion! -le llamó a gritos-. ¡Gwydion!

La luna surgió detrás de las nubes. La figura se volvió. Taran se detuvo de golpe bajo la repentina claridad, boquiabierto por la sorpresa. No había visto nunca a ese hombre.

9 - Fflewddur Fflam

Taran desenfundó rápidamente su espada. El hombre de la capa dejó caer a toda prisa

las riendas de Melyngar y se lanzó detrás de un árbol. Taran hizo girar la hoja. Trozos de corteza saltaron por los aires. En tanto que el extranjero se agachaba a un lado y a otro para esquivarle, Taran daba tajos y estocadas, golpeando frenéticamente ramas y arbustos.

-¡No eres Gwydion! -gritó.

-Nunca pretendí serlo -respondió a gritos el extraño-. Si crees que soy Gwydion, estás terriblemente equivocado.

-Sal de ahí -ordenó Taran, lanzando otra estocada.

-En verdad que no lo haré mientras vayas blandiendo ese enorme... ¡eh, ten cuidado! ¡Gran Belin, estaba más seguro en la mazmorra de Achren!

-Sal ahora o no podrás hacerlo luego -gritó Taran, redoblando su ataque y dando furiosas cuchilladas entre la maleza.

-¡Tregua! ¡Tregua! -gritó el extraño-. ¡No puedes hacer pedazos a un hombre desarmado!

Eilonwy, que había permanecido unos pasos por detrás de Taran, avanzó a la carrera y le cogió el brazo.

-¡Para! -gritó-. Ese no es modo de tratar a tu amigo, después de todas las molestias que me tomé para rescatarle.

Taran apartó de una sacudida a Eilonwy.

-¡Qué traición es ésta! -gritó-. ¡Dejaste a mi compañero para que muriese! Has estado a favor de Achren durante todo el tiempo. Tendría que haberlo supuesto. ¡No eres mejor que ella! -Con un grito de angustia, alzó la espada.

Eilonwy, sollozando, corrió hacia el bosque. Taran dejó caer la hoja y se quedó inmóvil, la cabeza inclinada.

El extraño asomó por detrás del árbol.

-¿Tregua? -inquirió de nuevo-. Créeme, si hubiese sabido que iba a causar todos estos problemas jamás habría escuchado a esa chica pelirroja.

Taran no alzó la cabeza.

El extraño avanzó cautelosamente unos cuantos pasos más.

-Mis más humildes disculpas por decepcionarte -dijo-. Me siento enormemente halagado de que me tomases por el príncipe Gwydion. Apenas si hay ningún parecido, excepto posiblemente un cierto aire de...

-No sé quién eres -dijo Taran con amargura-. Sé que un hombre valiente ha comprado tu vida con la suya.

-Soy Fflewddur Fflam, Hijo de Godo -dijo el extraño, haciendo una profunda reverencia-, un bardo del arpa a tu servicio.

-No necesito bardos -dijo Taran-. Un arpa no le devolverá la vida a mi compañero.

-¿El señor Gwydion ha muerto? -preguntó Fflewddur Fflam-. Dolorosas noticias. Es pariente mío y le debo vasallaje a la Casa de Don. Pero, ¿por qué me echas la culpa de su muerte? Si Gwydion ha comprado mi vida, dime al menos cómo y lloraré contigo.

-Sigue tu camino -dijo Taran-. No es culpa tuya. Le confié la vida de Gwydion a una mujer traidora y mentirosa. Debería pagar con la mía propia.

-Esas son palabras muy duras para aplicárselas a una doncella tan encantadora - dijo el bardo-. Especialmente, a una que no está aquí para defenderse.

-No quiero explicaciones por su parte -dijo él-. No hay nada que pueda decirme. Por lo que a mí respecta, puede perderse en el bosque.

-Si es tan traidora y mentirosa como dices -señaló Fflewddur-, entonces la estás dejando escapar con demasiada facilidad. Puede que no quieras sus explicaciones, pero estoy muy seguro de que Gwydion sí las querría. Permíteme que te sugiera que vayas y la encuentres antes de que se aleje demasiado.

Taran asintió.

-Sí -dijo con frialdad-. Gwydion querrá justicia.

Giró sobre sus talones y caminó hacia los árboles. Eilonwy no había recorrido una gran

distancia; pudo ver el resplandor de la esfera unos cuantos pasos más adelante, allí donde se había sentado la muchacha, sobre una roca en mitad de un claro. Parecía diminuta y delgada; tenía la cabeza enterrada entre las manos y se le estremecían los hombros.

-¡Ahora me has hecho llorar! -le gritó violentamente al acercarse Taran-. Odio llorar; hace que sienta la nariz como un carámbano que se derrite. Has herido mis sentimientos, tonto Aprendiz de Porquerizo, y todo por algo que, para empezar, es sólo culpa tuya.

Taran se quedó tan atónito que empezó a tartamudear.

-Sí -gritó Eilonwy-, ¡todo es culpa tuya! No soltaste prenda sobre el hombre al que deseabas rescatar y no parabas de hablar sobre tu amigo que estaba en la otra celda. Pues muy bien, rescaté al de la otra celda, fuera quien fuese.

-No me dijiste que hubiese nadie más en la mazmorra.

-No lo había -insistió Eilonwy-. Fflewddur Fflam, o como se haga llamar, era el único. -Entonces, ¿dónde está mi compañero? -preguntó Taran-. ¿Dónde está Gwydion? -No lo sé -dijo Eilonwy-. No estaba en la mazmorra de Achren, eso es seguro. Es más, nunca lo estuvo.

Taran se dio cuenta de que la muchacha estaba diciendo la verdad. Le vino a la mente que Gwydion había estado muy poco tiempo con él; no había visto que los guardias le metiesen en la celda; Taran no había hecho más que suponerlo.

-¿Qué puede haber hecho con él?

-No tengo ni la menor idea -dijo Eilonwy, con un resoplido-. Puede que le llevase a sus aposentos, o que le encerrase en la torre..., hay una docena de sitios en los que habría podido esconderle. Todo lo que necesitabas decir era, «Ve y rescata a un hombre llamado Gwydion», y yo le habría encontrado. Pero no, tenías que hacerte el listo y guardártelo todo para ti...

El abatimiento invadió a Taran.

-Debo volver al castillo y encontrarle. ¿Me enseñarás dónde pudo tenerle prisionero Achren?

-No queda nada del castillo -dijo Eilonwy-. Además, no estoy segura de que quiera ayudarte de nuevo, después del modo en que te has portado; y llamándome todas esas cosas horribles, eso es como ponerle a alguien orugas en el pelo. -Sacudió la cabeza, alzando el mentón y se negó a mirarle.

-Te acusé falsamente -dijo Taran-. Mi vergüenza es tan profunda como mi pena.

Eilonwy, sin bajar el mentón, le miró de soslayo.

-Pensaba que lo sería.

-Le buscaré yo solo -dijo Taran-. Tienes razón negándote a ayudarme. No es asunto tuyo. -Dio la vuelta y salió del claro.

-Bueno, no hace falta que me des la razón tan deprisa -gritó Eilonwy.

Deslizándose por la roca, se apresuró a seguirle.

Fflewddur Fflam seguía esperando cuando volvieron. A la luz de la esfera de Eilonwy, Taran pudo ver mejor aquel inesperado nuevo encuentro. El bardo era alto y flaco, con una nariz larga y puntiaguda. Tenía una abundante cabellera de color amarillo brillante que parecía revolverse en todas las direcciones a la vez, como un sol algo maltrecho. Su jubón y sus calzones estaban remendados en los codos y las rodillas, cosidos con puntadas grandes y torpes... obra, pensó casi seguro Taran, del propio bardo. De sus hombros colgaba un arpa bellamente curvada pero, en lo demás, no se parecía en absoluto a los bardos que Taran había conocido en El Libro de los Tres.

-Así pues, parece que he sido rescatado por error -dijo Fflewddur, después de que Taran hubiese explicado lo ocurrido-. Debí de suponer que se trataba de algo así. Arrastrándome por esos detestables túneles, no dejé de preguntarme quién podía estar interesado en si yo languidecía o no en una mazmorra.

-Voy a regresar al castillo -dijo Taran-. Puede haber esperanzas de que Gwydion siga

vivo.

-¡Por descontado! -gritó el bardo, con los ojos encendiéndose-. ¡Un Fflam al rescate! ¡Atacad el castillo! ¡Tomadlo por asalto! ¡Abatid las puertas!

-No queda mucho que atacar -dijo Eilonwy.

-Bien -dijo Fflewddur, algo decepcionado-. Muy bien, haremos todo lo que podamos.

En la cima de la colina, los colosales bloques de piedra yacían como aplastados por el puño de un gigante. Sólo el cuadrado arco de la puerta, semejante a una flaca osamenta, permanecía en pie. Bajo la luz lunar las ruinas parecían ya viejas. Hilachas de niebla se cernían sobre la torre derruida. Achren se había enterado de su huida, supuso Taran, pues en el instante de la destrucción del castillo había hecho salir a una compañía de guardias. Sus cuerpos, inmóviles como piedras, yacían esparcidos entre los escombros.

Taran trepó sobre las ruinas con creciente desesperación. Los cimientos del castillo se habían derrumbado. Los muros habían caído hacia el interior. El bardo y Eilonwy ayudaron a Taran en su intento de mover una o dos de las piedras derruidas, pero el esfuerzo que ello requería iba más allá de sus fuerzas.

Por último, un exhausto Taran meneó la cabeza. -No podemos hacer nada más -murmuró-. Esto quedará como el túmulo funerario de Gwydion. Permaneció inmóvil un momento, contemplando en silencio la desolación y luego se volvió.

Fflewddur sugirió que cogiesen las armas de algunos guardias. Él se equipó con una daga, una espada y una lanza; además de la hoja que había cogido del túmulo, Eilonwy se puso al cinto una pequeña daga. Taran recogió todos los arcos y las aljabas de flechas que pudo llevar. El grupo se hallaba ahora armado de un modo ligero pero efectivo.

Con los corazones abatidos, la pequeña comitiva empezó a bajar la cuesta. Melyngar les siguió dócilmente, la cabeza inclinada, como si comprendiese que no volvería a ver a su amo.

-Debo abandonar este lugar maligno -exclamó Taran-. Siento impaciencia por irme de aquí. El Castillo Espiral sólo me ha traído dolor; no tengo deseos de verlo de nuevo.

-¿Qué nos ha traído a los demás? -preguntó Eilonwy-. Dicho así, parece que nosotros estábamos sentados pasándolo bien mientras que tú gemías y sufrías.

Taran se quedó callado.

-Lo... lo siento -dijo-. No quería decirlo de ese modo.

-Además -dijo Eilonwy-, te equivocas si piensas que voy a andar por los bosques de noche.

-Y a mí -adujo Fflewddur- no me importa decirte que estoy tan cansado que podría dormirme en el umbral de Achren.

-Todos necesitamos descanso -dijo Taran-. Pero no me fío de Achren, viva o muerta, y seguimos sin saber nada de los Nacidos del Caldero. Si escaparon, puede que en este mismo momento nos anden buscando. No importa lo cansados que estemos, sería una locura quedarnos tan cerca.

Eilonwy y Fflewddur accedieron a seguir un poco más. Al cabo de un rato hallaron un lugar bien protegido por los árboles y se dejaron caer cansadamente sobre la hierba. Taran desensilló a Melyngar, dando gracias de que la muchacha hubiese pensado en traer los arreos de Gwydion. Encontró una capa en la alforja y se la tendió a Eilonwy. El bardo se envolvió en sus remendadas ropas y, con sumo cuidado, colocó su arpa sobre una raíz retorcida.

Taran montó la primera guardia. El pensamiento de los lívidos guerreros seguía acosándole y veía sus rostros en cada sombra. A medida que transcurría la noche, el paso de algún animal del bosque o el incansable suspiro del viento entre las hojas le hacía sobresaltarse. Los matorrales crujieron. Esta vez no era el viento.

Oyó unos débiles arañazos y su mano voló hacia la espada.

Una figura surgió de un salto bajo la claridad lunar y avanzó hacia Taran.

-¿Morder y mascar? -gimoteó una voz.

-¿Quién es tu raro amigo? -preguntó el bardo, sentándose y contemplando con curiosidad al recién llegado.

-Para ser un Aprendiz de Porquerizo -señaló Eilonwy-, tienes amistades muy raras. ¿Dónde lo encontraste? ¿Y qué es? No he visto nada parecido en toda mi vida. -No es amigo mío -exclamó Taran-. Es un pobre desgraciado que siempre anda espiando y que nos abandonó cuando fuimos atacados.

-¡No, no! -protestó Gurgí, gimoteando y haciendo oscilar su revuelta cabeza-. El pobre y humilde Gurgi es siempre fiel a los poderosos señores... ¡qué alegría servirles, a pesar de los miedos y las palizas!

-Di la verdad -habló Taran-. Te escapaste cuando más te necesitábamos.

-El tajar y el matar son para los nobles señores, no para el pobre y debilucho Gurgi. ¡Oh, temibles silbidos de hojas! Gurgi corrió en busca de ayuda, poderoso señor.

-Pues no conseguiste encontrar ninguna -dijo enfadado Taran.

-¡Oh, tristeza! -gimió Gurgi-. No había ayuda para los valientes guerreros. Gurgi fue lejos, lejos, con grandes chillidos y quejidos.

-Estoy seguro de que lo hiciste -dijo Taran.

-¿Qué otra cosa podía hacer el infeliz Gurgi? Siente ver a grandes guerreros en apuros, ¡oh, lágrimas de miseria! Pero en la batalla, ¿qué habría para el pobre Gurgi excepto dolorosos degüellos y destripes?

-No fue algo muy valiente -dijo Eilonwy-, pero tampoco fue del todo estúpido. No veo la ventaja de que le hubiesen cortado en pedacitos, especialmente si, para empezar, no os era de gran ayuda.

-¡Oh, sabiduría de una noble dama! -gritó Gurgi, arrojándose a los pies de Eilonwy- . Si Gurgi no hubiese ido a buscar auxilio, ahora no estaría aquí para serviros. ¡Pero aquí está! ¡Sí, sí, el fiel Gurgi vuelve a los golpes y palizas del terrible guerrero!

-Sal de mi vista -dijo Taran-, o tendrás realmente algo de lo que lamentarte.

Gurgi resopló.

-Gurgi se apresura a obedecer, poderoso señor. No dirá nada más, ni tan siquiera un susurro de lo que vio. No, no turbará los sueños de los poderosos héroes. Ved como se va, con adioses temerosos.

-Vuelve aquí de inmediato -le llamó Taran.

El rostro de Gurgi se iluminó.

-¿Morder?

-Escúchame -di)o Taran-, apenas si tenemos para ir tirando, pero te daré una parte justa de lo que tenemos. Después de eso, tendrás que buscarte tu propio morder.

Gurgi asintió.

-Muchas más huestes marchan en el valle con lanzas afiladas... oh, muchas más. Gurgi vigila con tal cautela y astucia que no les pide ayuda. No, sólo le darían palizas dolorosas.

-¿Qué es esto, qué es esto? -inquirió Fflewddur-. ¿Una gran hueste? Me encantaría verles. Siempre me han gustado los desfiles y ese tipo de cosas.

-Los enemigos de la Casa de Don se están reuniendo -le explicó presurosamente Taran al bardo-. Gwydion y yo les vimos antes de ser capturados. Ahora, si Gurgi dice la verdad, han recibido refuerzos.

El bardo se levantó de un salto.

-¡Un Fflam jamás rehuye el peligro! ¡Cuanto más poderoso el enemigo, mayor la gloria! ¡Les buscaremos y caeremos sobre ellos! ¡Los bardos cantarán por siempre en alabanza nuestra!

Contagiado por el entusiasmo de Fflewddur, Taran aferró su espada. Luego meneó la cabeza, recordando las palabras de Gwydion en el bosque cerca de Caer Dallben.

-No... no... -dijo lentamente-, sería una locura pensar en atacarles. Los bardos cantarían acerca de nosotros -admitió, sonriéndole a Fflewddur-, pero no nos hallaríamos en situación de apreciarlo.

Fflewddur volvió a sentarse, decepcionado.

-Puedes hablar todo lo que quieras sobre bardos cantando en alabanza nuestra -dijo Eilonwy-. No estoy de humor para batallas. Me voy a dormir.

Y con tales palabras, se acurrucó en el suelo y se tapó la cabeza con la capa.

Todavía no convencido, Fflewddur se acomodó contra la raíz de un árbol para su turno de guardia. Gurgi se enroscó a los pies de Eilonwy. A pesar de que estaba exhausto, Taran siguió despierto. En su mente veía de nuevo al Rey con Cuernos y oía los gritos que salían de las jaulas en llamas.

De pronto, se incorporó. Lleno de dolor por su compañero, había olvidado lo que le había traído hasta aquí. Él había tenido como meta buscar a Hen Wen; Gwydion, avisar a los Hijos de Don. La cabeza le daba vueltas a Taran. Con su compañero seguramente muerto, ¿debía ahora intentar dirigirse hacia Caer Dathyl? Y, entonces, ¿qué sería de Hen Wen? Todo había dejado de ser sencillo. Anheló la paz de Caer Dallben, anheló incluso quitar los hierbajos del huerto y fabricar herraduras. Se removió inquieto, sin encontrar respuesta. Por último, su agotamiento le venció y se quedó dormido, sumergiéndose en un sueño lleno de pesadillas.

10 - La espada Dyrnwyn

Ya era pleno día cuando Taran abrió los ojos. Gurgi estaba ya husmeando abriendo la alforja. Taran se levantó rápidamente y compartió con él tanto como se atrevió de las provisiones que les quedaban, guardando una pequeña cantidad como reserva, dado que no tenía ni idea de lo difícil que sería encontrar alimentos durante el viaje que se avecinaba. En el curso de su inquieta noche había llegado a una decisión, aunque se abstuvo de hablar de ella, inseguro aún de si había escogido sabiamente. Por el momento, se concentró en su escaso desayuno.

Gurgi, sentado con las piernas cruzadas, devoró su comida con tantas exclamaciones de placer y chasquidos de sus labios que, realmente, parecía estar comiendo el doble de lo que comía. Fflewddur engulló su escasa ración como si hiciese cinco días que no hubiese comido. Eilonwy estaba más interesada en la espada que había cogido del túmulo. La tenía sobre las rodillas y, con el ceño fruncido por la perplejidad, la punta de la lengua entre los labios, la muchacha estudiaba, llena de curiosidad el arma.

Al acercarse Taran, Eilonwy apartó la espada.

-Bueno -dijo Taran, riendo-, no hace falta que actúes como si te la fuese a robar.

Aunque la empuñadura y el pomo estaban engastados con joyas, la vaina estaba maltrecha y descolorida, casi negra a causa de la antigüedad. Por todo ello, tenía el aspecto de pertenecer a un antiguo linaje y Taran sentía grandes ansias de sostenerla.

-Vamos -dijo-, permíteme ver la hoja.

-No me atrevo -exclamó Eilonwy, para gran sorpresa de Taran. Vio que su rostro era solemne y casi asustado-. Hay un símbolo de poder en la vaina -prosiguió Eilonwy-. He visto antes esta marca, en algunas de las cosas de Achren. Siempre significa algo prohibido. Por supuesto, todas las cosas de Achren son así, pero algunas son más prohibidas que otras.

«También hay otra inscripción -dijo Eilonwy, frunciendo nuevamente el ceño-. Pero está en la Vieja Escritura. -Dio una patada en el suelo-. ¡Oh, deseo que Achren hubiese acabado de enseñarme! Puedo entenderla casi por completo, pero no del todo, y no hay nada más irritante que quedarse a medias. Es como no terminar lo que has empezado a decir.

Fflewddur llegó justo en aquel momento y también él se fijó en la extraña arma.

-Procede de un túmulo, ¿eh? -El bardo meneó su erizada cabeza amarilla y lanzó un silbido-. Sugiero que nos libremos de ella inmediatamente. Nunca tuve mucha confianza en las cosas que se encuentran en los túmulos. Es mal asunto tener algo que ver con ellas. No puedes estar seguro de en qué otro lugar han estado y de quién las ha poseído.

-Si es un arma encantada... -empezó a decir Taran, más interesado que nunca por

echarle mano a la espada-, ¿no deberíamos conservarla...?

-Oh, cállate -gritó Eilonwy-. No puedo oírme pensar. No veo de qué estáis hablando, si librarse de ella o no. Después de todo, es mía, ¿no? Yo la encontré y yo la transporté, y casi me quedé atrapada en ese sucio y viejo túnel por su culpa.

-Se supone que los bardos entienden de estas cosas -dijo Taran.

-Naturalmente -contestó Fflewddur, sonriendo lleno de confianza y acercando su larga nariz a la vaina-. Todas estas inscripciones se parecen mucho. Veo que ésta se encuentra más bien en la vaina que en la hoja. Dice..., algo así como «Temed mi Ira»... los sentimentalismos de costumbre.

En ese momento se oyó un sonoro tañido. Fflewddur pestañeó. Una de las cuerdas de su arpa se había partido.

-Perdonadme -dijo, y se fue a examinar su instrumento.

-No dice nada de eso -declaró Eilonwy-. Ahora puedo leer un poco de lo que dice. Aquí, empieza cerca de la empuñadura y sigue retorciéndose como la yedra. La estaba mirando por el extremo equivocado. Lo primero que dice es Dyrnwyn. No sé si es el nombre de la espada o el del rey. Oh, sí, ese es el nombre de la espada; aquí está de nuevo:

»Es solamente que se me prohibe dejarte sostener la espada y todo eso.

ESGRIME AUYRNWYN, SÓLO TÚ DE SANGRE REAL, PARA GOBERNAR, PARA GOLPEAR AL...

»Una cosa u otra -prosiguió Eilonwy-. Está muy borroso; no puedo verlo. Las letras están prácticamente desgastadas por el roce. No, ¡qué extraño! No están gastadas; las han raspado. Debían de estar talladas muy hondo, porque sigue quedando un rastro. Pero no puedo leer el resto. Esta palabra parece como si pudiese ser muerte... -Se estremeció-. Eso no es muy alegre.

-Deja que la desenvaine -la apremió de nuevo Taran-. Puede que haya más en la hoja.

-No te la puedo dejar -dijo Eilonwy-. Ya te he explicado que hay un símbolo de poder y que estoy obligada por él... eso es elemental.

-Achren ya no puede imponerte más obligaciones.

-No es Achren -contestó Eilonwy-. Yo sólo dije que ella tenía objetos con la misma marca. Este encantamiento es mucho más fuerte que cualquiera de los que ella podía hacer, de eso estoy segura. No me atrevería a desenvainarla y tampoco voy a dejar que lo hagas tú. Además, dice sólo sangre real y no dice ni una palabra sobre Aprendices de Porquerizo.

-¿Cómo puedes saber que no tengo sangre real? -preguntó Taran, encrespándose-. No nací siendo Aprendiz de Porquerizo. Por lo que tú sabes, puede que mi padre fuese un rey. En El Libro de los Tres esas cosas ocurren a cada momento.

-Nunca he oído hablar de El Libro de los Tres -dijo Eilonwy-. Pero, en primer lugar, no creo que ser hijo de rey o incluso rey sea bastante. Sangre real no es más que un modo de traducirlo; en la Vieja Escritura no quería decir solamente tener parientes de la realeza..., ésos todo el mundo puede tenerlos. Quería decir..., oh, no sé cómo lo expresarías tú. Algo muy especial. Y me parece que, si lo posees, no te hace falta preguntarte si lo posees.

-Así que, por supuesto -dijo Taran, algo molesto por las observaciones de la muchacha, tú has llegado a la conclusión de que no soy... lo que sea eso.

-No quería ofenderte -se apresuró a decir Eilonwy-. Pienso que para ser Aprendiz de Porquerizo eres de lo más notable. Creo que eres la persona más agradable que he encontrado en mi vida.

-Entonces, ¿qué harás con eso?

-Conservarla, naturalmente. No voy a tirarla por un pozo, ¿verdad?

Taran lanzó un bufido.

-Serás un gran espectáculo..., una muchachita llevando una espada.

-No soy una muchachita -dijo Eilonwy, agitando su cabellera exasperada-. En los viejos tiempos, entre mi gente, las Doncellas de la Espada combatían al lado de los hombres. -Ahora no estamos en

los viejos tiempos -dijo Taran-. En vez de una espada, deberías llevar una muñeca. Eilonwy, con un chillido de irritación, estaba alzando la mano para darle una bofetada a Taran justo cuando regresaba Fflewddur Fflam.

-Venga, venga -dijo el bardo-, nada de disputas; no sirven de nada -añadió mientras apretaba con una gran llave la clavija de madera que sostenía la cuerda del arpa recién arreglada.

Eilonwy volvió su irritación contra Fflewddur.

-Esa inscripción era muy importante. No decía nada sobre temer la ira de nadie. No la leíste nada bien. Menudo bardo eres, si no puedes entender lo que está escrito en una espada encantada.

-Bueno, veréis, la verdad del asunto -dijo Fflewddur, aclarándose la garganta y hablando con gran vacilación-, es ésta. Oficialmente no soy un bardo.

-No sabía que hubiese bardos no oficiales -hizo notar Eilonwy.

-Oh sí, ciertamente los hay -dijo Fflewddur-. Al menos en mi caso. También soy rey.

-¿Un rey? -dijo Taran-. Alteza...

Hincó una rodilla en el suelo.

-Nada de eso, nada de eso -dijo Fflewddur-. Ya no me tomo esas molestias.

-¿Dónde está tu reino? -preguntó Eilonwy.

-A varios días de viaje, al este de Caer Dathyl -dijo Fflewddur-. Es un reino muy vasto...

En ese momento, Taran oyó otro tañido.

-Maldito trasto -dijo el bardo-. Ahí van dos cuerdas más. Como estaba diciendo... Sí, bueno, realmente es un reino más bien pequeño, hacia el norte, bastante aburrido y monótono. Así que lo dejé. Siempre me ha encantado viajar y ser un bardo... y me decidí a hacerlo.

-Creía que los bardos debían estudiar mucho -dijo Eilonwy-. Una persona no puede sencillamente decidir que...

-Sí, ése era uno de los problemas -dijo el antiguo rey-. Estudié; lo hice bastante bien en los exámenes...

Una pequeña cuerda en el extremo superior del arpa se partió con un agudo chasquido y se enroscó como un zarcillo de yedra.

-Lo hice bastante mal -prosiguió-, y el Consejo de Bardos no me admitió. La verdad es que estos días te exigen saber mucho. Volúmenes y volúmenes de poesías, cantos, música, cálculo de estaciones, historia; y toda clase de alfabetos que debes deletrear con los dedos, y señales secretas... a un hombre le es imposible meterse todo eso en la cabeza.

»El Consejo fue muy amable conmigo -siguió Fflewddur-. Taliesin, el Bardo Jefe en persona, me ofreció este arpa. Dijo que era exactamente lo que necesitaba. A veces me pregunto si realmente me estaba haciendo un favor. Es un arpa muy hermosa, pero tengo unos problemas tales con las cuerdas... La tiraría y me buscaría otra pero tiene un tono precioso; nunca encontraría uno tan bueno. Si esas detestables cuerdas...

-Parecen romperse con frecuencia... -empezó Eilonwy.

-Sí, así es -admitió Fflewddur, un tanto tímidamente-. He notado que normalmente eso sucede cuando... bueno, soy una persona bastante emotiva y a veces me dejo llevar.

Puede que... esto, que reajuste ligeramente los hechos; puramente para el efecto dramático, ya me entendéis.

-Si dejaras de reajustar tanto los hechos -dijo Eilonwy-, quizá no tendrías esos problemas con el arpa.

-Sí, supongo que sí -dijo el bardo con un suspiro-. Lo intento pero es duro, muy duro. En tanto que rey coges esa costumbre. A veces creo que me paso más tiempo arreglando cuerdas que tocando. Pero así son las cosas. No se puede tener todo.

-¿Adonde viajabas cuando Achren te capturó? -preguntó Taran.

-A ningún sitio en particular -dijo Fflewddur-. Eso es una ventaja. No tienes que apresurarte para llegar a algún lugar. Sigues moviéndote y, sin enterarte, ya estás ahí. Por

desgracia, en este caso el ahí era la mazmorra de Achren. No apreciaba mi música. Esa mujer carece de oído musical -añadió, estremeciéndose.

-Alteza -dijo Taran-, os pido una merced.

-Por favor -dijo el antiguo rey-, basta con que me llames Fflewddur. ¿Una merced? ¡Encantado! No he concedido mercedes desde que abandoné mi trono.

Flewddur Fflam y Eilonwy tomaron asiento sobre la hierba mientras que Taran les narraba su búsqueda de Hen Wen y lo que Gwydion le había contado del Rey con Cuernos y el levantamiento de los cantrevs. Gurgi, habiendo terminado su comida, se acercó cautelosamente y se acurrucó sobre un montículo para escuchar.

-No tengo duda -prosiguió Taran-, de que los Hijos de Don deben estar informados del levantamiento antes de que el Rey con Cuernos ataque. Si triunfa, Arawn tendrá a Prydain cogida por el cuello. He visto con mis propios ojos lo que eso significa.

Se notaba incómodo, hablando como si fuese un jefe de guerreros en una sala de consejo, pero las palabras pronto empezaron a brotarle con más facilidad. Quizá, pensó, porque hablaba en nombre de Gwydion.

-Ya veo tu plan -le interrumpió Fflewddur-. Seguirás buscando tu cerda y quieres que advierta a los guerreros de Don. ¡Espléndido! Partiré de inmediato. Y si las huestes del Rey con Cuernos me alcanzan... -El bardo lanzó tajos y cuchilladas al aire-. ¡Conocerán el valor de un Fflam!

Taran sacudió la cabeza.

-No, yo mismo viajaré a Caer Dathyl. No pongo en duda tu valor -le dijo al bardo-, pero el peligro es demasiado grande. No le pido a nadie que se enfrente a él en mi lugar.

-Entonces, ¿cuándo pretendes buscar a tu cerda? -preguntó Fflewddur.

-Mi propia búsqueda -dijo Taran, mirando al bardo-, debe ser abandonada. Si es posible, después de que se haya realizado la primera tarea, volveré a ella. Hasta entonces, no sirvo más que a Gwydion. Yo le costé la vida, y es de justicia que haga lo que creo que él habría hecho.

-Tal y como yo entiendo la situación -dijo el bardo-, creo que te estás arrojando una culpabilidad excesiva. No tenías modo alguno de saber que Gwydion no estaba en la mazmorra.

-Eso no cambia nada -respondió Taran-. Ya he tomado una decisión.

Fflewddur iba a protestar, pero la firmeza de las palabras de Taran hizo callar al bardo. Un instante después, le preguntó:

-Entonces, ¿cuál es tu merced?

-Son dos en una -dijo Taran-. Primero, dime cómo puedo llegar a Caer Dathyl lo más rápidamente posible. Segundo, te pido que lleves sana y salva a esta muchacha con los suyos.

Antes de que Fflewddur pudiese abrir la boca, Eilonwy lanzó un grito de indignación y se levantó de un salto.

-¿Llevada? ¡Seré llevada allí donde yo quiera! No vas a mandarme de vuelta para que puedan enviarme a otro sitio; y puedes estar seguro de que ese otro sitio sería horrible también. ¡No, yo también iré a Caer Dathyl!

-Ya hay suficientes riesgos -declaró Taran-, como para además tener que preocuparse de una muchacha.

Eilonwy puso los brazos en jarras. Sus ojos parecían relampaguear.

-No me gusta que me llamen «una muchacha» y «esta muchacha» como si careciese de nombre. Es como si te metieran la cabeza en un saco. Si tú has tomado tu decisión, yo he tomado la mía. No veo cómo vas a detenerme. Si tú -se apresuró a continuar, señalando con el dedo al bardo-, intentas llevarme con mis estúpidos y mezquinos parientes y, para empezar, apenas si son parientes míos... ¡haré trocitos esa arpa y te los colgaré de las orejas!

Fflewddur parpadeó y aferró con ademán protector su arpa, en tanto que Eilonwy seguía hablando.

-Y si cierto Aprendiz de Porquerizo... ni siquiera voy a mencionar su nombre... tiene

otras ideas al respecto, ¡se equivocará aún más!

Todos se pusieron a hablar a la vez.

-¡Basta! -gritó Taran, todo lo alto que pudo-. Muy bien -dijo, después de que los demás se callasen-. Se te podría atar y subirte encima de Melyngar -le dijo a Eilonwy- . Pero -añadió, alzando la mano antes de que la muchacha pudiese interrumpirle-, no haremos eso. Y no por todo el escándalo que has armado, sino porque ahora me doy cuenta de qué es lo mejor.

El bardo pareció sorprenderse.

Taran continuó hablando.

-Cuantos más seamos, más seguros estaremos. Pase lo que pase, habrá más oportunidades de que uno de nosotros llegue a Caer Dathyl. Creo que deberíamos seguir todos juntos.

-¡Y el fiel Gurgi también! -gritó Gurgi-. ¡Él os seguirá! ¡Demasiado perversos enemigos andan, sonrientes y acechantes, para herirle con lanzas puntiagudas!

-Si está de acuerdo -dijo Taran-, Fflewddur será nuestro guía. Pero, os lo advierto -añadió, mirando a Gurgi y Eilonwy-, nada debe interponerse en nuestra misión.

-Normalmente -dijo Fflewddur-, preferiría estar yo mismo al frente de este tipo de expedición. Pero -prosiguió, cuando ya Taran iba a protestar-, ya que actúas en nombre del señor Gwydion, acepto tu autoridad tal y como aceptaría la suya. -Hizo una profunda reverencia-. ¡Tienes un Fflam a tus órdenes!

«¡Adelante, entonces! -gritó el bardo-. ¡Y si debemos presentar batalla, que así sea! Vaya, pues si yo me he abierto paso a mandobles ante murallas de lanceros...

Seis cuerdas del arpa se rompieron a la vez y las demás se tensaron de tal modo que parecieron a punto de partirse. Mientras Taran ensillaba a Melyngar, el bardo, con cierta tristeza, se puso a trabajar en la reparación de su arpa.

11 - Huida a través de las colinas

Al principio Taran se ofreció a dejar que Eilonwy montase a Melyngar, pero la muchacha rechazó su oferta.

-Puedo caminar igual de bien que cualquiera de vosotros -exclamó, con tal enfado que Taran dejó correr el asunto; había aprendido a ser cauteloso con la afilada lengua de la muchacha.

Se llegó al acuerdo de que la blanca yegua transportaría las armas tomadas del Castillo Espiral... excepto la espada Dyrnwyn, de la que Eilonwy se había nombrado a sí misma guardiana.

Trazando líneas en el polvo con la punta de su daga, Flewddur Fflam le mostró a Taran el camino que pretendía seguir.

-Las huestes del Rey con Cuernos permanecerán seguramente en el Valle de Ystrad. Es lo mejor para un ejército en marcha. El Castillo Espiral estaba aquí -añadió, marcando el lugar con un golpe irritado de su daga-, al oeste del río Ystrad. El camino más corto sería ir directamente hacia el norte cruzando estas colinas.

-Ése es el que debemos seguir -dijo Taran, esforzándose por descifrar el sentido de las zigzagueantes líneas de Fflewddur.

-Yo no lo recomendaría, amigo mío. Pasaríamos demasiado cerca de Annuvin. Las fortalezas de Arawn están cerca del Castillo Espiral, y sugiero que nos mantengamos apartados de ellas. No, yo creo que deberíamos hacer esto: quedarnos en la parte alta de la orilla occidental del Ystrad; podemos trazar una línea bastante recta, ya que no necesitamos seguir el valle propiamente dicho. De ese modo, podemos evitar Annuvin y al Rey con Cuernos a la vez. Nosotros cuatro podemos movernos con más rapidez que los guerreros pesadamente armados. Nos hallaremos bastante por delante de ellos, no demasiado lejos de Caer Dathyl. Desde allí, nos dirigimos a toda prisa hacia él... y nuestra tarea habrá concluido. -Fflewddur se enderezó, irradiando satisfacción-. Ahí lo tienes -dijo, limpiando el polvo de su

daga-. Una estrategia brillante. Ni mi propio jefe de guerreros podría haberla dispuesto mejor.

-Sí -dijo Taran, las ideas no demasiado claras por la charla del bardo sobre parte alta y orillas occidentales-; suena muy razonable.

Descendieron a una ancha pradera inundada de sol. La mañana se había vuelto brillante y cálida; el rocío seguía colgando de las hojas de hierba que se inclinaban bajo su peso. A la cabeza de los viajeros andaba Fflewddur, marchando rápida y enérgicamente a grandes zancadas con sus largas y flacas piernas. A su espalda oscilaba el arpa; llevaba su maltrecha capa enrollada al hombro. Eilonwy, la cabellera revuelta por la brisa, la gran espada negra colgando en bandolera de su espalda, era la siguiente, con Gurgi inmediatamente después. Eran tantas las nuevas hojas y ramas que habían quedado prendidas en la cabellera de Gurgi que parecía un nido de pájaros ambulante; andaba encorvado, balanceando los brazos, agitando la cabeza a uno y otro lado, gimiendo y murmurando.

Taran era el último de la fila, sosteniendo la brida de Melyngar. Excepto por las armas sujetas a la silla del caballo, los viajeros podrían haberse hallado en un placentero paseo primaveral. Eilonwy parloteaba alegremente; de vez en cuando Fflewddur iniciaba una canción. El único que estaba inquieto era Taran. Para él la brillante mañana era engañosamente amable; los dorados árboles parecían encubrir oscuras sombras. Pese al calor, sentía escalofríos. Mientras observaba a sus compañeros sentía el corazón turbado. En Caer Dallben había soñado con ser un héroe; pero había llegado a aprender que soñar es fácil; y en Caer Dallben no había vidas que dependiesen de su juicio. Anhelaba la fortaleza y la guía de Gwydion. Temía que su propia fuerza no estuviese a la altura de las circunstancias. Se volvió para lanzar una última mirada en dirección al Castillo Espiral, el túmulo funerario de Gwydion. Por encima de la cresta de la colina, recortándose claramente contra las nubes, surgieron dos figuras montadas a caballo.

Taran gritó e hizo señas a sus compañeros para que se refugiasen en los bosques. Melyngar se lanzó al galope. Un instante después se agazapaban todos en la espesura. Los jinetes prosiguieron a lo largo de la cresta de la colina, demasiado lejos para que Taran distinguiese con claridad sus rostros; pero por sus rígidas posturas pudo adivinar los lívidos rasgos y los ojos apagados de los Nacidos del Caldero.

-¿Cuánto tiempo llevan detrás de nosotros? -preguntó Fflewddur-. ¿Nos han visto?

Taran atisbo cautelosamente a través de la pantalla de hojas. Señaló hacia la ladera.

-Ahí está tu respuesta -dijo.

Desde la cresta, los pálidos guerreros del Caldero habían hecho girar sus monturas hacia la pradera, descendiendo sin vacilaciones por la colina.

-Aprisa -ordenó Taran-. Tenemos que dejarles atrás.

El grupo no volvió a la pradera, sino que empezó a internarse en el bosque. La aparición de los Nacidos del Caldero les obligaba ahora a abandonar la ruta que Fflewddur había escogido, pero el bardo esperó que pudiesen despistar a los guerreros y, describiendo un círculo, volver nuevamente al terreno más elevado.

Trotaron sin separarse, no atreviéndose a detenerse ni tan siquiera para beber. El bosque les ofrecía cierta protección contra el sol, pero pasado cierto tiempo la marcha empezó a dejar sentir sus efectos. Sólo Gurgi no parecía fatigado o incómodo. Su caminar encorvado no vacilaba ni por un momento, y los enjambres de mosquitos e insectos que les acosaban eran incapaces de penetrar su enmarañada cabellera. Eilonwy, que insistía con orgullo en que le encantaba correr, se aferraba al estribo de Melyngar.

Taran no podía estar seguro de lo cerca que se hallaban los guerreros; sabía que los Nacidos del Caldero mal podrían perder su rastro, bastándoles el ruido en todo caso, pues ya no intentaban moverse en silencio. La velocidad era su única esperanza, y siguieron forzando el paso un buen rato después de que hubiese caído la noche.

Se había convertido en una ciega carrera en la oscuridad, bajo una luna sumergida por pesados nubarrones. Ramas invisibles trataban de aferrarles o les arañaban el rostro. Eilonwy

tropezó una vez y Taran la ayudó a levantarse. La muchacha volvió a desfallecer; la cabeza se le doblaba sobre el pecho. Taran quitó las armas de la silla de Melyngar, compartió la carga con Fflewddur y Gurgi y subió a Eilonwy, a pesar de sus protestas, a la grupa de Melyngar. Ella se dejó caer hacia adelante, apretando la mejilla contra las crines doradas de la yegua.

Toda la noche lucharon por abrirse paso a través del bosque que, cuanto más se acercaban al valle del Ystrad, se hacía más denso. Cuando apareció la primera y vacilante luz del día, hasta Gurgi había empezado a tambalearse fatigado y apenas si podía poner un velludo pie a continuación del otro. Eilonwy se había sumido en un sopor tan profundo que Taran temía estuviese enferma. Su cabellera, revuelta y empapada, le caía sobre la frente; tenía el rostro pálido. Con ayuda del bardo, Taran la bajó de la silla y la depositó sobre una loma cubierta de musgo. Cuando osó desceñirle la incómoda espada, Eilonwy abrió un ojo, puso cara de enfado y apartó la espada..., con más decisión de la que él había esperado.

-Nunca entiendes las cosas a la primera -murmuró Eilonwy, sujetando firmemente el arma-. Pero supongo que todos los Aprendices de Porquerizo son iguales. Te dije antes que no iba a ser tuya, y te lo digo ahora por segunda vez... ¿o es la tercera, o la cuarta? Debo de haber perdido la cuenta. -Diciendo esto, rodeó la vaina con los brazos y volvió a dormirse.

-Debemos descansar aquí -le dijo Taran al bardo-, aunque sólo sea un poco.

-De acuerdo -gimió Fflewddur, que se había tendido cuan largo era con los pies y la nariz apuntando hacia arriba-. No me importa quién me coja. Le daría la bienvenida al mismísimo Arawn, y le preguntaría si lleva algo para desayunar.

-Puede que los Nacidos del Caldero hayan perdido nuestro rastro durante la noche - dijo Taran, esperanzado, pero sin gran convicción en lo que decía-. Me gustaría saber si les hemos dejado muy atrás... de hecho, si es que les hemos dejado atrás.

Gurgi se animó un poco.

-El inteligente Gurgi lo sabrá -exclamó-, ¡atisbando y observando!

Un instante después Gurgi había trepado hasta medio tronco de un gran pino. Siguió subiendo fácilmente hasta la copa y se instaló en ella como un cuervo enorme, examinando el terreno en la dirección por la que habían viajado.

Taran, mientras tanto, abrió las alforjas. Quedaba tan poca comida que casi no valía la pena repartirla. Él y Fflewddur estuvieron de acuerdo en darle a Eilonwy las últimas provisiones.

Gurgi había olido la comida incluso en la copa del pino y bajó a toda prisa, husmeando ansiosamente ante la perspectiva de su morder y mascar.

-Por un momento deja de pensar en comer -le inquirió Taran-. ¿Qué has visto?

-Dos guerreros están lejos, pero Gurgi los ve... sí, sí, están cabalgando llenos de orgullo y maldad. Pero hay tiempo para un poquito de mascar -suplicó Gurgi-. ¡Oh, muy poco para el listo y valiente Gurgi!

-No hay más mascar -dijo Taran-. Si los Nacidos del Caldero siguen sobre nuestra pista, más te valdría preocuparte menos de comida y más de tu propia piel.

-¡Pero Gurgi encontrará mascar! Muy deprisa... oh, sí, es tan listo para conseguirlo, para consolar los estómagos de los grandes y nobles señores. Pero ellos olvidarán al pobre Gurgi y ni tan siquiera le darán las mondas para su comida.

Tras una apresurada discusión con Fflewddur, que parecía tan famélico como Gurgi, Taran estuvo de acuerdo en que podrían emplear cierto tiempo buscando moras y raíces comestibles.

-Buena idea -dijo el bardo-. Más vale que comamos ahora lo que podamos, mientras que los Nacidos del Caldero nos den una pequeña oportunidad como ésta. Te ayudaré. Lo conozco todo acerca de la busca de alimentos en los bosques, es algo que practico constantemente... -El arpa se tensó y una cuerda dio señales de estar a punto de ceder-. No -añadió con rapidez-, más vale que me quede con Eilonwy. La verdad es que no sé distinguir entre un hongo comestible y uno venenoso. Ojalá supiera; la vida de un bardo vagabundo sería entonces mucho más sustanciosa.

Librodot

Portando las capas para llevar en ellas lo que pudiesen hallar, Taran y Gurgi emprendieron el camino. Taran se detuvo en un arroyuelo para llenar el odre de cuero de Gwydion. Gurgi, husmeando hambriento, corrió hacia adelante y desapareció entre un macizo de serbales. Taran descubrió setas junto a la orilla del arroyo y se apresuró a recogerlas. Agachado sobre los objetos de su búsqueda prestó escasa atención a Gurgi hasta que de pronto oyó chillidos angustiados que surgían de entre los árboles. Aferrando sus preciosas setas, Taran caminó presuroso para ver lo que había sucedido y se encontró con Gurgi tendido en mitad de los árboles, retorciéndose y gimoteando, con un panal al lado.

Al principio Taran creyó que a Gurgi le habían picado las abejas. Luego vio que el ser se hallaba en un apuro mucho mayor. Mientras Gurgi trepaba en busca de la miel, una rama muerta se había partido bajo su peso. Su pierna retorcida estaba clavada al suelo por la pesada madera que le había caído encima. Taran apartó a un lado la rama.

El jadeante Gurgi meneó la cabeza.

-La pierna del pobre Gurgi está rota -gimió-. ¡Se acabaron para él los paseos y correteos!

Taran se agachó y examinó la herida. La pierna no estaba rota, aunque la torcedura había sido considerable y estaba hinchándose con rapidez.

-Ahora la cabeza del pobre Gurgi tendrá que ser cortada -gimoteaba el ser-. Hazlo, gran señor, hazlo deprisa. Gurgi cerrará bien fuerte los ojos para no ver los dolorosos tajos.

Taran miró detenidamente a Gurgi. El ser hablaba con la mayor seriedad. En sus ojos había una súplica dirigida a Taran.

-Ahora, antes de que lleguen los guerreros silenciosos. Gurgi está mejor muerto bajo tu espada que en sus manos. ¡Gurgi no puede andar! Todos serán muertos con terribles tajos y mordiscos. Es mejor...

-No -dijo Taran-. No te abandonaremos en el bosque, y no te cortarán la cabeza... ni yo ni nadie.

Por un momento casi se arrepintió de sus palabras. Sabía que aquel pobre ser tenía razón. La herida haría más lenta la marcha. Y Gurgi, como todos ellos, estaría mejor muerto que en poder de Arawn. Y, con todo, Taran no podía decidirse a blandir su espada sobre él.

-Tú y Eilonwy podéis montar en Melyngar -dijo Taran, ayudando a incorporarse a Gurgi y pasando uno de los velludos brazos del ser por encima de su hombro-. Ahora, vamos. Cada vez un paso...

Taran estaba exhausto cuando llegaron allí donde estaban Eilonwy y el bardo. La muchacha se había recuperado notablemente y parloteaba aún más deprisa que antes. Taran dividió el panal mientras que Gurgi yacía calladamente sobre la hierba. Las porciones eran lamentablemente pequeñas.

Fflewddur llamó a Taran para hablarle a solas.

-Tu amigo peludo va a ponernos las cosas más difíciles -dijo bajando la voz-. Si Melyngar lleva a dos jinetes, no sé cuánto tiempo podrá aguantar.

-Eso es cierto -dijo Taran-. Pero no veo qué otra cosa podemos hacer. ¿Acaso le abandonarías? ¿Le habrías cortado tú la cabeza?

-Con toda segundad -exclamó el bardo-, ¡como un relámpago! Un Fflam jamás vacila. Los riesgos de la guerra y todo eso. ¡Oh, maldición y destrucción! Ahí va otra cuerda. Y además, de las gruesas.

Cuando Taran regresó para disponer las armas que ahora se verían obligados a llevar, le sorprendió hallar ante su capa una gran hoja de roble en el suelo. Sobre la hoja se hallaba la diminuta porción de panal de Gurgi.

-Para el gran señor -murmuró Gurgi-. Gurgi no tiene ganas de morder y mascar hoy.

Taran contempló el ansioso rostro de Gurgi. Por primera vez, los dos se miraron y se sonrieron.

-Tu regalo es generoso -dijo Taran con amabilidad-, pero viajas como uno de nosotros y necesitarás toda tu fuerza. Guarda tu parte; es tuya por derecho, y te la has ganado más que

Librodot

sobradamente.

Puso la mano suavemente en el hombro de Gurgi. Ahora el olor a mastín mojado no le parecía tan repulsivo.

12 - Los lobos

Por un tiempo, durante el día, Taran creyó que se habían distanciado de los Nacidos del Caldero. Pero, al caer la tarde, los guerreros aparecieron nuevamente por detrás de una lejana franja de árboles. Recortándose contra el sol poniente, las largas sombras de los jinetes se tendían sobre las estribaciones de la colina hasta la llanura donde la pequeña tropa seguía avanzando con esfuerzo.

-Más pronto o más tarde debemos enfrentarnos a ellos -dijo Taran, secándose la frente-. Que sea ahora. No puede haber victoria sobre los Nacidos del Caldero, pero, con suerte, podremos detenerles cierto tiempo. Si Eilonwy y Gurgi logran escapar, aún queda una oportunidad.

Gurgi, cubierto con una capa sobre la silla de Melyngar, se puso inmediatamente a dar gritos.

-¡No, no! ¡El fiel Gurgi se queda con el poderoso señor que perdonó su pobre y tierna cabeza! El feliz y agradecido Gurgi luchará también, tajando y rajando...

-Apreciamos lo que sientes -dijo Fflewddur-, pero con esa pierna tuya, no estás en condiciones de tajar y rajar nada.

-Yo tampoco voy a correr -repuso Eilonwy-. Estoy cansada de correr, de arañarme la cara y romperme la ropa, todo por culpa de esos estúpidos guerreros.

Saltó con ligereza de la silla y cogió un arco y un puñado de flechas del fardo de Taran.

-¡Eilonwy! ¡Detente! -gritó Taran-. ¡Para esos hombres no existe la muerte! ¡No se les puede matar!

Aunque le estorbaba la larga espada que colgaba de su espalda, Eilonwy corría más deprisa que Taran. Cuando la alcanzó, ya había subido a un promontorio y estaba tensando el arco. Los Nacidos del Caldero galopaban a través de la llanura. El sol destellaba en sus espadas desenvainadas.

Taran cogió a la muchacha por la cintura y trató de apartarla. Recibió una feroz patada en la espinilla.

-¿Siempre tienes que estorbar en todo? -preguntó indignada Eilonwy.

Antes de que Taran pudiese intentar cogerla de nuevo, ella sostuvo una flecha ante el sol y murmuró una extraña frase. Puso la flecha en el arco y la disparó hacia los Nacidos del Caldero. La saeta trazó un arco hacia arriba y casi desapareció ante los brillantes rayos del sol.

Taran, boquiabierto, vio cómo la saeta iniciaba su descenso: a medida que la flecha se precipitaba hacia el suelo, largos gallardetes plateados surgieron de sus plumas. En un instante, una enorme telaraña destellaba en el aire derivando lentamente hacia los jinetes.

Fflewddur, que acababa de llegar a la carrera, se detuvo asombrado.

-¡Gran Belin! -exclamó-. ¿Qué es eso? ¡Parecen los adornos de una fiesta!

La red se aposentó con lentitud por encima de los Nacidos del Caldero, pero los pálidos guerreros no le prestaron atención. Espolearon sus monturas hacia adelante; las hebras de la red se derritieron y se rompieron.

Eilonwy se puso la mano en la boca.

-¡No funcionó! -gritó, casi llorando-. Tal y como lo hace Achren, se convierte en una gran soga pegajosa. ¡Oh, todo ha salido mal! Traté de escuchar detrás de la puerta cuando ella practicaba, pero he dejado de hacer algo importante. -Dio una patada en el suelo y se volvió.

-¡Llévatela de aquí! -le dijo Taran al bardo.

Desenvainó su espada y se encaró hacia los Nacidos del Caldero. Caerían sobre él dentro de unos momentos. Pero en el mismo instante en que se preparaba para su ataque vio cómo los jinetes vacilaban. Los Nacidos del Caldero tiraron repentinamente de las riendas;

luego, sin un gesto, hicieron volver sus monturas y cabalgaron en silencio de regreso a las colinas.

-¡Funcionó! ¡Después de todo funcionó! -gritó el atónito Fflewddur. Eilonwy meneó la cabeza.

-No -dijo desanimada-, algo les hizo alejarse, pero me temo que no fue mi hechizo. -Bajó el arco y recogió las flechas que había dejado caer.

-Creo que sé lo que fue -dijo Taran-. Están volviendo con Arawn. Gwydion me contó que no pueden permanecer mucho tiempo lejos de Annuvin. Su poder debe de haber estado agotándose desde que dejamos el Castillo Espiral, y justamente aquí, han llegado al límite de su fuerza.

-Espero que no les quede la suficiente para regresar a Annuvin -dijo Eilonwy-. Espero que se caigan a trozos o se encojan como murciélagos.

-Dudo que les ocurra eso -dijo Taran, observando a los jinetes que desaparecían lentamente por detrás del risco-. Deben saber cuánto tiempo pueden quedarse y lo lejos que pueden ir, y tener fuerzas aún para volver junto a su amo. -Contempló con admiración a Eilonwy-. No importa. Se han ido. Y esa fue una de las cosas más asombrosas que jamás he visto. Gwydion tenía una malla de hierbas que empezó a arder; pero nunca me había encontrado con nadie más que pudiese hacer una red como ésa.

Eilonwy le miró sorprendida. Sus mejillas se volvieron más rojas que el crepúsculo.

-Vaya, Taran de Caer Dallben -dijo-, creo que esta es la primera vez que me has dicho algo cortés. -De pronto, Eilonwy sacudió la cabeza y resopló-. Por supuesto, debí saberlo; era la telaraña. Estabas más interesado en eso; no te importaba el si yo estaba en peligro.

Presurosa, volvió andando hacia donde estaban Gurgi y Melyngar.

-Pero eso no es cierto -exclamó Taran-. Yo... yo estaba... -Para entonces, Eilonwy ya no podía oírle. Alicaído, Taran la siguió-. No puedo entender a esa muchacha -le dijo al bardo-. ¿Tú puedes?

-No importa -dijo Fflewddur-. La verdad es que no se espera que las entendamos.

Siguieron montando turnos de guardia esa noche, aunque parte de su miedo se había esfumado con la desaparición de los Nacidos del Caldero. Taran tenía el último turno antes del alba, y estaba despierto antes de que Eilonwy hubiese acabado el suyo.

-Sería mejor que durmieses -le dijo Taran-. Yo acabaré tu turno. -Soy perfectamente capaz de cumplir con mi parte de trabajo -dijo Eilonwy, que no había dejado de estar enfadada con él desde el atardecer.

Taran sabía lo bastante como para no insistir. Recogió su arco y su aljaba de flechas, se quedó junto al oscuro tronco de un roble y contempló la pradera plateada por la luna. Cerca de él, Fflewddur roncaba con energía. Gurgi, cuya pierna no había dado señales de mejoría, se agitaba inquieto y gimoteaba en sueños.

-Sabes -empezó a decir Taran, azorado y vacilante-, esa telaraña...

-No quiero oír nada más sobre ella -replicó Eilonwy.

-No..., lo que quería decir es que estaba realmente preocupado por ti. Pero la telaraña me sorprendió tanto que olvidé mencionarlo. Fue muy valiente por tu parte enfrentarte a los guerreros del Caldero. Sólo quería decirte eso.

-Pues has esperado bastante para decírmelo -dijo Eilonwy, con un tono de satisfacción en la voz-. Pero supongo que los Aprendices de Porquerizo tienden a ser más lentos de lo que una esperaría. Probablemente eso es debido al tipo de trabajo que hacen. No me entiendas mal, creo que es tremendamente importante. Sólo que es la clase de trabajo en el que no hace falta ser demasiado despabilado.

-Al principio -prosiguió Taran-, creí que sería capaz de llegar yo solo a Caer Dathyl. Ahora veo que sin ayuda, ni siquiera habría llegado hasta aquí. El destino es bueno por haberme traído tan valientes compañeros.

-Ya lo has hecho otra vez -gritó Eilonwy, con tal pasión que Fflewddur se atragantó a

mitad de uno de sus ronquidos-. ¡Eso es todo lo que te importa! Alguien que te ayude a llevar lanzas y espadas o lo que sea. Podría ser cualquiera, y tú estarías igual de contento. Taran de Caer Dallben, no pienso hablarte nunca más.

-En casa nunca pasaba nada -dijo Taran... hablando para sí mismo, pues Eilonwy ya se había tapado la cabeza con una capa y fingía dormir-. Ahora, pasa de todo. Pero parece que nunca consigo que acabe bien. -Con un suspiro, preparó su arco e inició su turno de guardia.

La luz del día tardó en llegar.

Por la mañana Taran vio que la pierna de Gurgi estaba mucho peor y abandonó el campamento para buscar plantas medicinales en el bosque, alegrándose de que Coll le hubiese enseñado las propiedades de las hierbas. Hizo un emplasto y lo puso en la herida de Gurgi.

Fflewddur, entre tanto, había empezado a trazar nuevos mapas con su daga. Los guerreros del Caldero, explicó el bardo, les habían obligado a internarse demasiado profundamente en el valle del Ystrad. Volver a su ruta original les costaría al menos dos días de duro viaje.

-Ya que hemos llegado tan lejos -prosiguió Fflewddur-, bien podríamos cruzar el Ystrad y seguir a lo largo de las colinas, escondiéndonos del Rey con Cuernos. Estaremos sólo a unos cuantos días de Caer Dathyl, y si mantenemos una buena marcha deberíamos llegar allí a tiempo.

Taran estuvo de acuerdo con el nuevo plan. Se dio cuenta de que sería más difícil, pero pensó que Melyngar podría seguir transportando al infortunado Gurgi mientras que sus compañeros se repartiesen el peso de las armas. Eilonwy, habiendo olvidado que no

hablaba con Taran, insistió de nuevo en caminar.

Tras un día de marcha alcanzaron las orillas del Ystrad.

Taran se adelantó cautelosamente. Observando el amplio valle, vio una nube de polvo en movimiento. Cuando se apresuró a volver e informó de esto a Fflewddur, éste le dio una palmada en el hombro.

-Vamos por delante de ellos -dijo-. Son excelentes noticias. Temía que estuviesen mucho más cerca de nosotros y habríamos tenido que esperar hasta la noche para cruzar el Ystrad. ¡Nos hemos ahorrado medio día! ¡Apresurémonos ahora y estaremos en lasestribaciones de las Montañas del Águila antes de la puesta del sol!

Sosteniendo su preciada arpa por encima de su cabeza, Fflewddur se metió en el río y los demás le siguieron. En aquel lugar el Ystrad se estrechaba, llegando apenas por encima de la cintura de Eilonwy, y vadearon el río sin grandes dificultades. Con todo, emergieron empapados y con frío, y el sol poniente ni les secó ni les calentó.

Dejando atrás el Ystrad, treparon por laderas más empinadas y rocosas que cualquiera de las que habían recorrido antes. Puede que fuese sólo su imaginación, pero la atmósfera que rodeaba al Castillo Espiral le había parecido a Taran pesada y opresiva. Al acercarse a las Montañas del Águila, Taran sintió que su carga se hacía más ligera al inhalar el aroma seco y picante del pino.

Había planeado proseguir la marcha durante la mayor parte de la noche; pero el estado de Gurgi había empeorado, obligando a Taran a ordenar un alto. A pesar de las hierbas, la pierna de Gurgi estaba muy hinchada y temblaba de fiebre. Tenía un aspecto triste y enflaquecido; la sugerencia de morder y mascar era incapaz de animarle. Incluso Melyngar parecía preocupada. Mientras Gurgi yacía con los ojos medio cerrados, los labios apergaminados pegados a los dientes, la yegua blanca le rozó delicadamente con el hocico, relinchando y resoplando ansiosamente, como si intentase consolarle lo mejor que pudiese.

Taran se arriesgó a encender un pequeño fuego. Él y Fflewddur tendieron a Gurgi junto a él. Mientras que Eilonwy sostenía la cabeza de la enferma criatura y le daba a beber un poco del odre, Taran y el bardo se apartaron un poco y hablaron quedamente entre ellos.

-He hecho todo lo que sé -dijo Taran-. Si queda algo más, se encuentra más allá de mis capacidades. -Apenado meneó la cabeza-. Hoy ha empeorado mucho y queda tan poco de él que creo que podríamos sostenerle con una mano.

-Caer Dathyl no está lejos -dijo Fflewddur-, pero me temo que quizá nuestro amigo no viva para verlo.

Esa noche, los lobos aullaron en la oscuridad más allá del fuego.

Los lobos les acompañaron durante todo él día siguiente; a veces en silencio, a veces ladrándose el uno al otro como si se hiciesen señales. Permanecieron siempre fuera del alcance del arco, pero Taran distinguió las flacas y grises figuras que se escurrían entre el ralo arbolado.

-Mientras no se acerquen más -le dijo al bardo-, no tenemos que preocuparnos de ellos.

-Oh, no nos atacarán -respondió Fflewddur-. Por lo menos, no ahora. Pueden ser irritantemente pacientes si saben que alguien está herido. -Miró con ansiedad a Gurgi-. Para ellos, es sólo cuestión de esperar.

-Bueno, debo decir que sabes cómo animarnos -señaló Eilonwy-. Oyéndote, parece que sólo debemos esperar a que se nos traguen.

-Si atacan, les rechazaremos -dijo con calma Taran-. Gurgi estaba dispuesto a dar su vida por nosotros; yo no puedo hacer menos por él. Por encima de todo, no debemos dejar que nuestros corazones flaqueen tan cerca del fin de nuestro viaje.

-¡El corazón de un Fflam jamás flaquea! -gritó el bardo-. ¡Vengan lobos o lo que sea!

Sin embargo, la inquietud fue apoderándose de todos ellos a medida que las grises figuras continuaron siguiéndoles; y Melyngar, dócil y obediente hasta entonces, se volvió asustadiza. La yegua de doradas crines agitaba la cabeza y se le desorbitaban los ojos cada vez que intentaban hacerla avanzar.

Para empeorar las cosas, Fflewddur declaró que el avance a través de las colinas era demasiado lento.

-Si vamos más hacia el este -dijo el bardo-, nos toparemos con algunas montañas realmente altas. En nuestro estado posiblemente no lograríamos escalarlas. Pero aquí estamos prácticamente encerrados entre muros. Cada camino nos hace girar en círculo. Esos riscos -prosiguió, señalando hacia la masa rocosa que se alzaba a su izquierda-, son demasiado escarpados para rebasarlos. Pensé que encontraríamos un paso antes. Bien, así están las cosas. Lo único que podemos hacer es seguir dirigiéndonos hacia el norte.

-Los lobos no parecen tener problemas para encontrar su camino -dijo Eilonwy.

-Mi querida muchacha -dijo en respuesta al bardo, con cierta indignación-, si fuese capaz de correr a cuatro patas y oler mi comida a una milla de distancia, dudo que yo tampoco fuese a tener dificultades.

-Me encantaría ver cómo probabas -dijo Eilonwy con una risita.

-Tenemos algo que puede correr sobre cuatro patas -dijo de pronto Taran-. ¡Melyngar! Si alguien puede hallar el camino a Caer Dathyl, es ella.

El bardo chasqueó los dedos.

-¡Eso es! -exclamó-. ¡Todos los caballos conocen el camino de regreso a su casa! Vale la pena intentarlo... y no podemos estar peor de lo que estamos ahora.

-Para ser un Aprendiz de Porquerizo -le dijo Eilonwy a Taran-, se te ocurren ideas interesantes de vez en cuando.

Cuando de nuevo emprendieron la marcha, Taran soltó las riendas y dejó que Melyngar encabezase el grupo. Con el semiinconsciente Gurgi atado a la silla, la yegua blanca avanzó con un trote rápido y decidido.

A media tarde, Melyngar descubrió un paso que Fflewddur tuvo que admitir que se le habría pasado por alto. Mientras el día tocaba a su fin, Melyngar les condujo rápidamente a través de rocosos desfiladeros hasta la cima de riscos escarpados. Pero apenas si podían seguir el paso de la yegua. Cuando se metió en una prolongada garganta, Taran la perdió de vista un instante y se lanzó hacia adelante a tiempo de distinguir cómo la yegua rodeaba un saliente de piedra blanca.

Llamando al bardo y a Eilonwy para que le siguiesen a toda prisa, Taran corrió hacia

Librodot

adelante. De pronto se detuvo. A su izquierda, en lo alto de una cornisa de roca, se agazapaba un enorme lobo de ojos dorados y colgante lengua roja. Antes de que Taran pudiese desenvainar su espada, el enjuto animal saltó sobre él.

13 - El valle oculto

El impacto del pesado cuerpo peludo golpeó de lleno a Taran en el pecho y le hizo caer rodando. Al caer, distinguió fugazmente a Fflewddur. También el bardo había caído al suelo bajo las zarpas de otro lobo. Eilonwy seguía en pie, un tercer animal agazapado ante ella.

La mano de Taran voló hacia su espada. El lobo gris le aferró el brazo. Con todo, los dientes del animal no se hundieron en su carne, pero mantuvieron inmóvil su cuerpo.

De pronto, una enorme figura encapuchada apareció al extremo de la garganta. Melyngar se hallaba detrás de ella. El hombre alzó el brazo y pronunció una orden. De inmediato, el lobo que retenía a Taran aflojó las mandíbulas y se apartó, tan obediente

como un perro. El hombre se acercó a Taran, quien se puso en pie con cierta dificultad.

-Nos has salvado la vida -empezó a decir Taran-. Te estamos agradecidos.

El hombre habló de nuevo dirigiéndose a los lobos y los animales le rodearon, gañendo y meneando la cola. Era una figura de extraño aspecto, corpulento y musculoso, con el vigor de un viejo pero robusto árbol. Su blanca cabellera le llegaba hasta debajo de los hombros y la barba hasta la cintura. Alrededor de la frente llevaba una delgada banda de oro, con una solitaria joya azul engastada en ella.

-Vuestras vidas jamás estuvieron en peligro a causa de estas criaturas -dijo, con una voz profunda y austera, aunque, sin carecer de bondad-. Pero debéis abandonar este lugar. No es morada para la raza de los hombres.

-Nos perdimos -dijo Taran-. Estábamos siguiendo a nuestro caballo...

-¿Melyngar? -El hombre volvió sus agudos ojos verdes hacia Taran. Centelleaban bajo su profundo entrecejo como la escarcha en un valle-. ¿Melyngar me trajo a cuatro de vosotros? Entendí que el joven Gurgi estaba solo. Si sois amigos de Melyngar, no importa. Es Melyngar, ¿verdad? Se parece tanto a su madre; y son tantos que no siempre consigo acordarme de sus nombres.

-Sé quién eres -exclamó Taran-. ¡Eres Medwyn!

-¿Lo soy ahora? -preguntó el hombre con una sonrisa que llenó su rostro de arrugas-. Sí, me han llamado Medwyn. Pero, ¿cómo sabes tú eso?

-Yo soy Taran de Caer Dallben. Gwydion, el príncipe de Don, era mi compañero y me habló de ti antes..., antes de su muerte. Viajaba hacia Caer Dathyl, tal y como lo estamos haciendo ahora nosotros. Nunca esperé encontrarte.

-Estabas en lo cierto -respondió Medwyn-. No podrías haberme encontrado. Sólo los animales conocen mi valle. Melyngar te condujo hasta aquí. ¿Taran, dices? ¿De Caer Dallben? -Se llevó su mano enorme a la frente-. Déjame ver. Sí, estoy seguro de que hay visitantes de Caer Dallben.

El corazón de Taran dio un brinco.

-¡Hen Wen! -gritó.

Medwyn le dirigió una mirada de sorpresa.

-¿Estabas buscándola? Vaya, eso si que es curioso. No, no está aquí.

-Pero había pensado...

-Hablaremos de Hen Wen más tarde -dijo Medwyn-. Como ya sabes, tu amigo está malherido. Vamos, haré lo que pueda por él. -Les hizo un gesto para que le siguieran.

Los lobos caminaron en silencio detrás de Taran, Eilonwy y el bardo. Medwyn tomó a Gurgi de la silla de Melyngar, que les esperaba al extremo de la garganta, levantando al ser como si no pesase más que una ardilla. Gurgi se quedó totalmente inmóvil entre los brazos de Medwyn.

El grupo descendió por un angosto sendero. Medwyn iba delante, tan lento y poderoso

como un árbol que hubiese echado a andar. El anciano llevaba los pies descalzos, pero los guijarros y las afiladas piedras no le molestaban. El sendero describió una brusca curva y luego volvió a girar. Medwyn cruzó una hendidura en la piedra desnuda del acantilado y lo siguiente que supo Taran fue que habían emergido a un valle verde y lleno de sol. Montañas aparentemente infranqueables se alzaban por todos lados. Aquí el aire era más suave y carecía del aguijón del viento; la hierba, jugosa y abundante, se extendía ante él. Entre los macizos de árboles había pequeñas viviendas blancas, semejantes a las de Caer Dallben. Al verlas, Taran sintió que le invadía una sensación de añoranza. Recortándose contra la ladera, detrás de las casitas, vio lo que en principio parecían hileras de tocones cubiertos de musgo; al examinarlos con más atención, para su sorpresa, resultaron ser más parecidos a las cuadernas y maderos de un gran navío, largamente desgastados por el tiempo. La Tierra los cubría casi por completo; la hierba y las flores de la pradera habían crecido sobre ellos para irlos borrando cada vez más y convertirlos en parte de la misma montaña.

-Debo reconocer que el abuelo está bien escondido aquí -murmuró Fflewddur-. Jamás podría haber encontrado el camino de entrada y dudo de que pudiese encontrar el de salida.

Taran asintió. El valle era el más hermoso que jamás había visto. El ganado pacía apaciblemente en la pradera. Cerca de los árboles un pequeño lago reflejaba el cielo en mil destellos blancos y azules. El brillante plumaje de los pájaros parecía relampaguear entre los árboles. Mientras andaba por entre el exuberante verdor del césped, Taran sintió que el cansancio abandonaba su dolorido cuerpo.

-¡Un cervatillo! -exclamó Eilonwy con deleite.

Un cervatillo moteado y de largas patas emergió detrás de las casitas, husmeó el aire y luego trotó rápidamente hacia Medwyn. La grácil criatura no hizo caso de los lobos y empezó a retozar alegremente junto al anciano. El animal se apartaba con timidez de los extraños; pero su curiosidad pronto pudo más que él y no tardó en frotar con su hocico la mano de Eilonwy.

-Nunca he visto un cervatillo tan de cerca -dijo la muchacha-. Achren jamás tuvo animales domésticos... ninguno se hubiese quedado con ella, de todos modos. No puedo culparles. Éste es precioso; te hace sentir llena de cosquillas, como si estuvieses tocando el viento.

Medwyn, indicándoles con una seña que esperasen, llevó a Gurgi al interior de la vivienda más grande. Los lobos se sentaron sobre sus cuartos traseros y observaron atentamente a los viajeros. Taran desensilló a Melyngar y éste empezó a mordisquear la tierna hierba. Media docena de gallinas cloqueaban y daban picotazos alrededor de un gallinero blanco y bien cuidado. El gallo alzó la cabeza para exhibir una cresta llena de muescas.

-¡Esas son las gallinas de Dallben! -exclamó Taran-. ¡Tienen que serlo! Ahí está la marrón, la blanca... conocería esa cresta en cualquier lugar. -Se acercó a ellas y las llamó, imitando su cacareo.

Las gallinas, más interesadas en comer, le prestaron muy poca atención.

Medwyn apareció de nuevo en el umbral. Llevaba una enorme cesta de mimbre cargada con jarras de leche, queso, panales y frutas que, en las tierras bajas, no se hallarían en sazón hasta dentro de un mes.

-Me encargaré de vuestro amigo dentro de un instante -dijo-. Mientras, pensé que podríais disfrutar de... oh, sí, ya veo que las has encontrado, ¿verdad? -dijo, viendo que Taran estaba junto a las gallinas-. Son mis visitantes de Caer Dallben. También debería de haber un enjambre de abejas, rondando por ahí.

-Se escaparon -dijo Taran-, el mismo día en que huyó Hen Wen.

-Entonces, supongo que vinieron directamente hacia aquí -dijo Medwyn-. Las gallinas estaban medio muertas de miedo; no pude sacarles nada en claro. Oh, se acostumbraron muy deprisa pero, por supuesto, para entonces ya habían olvidado lo que las hizo echarse a volar. Ya sabes cómo son las gallinas, imaginando que el mundo se va a terminar dentro de un momento y al siguiente picoteando el maíz. Regresarán volando cuando estén listas, no temas.

Librodot

Aunque es una desgracia que, de momento, Dallben y Coll se hayan quedado desprovistos de nuevos.

»Os diría que entraseis -prosiguió Medwyn-, pero el desorden es tal en estos momentos... tuve osos desayunando conmigo, y ya podéis imaginaros cómo están las cosas. Por lo tanto, debo pediros que cuidéis de vosotros mismos. Si queréis descansar, hay paja en los establos; no debería resultaros demasiado incómoda.

Los viajeros no malgastaron el tiempo y se sirvieron ellos mismos de las provisiones de Medwyn, así como en la búsqueda de los establos. El dulce aroma del heno llenaba todo el achaparrado edificio. Se hicieron nidos en la paja, poniendo al descubierto uno de los invitados al desayuno de Medwyn, hecho una bola y profundamente dormido. Fflewddur, intranquilo al principio, se convenció, finalmente de que al oso no le apetecían los bardos y no tardó en roncar. Eilonwy se quedó dormida a mitad de una de sus frases.

Taran no sentía deseos de descansar. El valle de Medwyn le había refrescado más que toda una noche de sueño. Salió del establo y echó a andar por la pradera. En el extremo más alejado del lago, las nutrias habían construido un tobogán y estaban divirtiéndose deslizándose por él. Al acercarse Taran se detuvieron un instante, alzando las cabezas para mirarle como lamentando que fuese incapaz de unirse a ellas y volvieron a su juego. Un pez hendió las aguas con un centelleo de escamas plateadas; las ondulaciones se fueron ensanchando suavemente hasta que la última de ellas lamió la orilla.

Taran vio que Medwyn tenía jardines de flores y huertos detrás de la casa. Para su sorpresa, Taran se encontró anhelando trabajar con Coll en su propia huerta. Quitar los hierbajos y trabajar con la azada que tanto había despreciado en Caer Dallben le parecían ahora, al pensar en su viaje pasado y en el que aún le quedaba por hacer, tareas infinitamente agradables.

Tomó asiento junto al lago y miró hacia las colinas. Con el sol descansando por encima de los picos, el esqueleto de madera del gran barco destacaba nítidamente contra el promontorio que casi lo envolvía. Tuvo poca oportunidad de estudiarlo, pues Medwyn apareció cruzando con decisión el campo; tras él trotaba el cervatillo y los tres lobos le seguían. Con su túnica marrón y su blanca cabellera, Medwyn parecía tan ancho y sólido como una montaña coronada de nieves.

-Gurgi está más cómodo de lo que estaba -dijo el anciano con su profunda voz. El cervatillo bailoteaba en la orilla del lago y Medwyn tomó asiento pesadamente inclinando su enorme cabeza hacia Taran y añadió-: Se recuperará bien; ya no hay peligro. Al menos no mientras esté aquí.

-He pensado mucho en Gurgi -dijo Taran, contemplando con franqueza los ojos grises del anciano.

Le explicó la razón de su viaje y los acontecimientos que llevaron al accidente de Gurgi. Medwyn le escuchó con atención, la cabeza inclinada hacia un costado, pensativo, en tanto que Taran le narraba cómo Gurgi había estado dispuesto a sacrificar su propia vida antes que poner en peligro la de los demás.

-Al principio no le aprecié demasiado -admitió Taran-. Ahora he empezado a quererle a pesar de todas sus quejas y gimoteos.

-Cada ser viviente merece nuestro respeto -dijo Medwyn, frunciendo sus hirsutas cejas hasta que éstas se unieron-, ya sea humilde o altivo, feo o hermoso.

-No diría yo eso respecto a los gwythaints -respondió Taran.

-No siento sino pena por esas infelices criaturas -dijo Medwyn-. Hace mucho, mucho tiempo, eran tan libres, amables y confiados como los otros pájaros. En su astucia Arawn logró atraerlos hacia él y los puso bajo su poder. Construyó las jaulas de hierro que ahora son su hogar y su prisión en Annuvin. Las torturas que les infligió a los gwythaints fueron vergonzosas e imposibles de contar. Ahora le sirven a causa del terror.

»De ese modo, lucha por corromper a todos los animales de Prydain, al igual que a la raza de los hombres. Esa es una de las razones por las que permanezco en este valle. Aquí

Arawn no puede hacerles daño. Aun así, si se convirtiese en gobernante de esta tierra, dudo de que yo pudiese ayudarles a todos. Los que cayesen en sus garras podrían sentirse afortunados si muriesen rápidamente.

Taran asintió.

-Cada vez entiendo más y más el motivo por el cual debo advertir a los Hijos de Don. En cuanto a Gurgi, me pregunto si no sería más seguro para él permanecer aquí.

-¿Más seguro? -preguntó Medwyn-. Sí, verdaderamente. Pero le causarías mucha pena si ahora le dejases de lado. La desgracia de Gurgi es que en estos momentos no es ni una cosa ni otra. Ha perdido la sabiduría de los animales y no ha aprendido lo que saben los hombres. Por lo tanto, los dos le rehuyen. Si hiciese algo con algún propósito, significaría mucho para él.

«Dudo de que vaya a retrasaros en vuestro viaje, pues seguramente mañana ya será capaz de andar tan bien como tú. Te recomiendo que le lleves contigo. Hasta puede que halle su propio modo de servirte. No rehúses a prestar ayuda cuando sea necesaria - prosiguió Medwyn-, y tampoco rehúses a aceptarla cuando se te ofrezca. Gwythyr, Hijo de Greidawl, aprendió eso de una hormiga lisiada, ya sabes.

-¿Una hormiga lisiada? -Taran meneó la cabeza-. Dallben me ha enseñado muchas cosas sobre las hormigas, pero nada acerca de una lisiada.

-Es una larga historia -dijo Medwyn-, y puede que en otro momento la oigas entera. Por el momento, sólo necesitas saber que cuando Kilhuch... ¿o era su padre? No, era el joven Kilhuch, en efecto. Cuando el joven Kilhuch pidió la mano de la hermosa Olwen, su padre, Yspadadden, le impuso cierto número de tareas; en esos tiempos, él era el Jefe de los Gigantes. Cuáles eran las tareas no nos concierne ahora, excepto por el hecho de que eran prácticamente imposibles, y Kilhuch no habría podido llevarlas a cabo sin la ayuda de sus compañeros.

»Una de las tareas era reunir nueve fanegas de semilla de lino, aunque apenas si había tal cantidad en todo el país. Gwythyr, hijo de Greidawl, por el amor que sentía hacia su amigo, emprendió tal tarea. Cuando iba andando por las colinas, preguntándose cómo podría llevarla a cabo, oyó un lamento lleno de dolor que procedía de un hormiguero; había prendido un fuego a su alrededor y las hormigas corrían peligro de morir. Gwythyr... sí, estoy prácticamente seguro de que era Gwythyr... desenvainó su espada y apagó el fuego con ella.

»En gratitud, las hormigas recorrieron cada campo hasta haber reunido las nueve fanegas. Mas el Jefe de los Gigantes, que era persona de lo más arisca y desagradable, pretendió que la medida no estaba completa. Faltaba una semilla de lino, y debía ser entregada antes del anochecer.

«Gwythyr no tenía ni idea de dónde podía encontrar otra semilla de lino pero, al fin, justo cuando el sol había empezado a ocultarse, se le acercó una hormiga que cojeaba llevando una pesada carga. Era la semilla de lino, y así estuvo completa la medida.

»He estudiado la raza de los hombres -prosiguió Medwyn-. He visto que, en solitario, el hombre es tan débil como las frágiles cañas que crecen junto a un lago. Debéis aprender a valeros por vosotros mismos, eso es cierto; pero también debéis aprender a ayudaros el uno al otro. ¿Acaso no sois todos hormigas lisiadas?

Taran se quedó callado. Medwyn metió la mano en el lago y removió las aguas. Un instante después, de ellas emergió un venerable salmón; Medwyn acarició las fauces del enorme pez.

-¿Qué lugar es este? -preguntó al fin Taran, la voz casi un murmullo-. ¿Eres realmente Medwyn? Hablas de la raza de los hombres como si no fueses uno de ellos.

-Este es un lugar de paz -dijo Medwyn-, y por lo tanto no es adecuado para los hombres; al menos, no todavía. Hasta que lo sea, yo guardo este valle para los seres de los bosques y las aguas. Cuando se hallan en peligro mortal acuden a mí, si tienen la fuerza de hacerlo... y cuando sienten dolor o pena. ¿Acaso no crees que los animales conocen la pena, el miedo y el

dolor? El mundo de los hombres no es fácil para ellos.

-Dallben -dijo Taran-, me enseñó que cuando las aguas negras inundaron Prydain, hace muchas eras, Newid Nav Neivion construyó un barco y se llevó con él a una pareja de cada especie de seres vivientes. Las aguas terminaron por retirarse y el barco quedó varado... nadie sabe dónde. Pero los animales que volvieron al mundo, sanos y salvos, lo recordaron siempre y sus crías nunca lo han olvidado. Y aquí -dijo Taran, señalando hacia la colina-, veo un barco, muy alejado de las aguas. Gwydion te llamó Medwyn, pero yo me pregunto si...

-Soy Medwyn -respondió el hombre de la barba blanca-, en todo lo que pueda importarte mi nombre. Ahora, deja de preocuparte por eso. Todo lo que me preocupa es Hen Wen.

-Entonces, ¿no la has visto?

Medwyn meneo la cabeza.

-Lo que el señor Gwydion dijo es cierto: entre todos los lugares de Prydain, habría acudido primeramente a éste, especialmente si notaba que su vida peligraba. Pero aquí no hemos visto señal de ella, ni rumor alguno. Sin embargo, habría encontrado su camino, más tarde o más temprano, a menos que...

Taran sintió que se le helaba el corazón.

-A menos que la hayan matado -musitó-. ¿Crees que eso es lo que ha ocurrido?

-No lo sé -respondió Medwyn-, aunque me temo que es posible.

14 - El lago negro

Esa noche Medwyn preparó un banquete para los viajeros. El desorden que habían dejado tras de sí los osos en el desayuno había sido reparado. La vivienda era cómoda y estaba ordenada, si bien más pequeña que la de Caer Dallben. Taran pudo ver que, verdaderamente, Medwyn no estaba acostumbrado a tener huéspedes humanos, pues su mesa apenas era lo bastante larga como para que todos tomasen asiento ante ella y, en cuanto a sillas, se había visto obligado a arreglárselas con bancos y taburetes para ordeñar vacas.

Medwyn estaba sentado a la cabecera. El cervatillo se había ido a dormir, pero los lobos permanecían acurrucados a sus pies y en sus fauces había una mueca feliz. En el respaldo de su silla reposaba una gigantesca águila de plumaje dorado que observaba sin pestañear con sus agudos ojos todos los movimientos. Fflewddur, aunque todavía algo temeroso, no permitió que su miedo le afectase el apetito. Comió por tres personas, sin dar la más mínima señal de hartarse. Pero cuando pidió otra ración de venado, Medwyn lanzó una risotada y le explicó al asombrado Fflewddur que no se trataba de carne sino de vegetales preparados según una receta propia.

-Naturalmente que se trata de vegetales -le dijo Eilonwy al bardo-. ¿Esperabas acaso que cocinase a sus propios invitados? Eso sería como decirle a alguien que viniese a cenar y asarle luego. Realmente, creo que los bardos son tan lerdos como los Aprendices de Porquerizo; ninguno de los dos parece pensar demasiado.

A pesar de que agradecía mucho la comida y la oportunidad de reposar, Taran guardó silencio durante todo el festín y permaneció silencioso al retirarse a descansar sobre su lecho de paja. Nunca hasta el momento había imaginado que Hen Wen pudiese no estar viva. Había vuelto a hablar con Medwyn, pero el anciano no había podido asegurarle que lo estuviese.

Incapaz de dormir, Taran salió del establo y se quedó mirando el cielo. Las estrellas brillaban con un resplandor blanco azulado en la atmósfera despejada, más cercanas de lo que jamás las había visto. Intentó apartar sus pensamientos de Hen Wen; llegar a Caer Dathyl era la tarea que había emprendido y, por sí misma, ya iba a ser lo bastante difícil. Un búho pasó volando por encima de su cabeza, silencioso como un soplo de cenizas. La sombra que surgió a su lado, sin un solo ruido, era Medwyn.

-¿No duermes? -preguntó Medwyn-. Una noche sin reposo es un mal modo de empezar un viaje.

-Se trata de un viaje que tengo muchos deseos de acabar -dijo Taran-. A veces temo que no veré de nuevo Caer Dallben.

-No se le ha concedido a los hombres el poder ver el fin de sus viajes -respondió Medwyn-. Es posible que no vuelvas jamás a los lugares que te son queridos. Pero, ¿qué puede importar eso, si lo que debes hacer está aquí y ahora?

-Creo -dijo Taran anhelante-, que si supiese que no iba a ver nunca más mi propio hogar, me sentiría feliz permaneciendo en este valle.

-Tu corazón es joven y aún a medio hacer -dijo Medwyn-. Con todo, si leo bien en él, eres de los pocos a los que daría la bienvenida aquí. Ciertamente que puedes quedarte si así eliges hacerlo. Seguramente que puedes confiarle tu misión a tus amigos.

-No -dijo Taran, tras una larga pausa-, me la he impuesto por propia elección.

-Si es así -respondió Medwyn-, entonces también puedes abandonarla por propia elección.

Y de todo el valle le pareció a Taran que llegaban a él voces instándole a que se quedase. Los árboles le hablaban en un susurro de reposo y paz; el lago de la luz del sol centelleando en sus profundidades y de la alegría de las nutrias entregadas a sus juegos. Se dio la vuelta.

-No -dijo rápidamente-, tomé mi decisión mucho antes de todo esto.

-Entonces -le contestó amablemente Medwyn-, que así sea. -Tocó la frente de Taran con la mano-. Te concedo todo lo que tú me permites concederte: una noche de reposo. Duerme bien.

Nada recordó Taran de su vuelta al establo o de quedarse dormido, pero se levantó bañado por la luz de la mañana, lleno de un nuevo frescor y de fortaleza. Eilonwy y el bardo habían terminado ya su desayuno y Taran se alegró mucho al ver que Gurgi estaba con ellos. Al acercarse Taran, Gurgi lanzó un chillido de alegría y dio varias animadas volteretas.

-¡Oh, alegría! -exclamó-. ¡Oh, sí, Gurgi está listo de nuevo para caminar y acechar! ¡Y de nuevo para buscar y espiar! ¡Los grandes señores han sido buenos con el feliz y alegre Gurgi!

Taran notó que Medwyn no sólo había curado la pierna de la criatura sino que también le había dado un baño y un buen cepillado. Gurgi parecía llevar encima sólo la mitad de hojas y ramitas que de costumbre. Además, al ensillar a Melyngar, Tara se encontró con que Medwyn había llenado las alforjas de comida, incluyendo en ellas capas bien gruesas para todos ellos.

El anciano llamó a los viajeros para que se reuniesen a su alrededor y tomó asiento en el suelo.

-Los ejércitos del Rey con Cuernos se hallan ahora a un día de marcha por delante de vosotros -dijo-, pero si seguís los senderos que voy a revelaros y os movéis con rapidez, podéis recuperar el tiempo que habéis perdido. Incluso es posible que lleguéis a Caer Dathyl un día, y puede que dos, antes que ellos. Sin embargo, os advierto que los caminos de la montaña no son fáciles. Si lo preferís, os llevaré a un sendero que os conducirá de nuevo al valle del Ystrad.

-Entonces estaríamos siguiendo al Rey con Cuernos -dijo Taran-. Habría menos oportunidad de alcanzarle y también mucho peligro.

-No penséis que las montañas no son peligrosas -dijo Medwyn-. Aunque se trate de un peligro de una naturaleza distinta.

-¡Un Fflam se crece ante el peligro! -gritó el bardo-. Ya sean las montañas o las huestes del Rey con Cuernos, nada temo... no mucho, al menos -se apresuró a añadir.

-Nos arriesgaremos con las montañas -dijo Taran.

-Por una vez -le interrumpió Eilonwy-, has decidido lo correcto. Es seguro que las montañas no van a arrojarnos lanzas, no importa lo peligrosas que sean. Realmente, creo que estás mejorando.

-Entonces, escuchadme con atención -ordenó Medwyn.

Librodot

A medida que hablaba, sus manos se movían diestramente sobre la blanda tierra que había ante él, moldeando un pequeño modelo de las montañas, que Taran halló más fácil de seguir que los mapas garabateados por Fflewddur. Cuando terminó y los arreos y armas de los viajeros estuvieron bien sujetos a grupas de Melyngar, Medwyn guió al grupo hasta la salida del valle. A pesar de toda la atención que pudiese poner observando cada tramo del camino, Taran sabía que el sendero hacia el valle de Medwyn se le escaparía tan pronto como el anciano les dejase.

Un poco después Medwyn se detuvo.

-Vuestro camino se halla hacia el norte -dijo-, y aquí debemos separarnos. Y tú, Taran de Caer Dallben... si has escogido con sabiduría, tu propio corazón te lo hará saber. Puede que volvamos a encontrarnos, y entonces me lo contarás. Hasta ese momento, adiós.

Antes de que Taran pudiese dar la vuelta y expresarle su agradecimiento a Medwyn, el hombre de la barba blanca había desaparecido, como si se lo hubiesen tragado las colinas; y los viajeros se encontraron solos sobre una meseta rocosa barrida por los vientos.

-Bien -dijo Fflewddur, enderezando el arpa que llevaba colgada a la espalda-, no sé por qué, pero tengo la sensación de que si encontramos más lobos, sabrán que somos amigos de Medwyn.

El primer día de marcha fue menos difícil de lo que Taran había temido. Esta vez fue él quien encabezó el grupo, pues el bardo admitió -después de que se hubiesen roto algunas cuerdas del arpa- que había sido incapaz de retener en su memoria todas las indicaciones de Medwyn.

Treparon a buen paso hasta largo tiempo después de que el sol hubiese empezado a hundirse en dirección al oeste y, aunque el terreno era abrupto y escarpado, el sendero que Medwyn les había indicado se destacaba claramente ante sus ojos. Arroyuelos de montaña, de aguas frías y limpias, formaban líneas ondulantes de plata brillante al bajar danzando por las laderas hacia las lejanas tierras del valle. El aire era tonificante, aunque tenía un toque de frío que a los viajeros les hizo agradecer las capas que Medwyn les había entregado.

Taran les indicó que hiciesen un alto en una prolongada hendidura protegida del viento. Habían avanzado mucho durante el día, mucho más de lo que habían esperado, y no vio razón para agotarse andando a marchas forzadas durante la noche. Atando las bridas de Melyngar a uno de los achaparrados árboles que crecían en las alturas, los viajeros instalaron su campamento. Dado que ya no había peligro por parte de los Nacidos del Caldero, y que las huestes del Rey con Cuernos se movían bastante por debajo y al oeste del grupo, Taran creyó que podían encender una hoguera sin ningún temor. Las provisiones de Medwyn no requerían el fuego, pero las llamas les calentaron, dándoles ánimos. Cuando las sombras de la noche descendieron desde los picachos, Eilonwy encendió su esfera dorada depositándola en el hueco formado por una roca caída.

Gurgi, que no había emitido ni un sólo gemido o gruñido durante esa parte del viaje, trepó a un peñasco y empezó a rascarse con fruición; aunque, después del baño y el cepillado de Medwyn, era más por costumbre que por otra cosa. El bardo, tan flaco como de costumbre a pesar de las enormes cantidades de comida que había tragado, se dedicó a reparar las cuerdas de su arpa.

-Has llevado esa arpa desde que te encontramos por primera vez -dijo Eilonwy- y no la has tocado ni una sola vez. Eso es como decirle a alguien que quieres hablar con él y, cuando se ponen a escucharte, quedarte callado.

-Mal podías esperar que fuese entonando cancioncillas con esos guerreros del Caldero siguiéndonos -dijo Fflewddur-. No me parecía apropiado. Pero..., un Fflam está siempre dispuesto a complacer, así que si realmente tienes ganas de oírme tocar... - añadió, pareciendo a la vez encantado y turbado.

Acunó el instrumento con uno de sus brazos y, casi antes de que sus dedos tocasen las cuerdas, una delicada melodía, tan hermosa como la misma curvatura del arpa, se alzó de ella

como una voz que cantase sin palabras.

Para los oídos de Taran la melodía tenía sus propias palabras, entretejiendo una hebra esbelta y flexible entre las notas que se alzaban en ella. El hogar, el hogar, cantaban; y más allá de las propias palabras, de un modo tan fugaz que le era imposible estar seguro de ellos, se encontraban los campos y huertos de Caer Dallben, las doradas tardes del otoño y las crujientes mañanas invernales con la rosada luz del sol sobre la nieve.

El arpa se quedó silenciosa. Fflewddur seguía sentado con la cabeza muy cerca de las cuerdas, una curiosa expresión en su flaco rostro.

Bueno, eso fue toda una sorpresa -dijo finalmente el bardo-. Había planeado algo más animado, el tipo de cosa que siempre le encanta a mi jefe de guerreros para darnos un poco de coraje, ya me entendéis. La verdad es -admitió con un leve desánimo en la voz- que no sé en realidad lo que voy a tocar nunca. Mis dedos se mueven, pero a veces pienso que el arpa toca por sí sola.

«Quizá -continuó Fflewddur-, por eso creyó Taliesin que estaba haciéndome un favor cuando me la entregó. Porque cuando fui hasta el Consejo de los Bardos para mi examen, tenía un viejo trasto que se había dejado olvidado un trovador y apenas si pude hacer más que tararear algunas canciones. Sin embargo, un Fflam jamás le examina los dientes a un caballo regalado o, como debería decir en este caso, un arpa.

-Era una melodía triste -dijo Eilonwy-. Pero lo extraño es que la tristeza no te importa. Es como sentirse mejor después de haber llorado un buen rato. Me hizo pensar de nuevo en el mar, aunque no he estado allí desde que era una niña pequeña. -Al oír eso, Taran lanzó un bufido, pero Eilonwy no le prestó atención-. Las olas rompían en los acantilados convirtiéndose en remolinos de espuma y a lo lejos, hasta allí donde alcanzaba la vista, estaban las crestas blancas, los Caballos Blancos de Llyr, así los llaman; pero en realidad no son más que olas esperando su turno de acercarse a la costa.

-¡Qué extraño! -dijo el bardo-, personalmente, yo pensaba en mi castillo. Es pequeño y está lleno de corrientes de aire, pero me gustaría verlo de nuevo; una persona puede hartarse de vagabundear, ya sabéis. Me hizo pensar en que incluso podría volver a establecerme en un sitio y tratar de ser un rey respetable.

-Caer Dallben está más cerca de mi corazón -dijo Taran-. Cuando me marché, nunca había pensado demasiado en él. Ahora pienso mucho.

Gurgi, que había estado escuchando en silencio, lanzó un prolongado aullido.

-Sí, sí, pronto los grandes guerreros estarán en sus salones todos vestidos de negro, contando sus historias con risas y chanzas. Y entonces para el pobre Gurgi estará de nuevo el bosque temible, para tender su tierna cabeza entre ronquidos y bufidos.

-Gurgi -dijo Taran-, te prometo que te llevaré a Caer Dallben, si es que alguna vez vuelvo allí. Y si te gusta, y si Dallben está de acuerdo, puedes quedarte ahí todo el tiempo que quieras.

-¡Qué alegría! -gritó Gurgi-. El honesto y trabajador Gurgi presenta sus agradecimientos y sus mejores deseos. Oh, sí, el cariñoso y obediente Gurgi se afanará...

-Por el momento, mejor haría el obediente Gurgi en dormir -aconsejó Taran-, y eso deberíamos hacer todos. Medwyn nos ha encaminado en buena dirección y ya no podemos tardar mucho. Partiremos de nuevo con el amanecer.

Pero por la noche se alzó un vendaval y a la mañana siguiente una lluvia torrencial azotaba la hendidura. En vez de irse debilitando, el viento cobró fuerza y soplaba aullando por encima de las rocas. Parecía golpear con puños invisibles el refugio de los viajeros, tanteando luego con sus dedos como si quisiese apoderarse de ellos y precipitarlos al valle.

Pese a todo, se pusieron en marcha, tapándose el rostro con las capas. Para empeorar las cosas el sendero desapareció por completo y ante ellos se alzaron desnudos acantilados. La lluvia cesó cuando los viajeros estaban ya empapados hasta los huesos, pero ahora las rocas se habían vuelto resbaladizas y traidoras. Incluso la siempre segura Melyngar tropezó una vez y, por un instante, Taran contuvo el aliento temiendo que fuese a despeñarse.

Las montañas describían un semicírculo alrededor de un lago negro y de aspecto triste cubierto de amenazadores nubarrones. Taran hizo un alto en un promontorio rocoso y señaló hacia las colinas al otro extremo del lago.

-Según lo que nos contó Medwyn -le dijo al bardo-, deberíamos dirigirnos hacia ese paso. Pero me parece inútil ir siguiendo las montañas cuando casi podemos ir en línea recta. La costa del lago, al menos, es llana, en tanto que aquí se está haciendo prácticamente imposible trepar.

Fflewddur se frotó su puntiaguda nariz.

-Incluso contando el tiempo que tardaríamos en bajar y subir de nuevo, creo que podríamos ahorrar varias horas. Sí, decididamente creo que vale la pena intentarlo.

-Medwyn no dijo nada sobre cruzar valles -repuso Eilonwy.

-No dijo nada de acantilados como éstos -contestó Taran-. A él no deben parecerle nada del otro mundo; ha vivido aquí mucho tiempo. Para nosotros, son otra cosa.

-Si no escuchas lo que te dicen -señaló Eilonwy-, es como si te metieses los dedos en las orejas y saltases a un pozo. Para un Aprendiz de Porquerizo que ha viajado muy poco, de pronto resulta que lo sabes todo sobre el asunto.

-¿Quién encontró el camino para salir del túmulo? -le replicó Taran-. Está decidido. Cruzaremos el valle.

El descenso fue arduo, pero una vez llegaron a terreno llano, Taran estuvo cada vez más convencido de que ahorrarían tiempo. Sosteniendo las riendas de Melyngar, condujo al grupo a lo largo de la angosta franja de la orilla. El lago se extendía casi hasta el pie de las colinas, obligando a Taran a ir vadeando las aguas. Se dio cuenta de que el lago no parecía negro porque reflejase el cielo; las mismas aguas eran negras, inmóviles, adustas y pesadas como si fuesen de hierro. Así mismo, el fondo era traicionero como lo habían sido las rocas en la montaña. Pese a todo su cuidado, Taran tropezó y estuvo a punto de caer en el agua. Cuando se giró para advertir a los demás, vio, para su sorpresa, que Gurgí se había metido en el agua hasta la cintura y que iba en dirección al centro del lago. Fflewddur y Eilonwy, igualmente, se estaban alejando, entre chapoteos, más y más de la orilla.

-No os metáis en el agua -gritó Taran-. ¡Manteneos junto a la orilla!

-Ojalá pudiésemos -fue el grito de respuesta del bardo-. Pero estamos atrapados, no sé cómo. Algo tira de nosotros con una fuerza terrible...

Un instante después, Taran entendió a qué se refería el bardo. Una ola inesperada le hizo perder pie y cuando ya caía, extendiendo las manos para protegerse, el lago negro le absorbió. Junto a él Melyngar pataleaba y relinchaba. El cielo giró sobre su cabeza. Estaba siendo arrastrado como una ramita en un torrente. Eilonwy pasó velozmente a su lado. Intentó recuperar el equilibrio y agarrarla. Era demasiado tarde. Pataleando, logró salir a la superficie. Taran pensó que la otra orilla les detendría, mientras luchaba por mantener la cabeza por encima de las olas. Un rugido llenaba sus oídos. El centro del lago era un remolino que le aferraba hundiéndole hacia las profundidades. Las negras aguas se cerraron sobre él y supo que se estaba ahogando.

15 - El rey Eiddileg

Se fue hundiendo, trazando círculos, luchando en busca de aire, perdido entre un oleaje que caía sobre él como una montaña que se derrumba. Las aguas le arrastraron cada vez más rápido, lanzándole ora a la derecha ora a la izquierda. Taran chocó con algo, no pudo saber de qué se trataba, pero se agarró al objeto en el mismo instante en que empezaban a abandonarle las fuerzas. Hubo un estruendo, como si la tierra se hubiese hendido; el agua se convirtió en espuma y Taran sintió que era arrojado contra un muro inconmovible. No se acordó de nada más.

Cuando abrió los ojos estaba tendido sobre una superficie dura y lisa, su mano agarrando con fuerza el arpa de Fflewddur. Oía junto a él el estruendo del agua.

Cautelosamente tanteó a su alrededor; sus dedos tocaron sólo piedras lisas y mojadas, alguna especie de muelle. Una luz azul pálido brillaba en lo alto. Taran decidió que había ido a parar a una especie de gruta o caverna. Se incorporó y su movimiento hizo sonar las cuerdas del arpa.

-¡Eh! ¿Quién anda ahí?

Una voz resonó a lo lejos en el muelle. Aunque era muy débil, Taran la reconoció como perteneciente al bardo. Se puso en pie trabajosamente y avanzó como pudo en dirección al sonido. Por el camino tropezó con una forma confusa, que de pronto se puso a hablar indignada.

-Lo has hecho muy bien con tus atajos, Taran de Caer Dallben. Lo poco que queda de mí está empapado hasta los huesos, y no puedo encontrar mi juguete... Oh, aquí está, mojado, por supuesto. ¿Y quién sabe lo que ha sido del resto de nosotros?

La luz dorada brilló tenuemente revelando el rostro goteante de Eilonwy, sus ojos azules brillando de enfado.

Gurgi, una sombra velluda y balbuceante, se les acercó.

-¡Oh, mi pobre y tierna cabeza está llena de ahogos y remojos!

Un instante después, Fflewddur les había encontrado. Melyngar, que le seguía, lanzó un relincho.

-Creí oír mi arpa por aquí -dijo el bardo-. Al principio no pude creerlo. Jamás esperé volverla a ver. Pero... ¡un Fflam jamás desespera! Ha sido todo un golpe de suerte.

-Yo creí que nunca más volvería a ver nada -dijo Taran, tendiéndole el instrumento a Fflewddur-. Hemos sido arrastrados por las aguas hasta una especie de cueva; pero no es una cueva natural. Mirad esas losas.

-Si mirases a Melyngar -exclamó Eilonwy-, verías que todas nuestras provisiones han desaparecido. ¡Y todas nuestras armas también, a causa de tu maravilloso atajo!

Era cierto. Las correas se habían partido y la silla de montar había sido arrastrada por el remolino. Por fortuna, todos ellos seguían teniendo sus espadas.

-Lo siento -dijo Taran-. Admito que nos hallamos aquí por mi culpa. No debí seguir este camino, pero lo hecho. hecho está. Os he traído hasta aquí, y encontraré un camino para salir.

Examinó el lugar en que se encontraban. El rugido del agua procedía de un ancho canal por el que discurría velozmente la corriente. El muelle era mucho más grande de lo que había creído al principio. Luces de varios coloro brillaban en las grandes arcadas. Se volvió nuevamente hacia sus compañeros.

-Esto es muy raro. Parece que estemos muy hondo, pero esto no es el fondo del lago...

Antes de que pudiese pronunciar otra palabra, fue agarrado por la espalda y le taparon la cabeza con un saco que olía fuertemente a cebollas. Eilonwy lanzó un grito y luego algo ahogó su voz. Taran era empujado y arrastrado en dos direcciones al mismo tiempo. Gurgi empezó a lanzar gritos de furia.

-¡Aquí! ¡Coge a ése! -exclamó una voz bronca.

-¡Cógele tú! ¿No puedes ver que tengo las manos ocupadas?

Taran lanzó un golpe. Una bola sólida y redonda que debía de ser la cabeza de alguien se estrelló en su estómago. Oyó ruidos de golpes filtrados a través de la oscuridad con olor a cebolla que le rodeaba. Debían ser de Eilonwy. Ahora le gritaban... y se gritaban entre sí.

-¡Por ahí, aprisa!

-¡Estúpido, no les quitaste las espadas!

Después de esto, se oyó otro chillido que procedía de Eilonwy, el ruido de lo que podría haber sido una patada y un instante de silencio posterior.

-Está bien, que se queden las espadas. ¡Tú tendrás la culpa, dejando que se acerquen al rey Eiddileg con armas!

A empujones, Taran fue conducido a través de lo que parecía un numeroso gentío. Todo el mundo hablaba a la vez; el estruendo era ensordecedor. Después de dar muchas vueltas, volvió a ser empujado hacia adelante. Una pesada puerta se cerró a sus espaldas con un

chasquido; el saco de cebollas fue bruscamente arrancado de su cabeza.

Taran pestañeó deslumbrado. Se hallaba, junto con Fflewddur y Eilonwy, en el centro de una estancia abovedada en la que destellaban muchas luces. Gurgi no aparecía por ningún lado. Sus captores eran una media docena de guerreros rechonchos, de piernas cortas y cuerpo achaparrado. Llevaban hachas colgando del cinto y cada hombre tenía un arco y una aljaba de flechas al hombro. El ojo izquierdo del guerrero bajo y fornido que se hallaba junto a Eilonwy se estaba volviendo de un color verde negruzco.

Ante ellos, sentado ante una larga mesa de piedra, una pequeña figura con una revuelta barba amarilla lanzaba miradas furibundas a los guerreros. Llevaba una túnica de un vivo color rojo y verde.

-¿Qué es esto? -gritó-. ¿Quiénes son éstos? ¿Acaso no di órdenes de no ser molestado?

-Pero Majestad -empezó a decir uno de los guerreros, moviéndose inquieto-, les cogimos...

-¿Tienes que aburrirme con detalles? -chilló el rey Eiddileg, dándose una palmada en la frente-. ¡Vas a ser mi ruina! ¡Causarás mi muerte! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡No, los prisioneros no, vosotros, idiotas!

Agitando la cabeza, murmurando y suspirando, el rey se derrumbó en un trono tallado en la roca. Los guardias se apresuraron a escabullirse. El rey Eiddileg miró con furia a Taran y sus compañeros.

-Bueno, ahora, adelante. ¿Qué es lo que queréis? Podéis enteraros por anticipado que no vais a conseguirlo -dijo Eiddileg.

-Alteza -empezó a decir Taran-, sólo pedimos que se nos deje pasar sanos y salvos por vuestro reino. Nosotros cuatro...

-Sólo sois tres -le cortó el rey Eiddileg-. ¿Es que no sabes contar?

-Uno de mis compañeros se ha perdido -dijo Taran con pena. Había esperado que Gurgi lograría dominar su miedo, pero no podía culpar a la pobre criatura por huir después de su ordalía en el torbellino-. Pido que vuestros servidores nos ayuden a encontrarle. Además, hemos perdido nuestras armas y provisiones...

-¡Todo eso son tonterías! -gritó el rey-. No me mientas, no puedo aguantarlo. -Se sacó un pañuelo color naranja de la manga y se limpió la frente con él-. ¿Por qué habéis venido aquí?

-Porque un Aprendiz de Porquerizo nos condujo por mal camino -repuso Eilonwy-. Ni tan siquiera sabemos dónde estamos, así que aún menos el porqué. Es peor que caer rodando por una colina en la oscuridad.

-Naturalmente -dijo Eiddileg, su voz rezumando sarcasmo-. No tenéis ni idea de que os encontráis en el mismo corazón del Reino de Tylwyth Teg, el Pueblo Rubio, la Familia Feliz, el Pequeño Pueblo o cualquier otro de los insípidos e irritantes nombres que nos habéis impuesto. Oh, no, claro que no. Pasabais casualmente por aquí.

-Quedamos atrapados en el lago -protestó Taran-. Tiró de nosotros haciendo que nos hundiésemos.

-Buen truco, ¿eh? -contestó el rey Eiddileg, con una rápida sonrisa de orgullo-. Naturalmente, yo lo he mejorado un poco.

-Si tantos deseos tenéis de alejar a los visitantes -dijo Eilonwy-, deberíais tener algo mejor... algo que dejase a la gente fuera. -Cuando la gente se acerca tanto -respondió Eiddileg-, están ya demasiado cerca. En ese punto, no los queremos fuera. Los queremos dentro.

Fflewddur meneó la cabeza.

-Siempre tuve entendido que el Pueblo Rubio estaba extendido por todo Prydain, no sólo aquí.

-Por supuesto, no sólo aquí -dijo Eiddileg con impaciencia-. Esta es la sede real. Pero es bien cierto que tenemos túneles y minas en todos los lugares que podáis imaginar. Pero la

obra auténtica, el verdadero trabajo de organización está aquí, justo aquí, en este mismo punto... en esta misma sala del trono. ¡Sobre mis espaldas! Es demasiado, os digo que es demasiado. Pero, ¿en quién puedes confiar? Si quieres que algo se haga bien... -El rey se detuvo bruscamente y sus dedos enjoyados tamborilearon sobre la mesa de piedra-. No es asunto vuestro -dijo-. Ya estáis metidos en bastantes apuros. Eso no puede dejarse de lado.

-No veo que se haga ningún trabajo aquí -dijo Eilonwy.

Antes de que Taran pudiese advertir a Eilonwy de que no cometiese imprudencias, la puerta de la sala del trono se abrió de golpe y por ella entró un tropel de gente. Cuando se acercaron, Taran vio que no todos eran enanos; algunos eran altos y delgados, vestidos de blanco; otros estaban cubiertos de relucientes escamas, cual peces; por último, otros tenían grandes y delicadas alas que nunca se estaban del todo quietas. Por unos momentos Taran sólo oyó un tumulto de voces, gritos enfadados y discusiones, con Eiddileg tratando de imponerse a gritos por encima de todo el estruendo. Finalmente, el rey se las arregló para echarlos nuevamente a todos.

-¿Que no se está haciendo trabajo alguno? -gritó-. No aprecias todo lo que va implícito en él. Los Hijos del Atardecer, ése es otro ridículo nombre que se os ha ocurrido a los humanos, han de cantar esta noche en el bosque de Cantrev Mawr. No han podido ni tan siquiera ensayar. Dos están enfermos y a un tercero no hay modo de encontrarle.

»Los Espíritus del Lago se han estado peleando todo el día; ahora están de mal humor. Su caballo es un desastre. ¿Y sobre quién recae todo eso? ¿Quién tiene que animarles, halagarles y pedirles las cosas de rodillas? La respuesta es obvia.

»¿Y qué agradecimiento obtengo por ello? -prosiguió el rey Eiddileg desgranando su rosario de quejas-. ¡Ni el más mínimo! ¿Es que acaso ni una sola vez, alguno de vosotros, larguiruchos bobalicones, se ha tomado la molestia, ni una sola vez, fijaros bien, de ofrecerme la más sencilla muestra de agradecimiento, tal como, "Gracias, rey Eiddileg, por el tremendo esfuerzo y las incomodidades que habéis debido soportar para que nosotros podamos disfrutar de un poco de belleza y hechizo en el mundo superior; que sería tan indeciblemente lúgubre sin vos y vuestro Pueblo Rubio"? ¿Solamente unas cuantas palabras de honesto aprecio y valoración?

»¡Ni una! ¡Todo lo contrario! Si alguna vez uno de vosotros, grandullones cabezotas, se tropieza en el mundo superior con alguien del Pueblo Rubio, ¿qué sucede? ¡Le cogéis! Le aferráis con vuestras manazas parecidas a jamones y tratáis de obligarle a que os conduzca hasta algún tesoro escondido. O le exprimís bien exprimido hasta conseguir sacarle tres deseos... nada de satisfacerse con uno, ¡qué va! ¡Han de ser tres! «Bien, no me importa decíroslo -prosiguió Eiddileg, el rostro más rojo a cada instante que pasaba-, he puesto fin a tanto conceder deseos y encontrar tesoros enterrados. ¡Se acabó! ¡Me sorprende que no nos hayáis arruinado hace mucho tiempo!

En ese mismo instante un coro de voces se alzó detrás de la puerta de la sala del trono de Eiddileg. Los armoniosos sonidos atravesaban incluso los gruesos muros de piedra. Nunca en su vida había oído Taran un canto tan bello. Lo escuchó fascinado, olvidándose por el momento de todo lo que no fuese aquella alada melodía. Incluso Eiddileg dejó de chillar y resoplar hasta que las voces callaron de nuevo.

-Eso es algo digno de ser agradecido -dijo finalmente el rey-. Evidentemente, los Hijos del Atardecer han logrado llegar a un acuerdo. No es tan bueno como sería de desear, pero ya se las arreglarán.

-No había oído las canciones del Pueblo Rubio hasta ahora -dijo Taran-. Jamás me había dado cuenta de lo hermosas que eran.

-No trates de halagarme -gritó Eiddileg, intentando parecer furioso pero, al mismo tiempo, radiante de placer.

-Lo que me sorprendió -dijo Eilonwy, mientras que el bardo pulsaba meditabundo las cuerdas de su arpa, tratando de captar nuevamente las notas de la canción-, es que os tomaseis tanto trabajo. Si vuestro Pueblo Rubio no aprecia a la gente de arriba como nosotros, ¿por qué

tanta molestia?

-Orgullo profesional, mi querida niña -dijo el Rey Enano, llevándose una gordezuela mano al corazón y haciendo una profunda reverencia-. Cuando nosotros, los del Pueblo Rubio, hacemos algo, lo hacemos bien. Oh, sí -suspiró-, no importan los sacrificios que debamos realizar. Es una labor que debe hacerse y, por lo tanto, la llevamos a cabo. No importa el precio. En cuanto a mi persona -añadió, con un gesto de la mano-, nada importa. He perdido el sueño, he adelgazado, pero eso carece de importancia...

Si el rey Eiddileg había perdido peso, pensó Taran, ¿cómo habría estado antes? Decidió que lo mejor sería no preguntarlo.

-Bueno, pues yo lo aprecio -dijo Eilonwy-. Creo que lo que habéis podido hacer es asombroso. Debéis ser extremadamente inteligente, y si por casualidad se hallase en esta sala del trono un Aprendiz de Porquerizo haría bien en darse cuenta de ello.

-Gracias, querida muchacha -dijo el rey Eiddileg, inclinándose aún más-. Veo que eres la clase de persona a la que uno puede hablar de modo inteligente. Que uno de vosotros, patanes vagabundos, sea capaz de apreciar estas cosas es algo inaudito. Pero, al menos, tú pareces entender los problemas a los que debemos enfrentarnos.

-Alteza -le interrumpió Taran-, comprendemos que vuestro tiempo es precioso. No permitáis que os molestemos más. Dadnos un salvoconducto hasta Caer Dathyl.

-¿Qué? -chilló Eiddileg-. ¿Salir de aquí? ¡Imposible! Jamás se ha oído nada parecido! Mi buen muchacho, una vez que has encontrado al Pueblo Rubio te quedas, y se acabó. Oh, supongo que podría ser indulgente en atención a la joven dama, y dejar que salieseis bien librados. Aunque también puedo haceros dormir cincuenta años, o convertiros a todos en murciélagos; pero, entendedlo bien, eso sería por haceros un favor.

-Nuestra misión es muy urgente -exclamó Taran-. Ya nos hemos retrasado demasiado.

-Eso es problema vuestro, no mío -dijo Eiddileg, encogiéndose de hombros.

-Entonces, tendremos que abrirnos paso -gritó Taran, desenvainando su espada.

La hoja de Fflewddur saltó igualmente de su vaina y el bardo se puso junto a Taran, dispuesto al combate.

-Aún más tonterías -dijo el rey Eiddileg, contemplando despectivo las espadas blandidas ante él. Movió los dedos hacia ellas-. ¡Toma! ¡Y toma! Ahora, probad a mover los brazos.

Taran puso en tensión cada uno de sus músculos. Le pareció que su cuerpo se había convertido en piedra.

-Apartad vuestras espadas y hablemos de esto con calma -dijo el Rey Enano, haciendo nuevamente un gesto-. Si me dais alguna razón decorosa para dejaros marchar, puede que lo piense otra vez y os responda con prontitud, digamos que en uno o dos años.

Taran vio que era inútil ocultar las razones de su viaje; le explicó a Eiddileg todo lo que les había sucedido. El Rey Enano se calló por completo al ser mencionado Arawn pero, cuando Taran terminó, el rey meneó la cabeza, -Torpes grandullones, este es un conflicto que debéis resolver por vosotros mismos. El Pueblo Rubio no es aliado vuestro ni vasallo -dijo irritado-. Prydain nos perteneció antes de que surgiera la raza de los hombres. Vosotros nos hicisteis bajar a las profundidades. ¡Vosotros, patanes campesinos, saqueasteis nuestras minas! Nos robasteis los tesoros y aún seguís haciéndolo, torpes grandullones...

-Alteza -respondió Taran-, no puedo hablar por hombre alguno salvo por mí mismo. Jamás os he robado y no tengo ningún deseo de hacerlo. Mi tarea tiene más significado para mí que vuestros tesoros. Si hay enemistad entre el Pueblo Rubio y la raza de los hombres, ese es un asunto que deben solventar entre ellos. Pero si el Rey con Cuernos triunfa, si la sombra de Annuvin cae sobre la tierra que está por encima vuestro, la mano de Arawn se extenderá hasta vuestras cavernas más profundas.

-Para ser un Aprendiz de Porquerizo -dijo Eiddileg-, eres bastante elocuente. Pero el Pueblo Rubio se preocupará de Arawn cuando llegue el momento.

-El momento ha llegado -dijo Taran-. Mi única esperanza es que aún no haya pasado.

-Creo que en realidad no sabéis lo que está ocurriendo arriba -exclamó de repente

Eilonwy-. Habláis de belleza, de encanto y de sacrificaros haciendo que las cosas sean agradables para la gente. Creo que todo eso no os importa en lo más mínimo. Sois demasiado tozudo, egoísta y engreído...

-¡Engreído! -gritó Eiddileg, los ojos a punto de saltarle de las órbitas-. ¡Egoísta! No encontrarás a nadie que sea más generoso y de corazón más abierto. ¿Cómo te atreves a decir eso? ¿Qué quieres acaso, mi sangre? -Con tales palabras se arrancó la capa lanzándola al aire, se sacó los anillos de los dedos y los arrojó en todas direcciones-. ¡Adelante! ¡Llévatelo todo! ¡Arruíname! ¿Qué más quieres..., todo mi reino? ¿Quieres irte? ¡Pues anda, márchate! ¡Cuanto más pronto mejor! ¿Tozudo? ¡Demasiado blando, eso es lo que soy! ¡Y eso será mi muerte! ¡Ah, pero qué poco os importa!

En ese momento la puerta de la sala del trono volvió a abrirse bruscamente. Dos guerreros enanos agarraban frenéticamente a Gurgí, el cual los zarandeaba como si fuesen conejos.

-¡Alegres saludos! ¡El fiel Gurgi ha vuelto con los poderosos héroes! ¡Esta vez el valeroso Gurgi no salió corriendo! ¡Oh, no, no! El bravo Gurgi luchó con grandes golpes y porrazos. ¡Y triunfó! Pero, en ese momento, se llevaron a los poderosos señores. Y el inteligente Gurgi los ha buscado, espiando y atisbando, para salvarles, ¡sí! ¡Y los ha encontrado!

«Pero eso no es todo. Oh, el fiel, honesto e intrépido Gurgi ha encontrado algo más. Sorpresas y deleites, ¡oh, alegría! -Gurgi estaba tan emocionado que empezó a bailotear sobre un solo pie, haciendo piruetas y dando palmadas-. ¡Los poderosos guerreros andan buscando una cerdita! ¡Y es el listo y hábil Gurgi quien la encuentra!

-¿Hen Wen? -exclamó Taran-. ¿Dónde está?

-Aquí, poderoso señor -gritó Gurgi-, ¡la cerdita está aquí!

16 - Doli

Taran se volvió hacia el rey Eiddileg, mirándole de modo acusatorio.

-No dijisteis nada de Hen Wen.

-No me lo preguntasteis -contestó Eiddileg.

-Eso es jugar sucio -murmuró Fflewddur-, incluso siendo rey.

-Es peor que una mentira -dijo Taran enfadado-. Nos habríais dejado marchar, y nunca habríamos sabido lo que le sucedió.

-Deberíais estar avergonzado -dijo Eilonwy, amenazando con su dedo al rey, que parecía sentirse muy incómodo al haber sido descubierto-. Es como desviar la vista cuando alguien va a caerse por un agujero.

-Lo que uno encuentra, uno se lo queda -respondió con brusquedad el Rey Enano- . Una patrulla del Pueblo Rubio la encontró cerca de las orillas del Avren. Estaba corriendo por un desfiladero. Y os diré algo que no sabéis. Media docena de guerreros andaban siguiéndola, los esbirros del Rey con Cuernos. Mis tropas se encargaron de esos guerreros, pues tenemos nuestros propios medios de tratar con vosotros, atontados, trayendo a vuestra cerda hasta aquí, la mayor parte del camino por debajo de tierra.

-No me extraña que Gwydion no pudiese encontrar sus huellas -se dijo Taran a sí mismo.

-El Pueblo Rubio la rescató -prosiguió irritado Eiddileg, cada vez más enrojecido-, y ahí tenéis otro buen ejemplo. ¿Acaso recibo ni una palabra de agradecimiento? Naturalmente que no. Pero consigo que me digan cosas desagradables y que me echen en cara epítetos feísimos. Oh, puedo verlo en vuestros rostros. Eiddileg es un ladrón y un miserable... eso es lo que os decís a vosotros mismos. Bueno, pues a causa de eso no os la devolveré. Y os quedaréis aquí, todos vosotros, hasta que me venga en gana dejaros marchar.

Eilonwy se quedó boquiabierta de indignación. -Si hacéis eso -gritó-, ¡entonces sí que seréis un ladrón y un miserable! Me disteis vuestra palabra.

Y el Pueblo Rubio nunca se vuelve atrás en sus promesas. -No se mencionó a ninguna cerda. -Eiddileg cruzó las manos encima de su barriga y cerró firmemente los labios.

-No -dijo Taran- no se la mencionó. Pero hay algo llamado honradez y sinceridad.

Eiddileg pestañeó y miró de soslayo. Sacó de nuevo su pañuelo color naranja y volvió a secarse la frente.

-Honradez -murmuró-, sí, me temía que acabaríamos llegando a eso. Cierto, el Pueblo Rubio jamás rompe sus promesas. Bien -suspiró-, ese es el precio por ser generoso y tener un corazón desprendido. Que así sea. Tendréis a vuestra cerda.

-Necesitamos armas para reemplazar a las que perdimos -dijo Taran.

-¿Qué? -chilló Eiddileg-. ¿Tratáis acaso de arruinarme?

-¡Y morder y mascar! -trinó alegremente Gurgi.

Taran asintió.

-Y provisiones, también.

-Eso es ir demasiado lejos -gritó Eiddileg-. ¡Me estáis chupando la sangre! ¡Armas! ¡Provisiones! ¡Cerdos!

-Y os rogamos un guía que nos enseñe el camino hasta Caer Dathyl.

Eiddileg estuvo a punto de explotar. Cuando, finalmente, logró calmarse, asintió con reticencia.

-Os prestaré a Doli -dijo-. Es el único del que puedo prescindir. -Dio una palmada e impartió algunas órdenes a los enanos provistos de armas, volviéndose luego hacia los prisioneros-. Marchaos ahora, antes de que cambie de opinión.

Eilonwy se acercó rápidamente al trono, se inclinó y besó a Eiddileg en la frente.

-Gracias -susurró-, sois un rey de lo más encantador.

-¡Fuera! ¡Fuera! -chilló el Rey Enano.

Mientras la puerta de piedra se cerraba a sus espaldas, Taran vio al rey Eiddileg acariciándose la frente, con el rostro resplandeciendo de felicidad.

Una tropa del Pueblo Rubio condujo a los viajeros a lo largo de los corredores abovedados. En un principio Taran había supuesto que el reino de Eiddileg no era más que un laberinto de galenas subterráneas. Para su asombro, los corredores no tardaron en hacerse más anchos, convirtiéndose en grandes avenidas. En las grandes cúpulas que se alzaban sobre sus cabezas destellaban las joyas con un resplandor semejante al del sol. No había hierba, pero sí hondas extensiones de verde liquen que parecían praderas. Y había lagos azules, cuyo resplandor igualaba al de las joyas en lo alto; y cabañas, y pequeñas granjas. A Taran y a sus compañeros les costaba mucho acordarse de que seguían estando bajo tierra.

-He estado pensando -susurró Fflewddur-, que podría ser más inteligente dejar a Hen Wen aquí, hasta que podamos volver a buscarla.

-Yo también lo había pensado -respondió Taran-. No es que no confíe en que Eiddileg mantendrá su palabra... bueno, sólo un poco. Pero no estoy seguro de que debamos volver a arriesgarnos con el lago y dudo de que podamos encontrar otra entrada a su reino. Me temo que no va a facilitarnos el regreso. No, debemos llevarnos a Hen Wen mientras tenemos la oportunidad. Una vez que esté nuevamente conmigo, de seguro que no volveré a perderla de vista.

De pronto sus guías del Pueblo Rubio se detuvieron ante una de las cabañas y, procedente de un bien cuidado aprisco, Taran oyó un potente «¡Oink!».

Echó a correr hacia la porqueriza. Hen Wen estaba allí, las patas delanteras sobre la valla, gruñendo con todas sus fuerzas.

Uno de los enanos abrió la puerta y la cerda blanca salió al galope, meneando la cola y chillando alegremente.

Taran rodeó con los brazos el cuello de Hen Wen.

-¡Oh, Hen! -gritó-. ¡Hasta Medwyn creyó que habías muerto!

-¡Hwch! ¡Hwaaw! -gorgoteó Hen Wen, feliz.

Sus ojillos relucían de alegría. Su gran hocico rosado frotó afectuosamente la barbilla de Taran y estuvo a punto de tirarle de espaldas.

-Parece una cerda magnífica -dijo Eilonwy, rascando a Hen Wen detrás de las orejas-. Siempre es bonito ver a dos amigos encontrarse de nuevo. Es como despertarse y ver que brilla el sol.

-Verdaderamente, es una cerda muy grande -dijo el bardo en tono aprobatorio-, aunque, también debo decirlo, muy hermosa.

-Y el inteligente, noble, bravo y sabio Gurgi la encontró.

-No temas -le dijo Taran con una sonrisa a Gurgi-, que no vamos a olvidarlo.

Trotando feliz sobre sus cortas patas, Hen Wen siguió a Taran en tanto que los del Pueblo Rubio cruzaban los campos hasta el lugar en que les aguardaba una fornida figura. El capitán de la tropa les anunció que era Doli, el guía que Eiddileg les había prometido. Doli, bajo y achaparrado, casi tan ancho como alto, llevaba un jubón de cuero de color rojizo y unas resistentes botas que le llegaban hasta la rodilla. Un gorro le cubría la cabeza, pero no lo bastante como para esconder una franja de cabellos de un llameante color rojizo. De su cinto colgaban un hacha y una espada corta y, al hombro, el grueso arco de los guerreros del Pueblo Rubio.

Taran le hizo una cortés reverencia. El enano se lo quedó mirando con un par de brillantes ojos rojizos y resopló. Luego, para sorpresa de Taran, Doli inspiró profundamente y retuvo el aliento hasta que el rostro se le volvió carmesí y pareció a punto de reventar. Unos instantes después, el enano dejó que se le deshinchasen las mejillas y volvió a resoplar.

-¿Qué ocurre? -preguntó Taran.

-Aún puedes verme, ¿verdad? -le contestó irritado Doli.

-Por supuesto, aún puedo verte -dijo Taran frunciendo el ceño-. ¿Por qué no debería verte?

Doli le lanzó una mirada despectiva y no contestó.

Dos miembros del Pueblo Rubio se acercaron trayendo a Melyngar. Taran, aliviado, vio que la palabra del rey Eiddileg era digna de confianza. Las alforjas estaban llenas de provisiones hasta rebosar y la yegua blanca transportaba así mismo un buen número de lanzas, arcos y flechas... cortas y pesadas, como lo eran todas las armas del Pueblo Rubio, pero fabricadas con gran cuidado y de enorme resistencia.

Sin decir una palabra más, Doli les indicó con un gesto que le siguieran a través del prado. Gruñendo y murmurando en voz baja, el enano les condujo hasta lo que parecía ser meramente la pared desnuda de un risco. Sólo al llegar junto a ella distinguió Taran los peldaños tallados en la misma piedra. Doli indicó con un gesto de la cabeza las escaleras y todos empezaron a subir por ellas.

Aquel camino del Pueblo Rubio era más abrupto y empinado que cualquiera de las montañas que habían atravesado. Melyngar luchaba por avanzar. Resoplando y jadeando, Hen Wen trepaba penosamente uno tras otro los peldaños. Las escaleras giraban una y otra vez; en un momento dado, la oscuridad era tal que los caminantes dejaron de verse entre sí. Algún tiempo después los escalones desaparecieron y el grupo se halló avanzando por un angosto sendero hecho con piedras hábilmente unidas entre sí. Por delante de ellos ondulaban cortinas de luz blanca y los viajeros terminaron hallándose detrás de una gran cascada. Uno tras otro saltaron por encima de las rocas que brillaban de la humedad, avanzaron chapoteando por un espumoso torrente y, al fin, emergieron al frío aire de las colinas.

Doli alzó la vista, bizqueando, para mirar al sol.

-No queda mucha luz diurna -musitó, con un aspecto aún más huraño que el del mismísimo rey Eiddileg-. No os penséis que voy a andar toda la noche reventándome las piernas. Ya os podéis imaginar que yo no pedí este trabajo. Me escogieron. Guiar un grupo de... ¡de qué! Un Aprendiz de Porquerizo. Un idiota de cabellera amarilla con un arpa. Una chica con una espada. Un lo-que-sea peludo. Y eso sin hablar del ganado. Lo más que podéis esperar es que no nos topemos con una auténtica partida de guerreros. Sin lugar a dudas, os

Librodot

harían picadillo. Ni uno de vosotros tiene el aspecto de saber manejar una espada. ¡Humph!

Ese discurso era el más largo de todos los que Doli había pronunciado desde que abandonaron el reino de Eiddileg y, pese a las poco halagadoras opiniones del enano, Taran esperó que, finalmente, acabaría mostrándose amistoso. Doli, sin embargo, había dicho todo lo que tenía intención de decir por el momento; más tarde, cuando Taran se atrevió a dirigirle la palabra, el enano se apartó enfadado y empezó nuevamente a contener el aliento.

-Por lo que más quieras -exclamó Eilonwy-, me gustaría que dejases de hacer eso. Me hace sentir como si hubiese bebido demasiada agua sólo con verte.

-Sigue sin funcionar -gruñó Doli.

-¿Qué estás intentando hacer? -preguntó Taran.

Hasta Hen Wen miraba con curiosidad al enano.

-¿Qué parece que estoy intentando hacer? -respondió Doli-. Estoy intentando volverme invisible.

-Parece bastante difícil que lo consigas de ese modo -señaló Fflewddur.

-Se supone que soy invisible -respondió bruscamente Doli-. Toda mi familia puede hacerlo. ¡Así de sencillo! Como apagar una vela. Pero yo no. No es raro que todos se rían de mí. No es raro que Eiddileg me envíe con un grupo de estúpidos. Si hay algo feo o desagradable que hacer, siempre se soluciona con el «buscad al bueno de Doli». Si hay gemas que tallar, espadas que adornar o flechas que emplumar... ¡ese trabajo es para el bueno de Doli!

El enano volvió a retener el aliento, pero esta vez durante tanto tiempo que el rostro se le puso azul y le temblaron las orejas.

-Creo que ahora lo estás consiguiendo -dijo el bardo, sonriendo para darle ánimos- . No puedo verte en lo más mínimo. -Apenas hubo salido esa frase de sus labios, una cuerda del arpa se partió en dos. Fflewddur contempló apenado el instrumento-. Maldito trasto -murmuró-. Sabía que estaba exagerando un poco; lo hice solamente para que su sintiese mejor. La verdad es que parecía estar empezando a volverse algo borroso por los bordes.

-Si yo fuese capaz de tallar gemas y hacer todas esas otras cosas -le hizo notar Taran amablemente a Doli-, no me importaría el hecho de no ser invisible. Yo sólo sé de hortalizas y herraduras, y de ambas no es que sepa demasiado.

-Es una tontería -añadió Eilonwy-, preocuparse por no poder hacer algo que sencillamente no puedes hacer. Eso es peor que intentar crecer poniéndose cabeza abajo.

Ninguna de esas bien intencionadas observaciones logró animar al enano, el cual continuó andando muy enfadado, balanceando su hacha a uno y otro lado. Pese a su mal temperamento, Taran se dio cuenta de que Doli era un guía excelente. La mayor parte del tiempo el enano hablaba muy poco aparte de sus gruñidos y bufidos, no intentando explicarles el camino que estaban siguiendo o hacer conjeturas sobre cuánto tardarían en llegar a Caer Dathyl. Taran, sin embargo, había aprendido bastante sobre rastreo y vivir al aire libre durante su viaje y se dio cuenta de que habían empezado a torcer hacia el oeste para ir bajando de las colinas. Durante la tarde habían cubierto una distancia mayor de lo que Taran había creído posible, y sabía que eso era gracias a la experta guía de Doli. Cuando felicitó al enano, éste se limitó a contestar con un «¡Humph!»... y contuvo el aliento.

Esa noche acamparon protegidos por la ladera de la última barrera montañosa. Gurgi, al que Taran había enseñado a encender una hoguera, estaba encantado siendo útil; recogió alegremente ramitas, cavó un pozo para cocinar y, para sorpresa de todos, distribuyó equitativamente las provisiones sin guardarse una parte para un morder y mascar posterior.

Doli se negó a hacer nada, fuese lo que fuese. Cogió sus propias provisiones de una gran alforja de cuero que llevaba colgada al hombro y tomó asiento sobre una roca, masticando con expresión huraña; entre bocado y bocado lanzaba resoplidos de disgusto y, de vez en cuando, contenía el aliento.

-¡Sigue insistiendo, viejo! -le animaba Fflewddur-. ¡Puede que en el próximo intento lo consigas! Tienes el perfil borroso.

-¡Oh, cállate! -le dijo Eilonwy al bardo-. No le sigas diciendo todas esas tonterías o puede que decida contener el aliento para siempre.

-No estaba haciendo sino darle un poco de apoyo -explicó el bardo, alicaído-. Un Fflam no abandona jamás, y no veo el motivo por el cual un enano debería hacerlo.

Hen Wen no se había apartado en todo el día de Taran. Cuando éste extendió en el suelo su capa, la cerda blanca lanzó un gruñido de placer, se colocó encima de ella y se tendió al lado de Taran. Sus rugosas orejas se relajaron; apoyó cómodamente el hocico en el hombro de Taran y gorgoteó feliz, una sonrisa de placidez total en el rostro. El peso de su cabezota no tardó en dejar clavado a Taran, resultándole imposible cambiar su postura. Hen Wen roncaba profusamente y Taran intentó conciliar el sueño pese el variado surtido de silbidos y gemidos que tenía justo debajo de la oreja.

-Me alegra verte, Hen -dijo-, y me alegra que te alegres de verme. Pero me gustaría que no lo dijeses tan alto.

A la mañana siguiente volvieron la espalda a las Montañas del Águila y empezaron a dirigirse hacia lo que Taran esperaba que fuese Caer Dathyl. A medida que los árboles iban haciéndose más densos a su alrededor, Taran se volvió para lanzar una última mirada a la cumbre del Águila, cuya gran forma se recortaba serena en la lejanía. Estaba agradecido de que su ruta no les hiciera cruzarla, pero en su corazón tenía la esperanza de volver algún día y trepar hasta sus torres de negra piedra y hielo iluminado por el sol. Jamás había visto montañas hasta realizar aquel viaje, pero ahora comprendía la razón de que Gwydion hubiese hablado con anhelo y nostalgia de Caer Dathyl.

Ese pensamiento condujo a Taran a preguntarse de nuevo lo que Gwydion había esperado saber a través de Hen Wen. Cuando hicieron un alto, le habló de ello a Fflewddur.

-Puede que en Caer Dathyl haya alguien capaz de entenderla -dijo Taran-. Pero si lográsemos que hiciese una profecía ahora, quizá nos diría algo importante. El bardo era de la misma opinión; sin embargo, como había señalado Taran, no tenían varillas de alfabeto.

-Podría intentar un nuevo hechizo -se ofreció Eilonwy-.

Achren me enseñó unos cuantos, pero no sé si servirían de algo. No tienen nada que ver con cerdos oráculo. Sé uno maravilloso para atraer sapos. Achren me iba a enseñar uno para abrir cerrojos, pero supongo que ahora nunca llegaré a aprenderlo. Aun así, los cerrojos tampoco tienen gran cosa que ver con los cerdos.

Eilonwy se arrodilló junto a Hen Wen y le habló rápidamente en voz muy baja. Hen Wen pareció escucharla cortésmente durante un rato, con una ancha mueca parecida a una sonrisa, resoplando y husmeando. No dio señales de entender ni una palabra de lo que le estaba diciendo la muchacha; y, por último, con un alegre «¡Oink!» se apartó de ella y echó a correr hacia Taran, meneando alegremente su corto rabo.

-Es inútil -dijo Taran-, y de nada sirve perder el tiempo. Espero que tengan varillas de alfabeto en Caer Dathyl. Aunque lo dudo. Sea lo que sea lo que tiene Dallben, parece ser único en todo Prydain.

Reemprendieron el camino. Gurgi, ahora cocinero y fogonero oficial, avanzaba con paso marcial junto al enano. Doli les condujo a través de un claro y les hizo rebasar una hilera de alisos. Unos instantes después el enano se detuvo y ladeó la cabeza, como escuchando.

También Taran oyó el sonido: un grito débil y agudo. Parecía surgir de un retorcido arbusto espinoso. Desenvainando su espada, Taran se apresuró a reunirse con el enano. Al principio no pudo distinguir nada en el oscuro amasijo de la vegetación. Se acercó un poco más y se detuvo bruscamente.

Era un gwythaint.

17 - El pájaro

Librodot

El gwythaint colgado como un maltrecho harapo de color negro, un ala desplegada, la otra apretada contra el pecho. No era mucho más grande que un cuervo, parecía joven y casi en su primer vuelo fuera del nido; la cabeza era un poco demasiado grande en proporción con el cuerpo, las plumas eran aún escasas y poco tupidas. Cuando Taran se acercó con cautela, el gwythaint aleteó vanamente, incapaz de liberarse. El pájaro abrió su pico curvado y lanzó un siseo de advertencia; pero tenía los ojos vidriosos y medio cerrados.

El resto de los compañeros había seguido a Taran. Tan pronto vio Gurgi de qué se trataba, se le encorvaron los hombros y, mirando con miedo en todas direcciones, se escabulló hasta ponerse a una distancia prudencial. Melyngar lanzó un relincho nervioso. La cerda blanca, sin inmutarse, tomó asiento sobre sus cuartos traseros y se dedicó a observarlo todo vivazmente.

Fflewddur, al ver al pájaro, emitió un leve silbido.

-Es toda una suerte que los padres no anden por aquí -dijo-. Esas criaturas son capaces de hacer pedazos a un hombre cuando una de sus crías corre peligro.

-Me recuerda a Achren -dijo Eilonwy-, especialmente en los ojos, cuando estaba de mal humor.

Doli sacó el hacha del cinto.

-¿Qué vas a hacer? -le preguntó Taran.

El enano le miró sorprendido.

-¿Que qué voy a hacer? ¿Tienes más preguntas estúpidas que hacerme? ¿Acaso te imaginas que voy a dejar que se quede ahí sentado? Para empezar, voy a cortarle la cabeza.

-¡No! -gritó Taran, agarrando al enano por el brazo-. Está malherido.

-Deberías alegrarte de eso -le respondió secamente Doli-. Si no lo estuviera, ni tú ni yo, ni ninguno de nosotros, andaría aún por aquí.

-No dejaré que le mates -repuso Taran-. Le duele mucho y necesita ayuda.

-Eso es cierto -dijo Eilonwy-, no parece estar muy cómodo. En ese sentido, parece estar aún peor que Achiren.

El enano arrojó su hacha al suelo y puso los brazos en jarras.

-No puedo hacerme invisible -resopló-, pero eso no quiere decir que sea tonto. Adelante. Recoge a esa maligna criaturita. Dale algo de beber. Y palmaditas en la cabeza. Ya verás lo que sucede luego. Apenas se encuentre lo bastante fuerte, lo primero que hará es cortarte en pedazos. Y, lo siguiente, volar en línea recta hacia Arawn. Y entonces sí que estaremos metidos en un buen lío.

-Lo que Doli dice es cierto -añadió Fflewddur-. La verdad es que a mí no me gusta cortarle la cabeza a nadie. A su modo, el pájaro es interesante. Pero, al menos, hasta el momento hemos tenido la suerte de evitar problemas con los gwythaints. Personalmente, no veo la utilidad de acoger en nuestro seno a un espía de Arawn. Los Fflam siempre han tenido buen corazón, pero esto me parece que es exagerar.

-Medwyn no diría eso -contestó Taran-. En las colinas me habló de ser bondadoso con todas las criaturas; y me contó mucho sobre los gwythaints. Creo que es importante que nos llevemos éste a Caer Dathyl. Que yo sepa, nadie ha capturado jamás un gwythaint vivo. ¿Quién puede decir cuál es su valor?

El bardo se rascó la cabeza.

-Bueno, sí, supongo que si tiene alguna utilidad, la tendrá más vivo que muerto. Pero, de todos modos, lo que propones es francamente arriesgado.

Con un gesto, Taran les indicó a los otros que se apartaran del arbusto. Vio que el gwythaint había sido herido por algo más que los espinos; quizás un águila lo había desafiado, pues tenía el lomo cubierto de sangre y le faltaban bastantes plumas. Alargó con cautela la mano. El gwythaint siseó de nuevo, y en su garganta resonó un largo y gutural graznido. Taran temió que el pájaro estuviese a punto de morir. Metió la mano por debajo de su cuerpo febril. El gwythaint intentó atacarle con el pico y las garras, pero su fortaleza había desaparecido. Taran lo liberó del espinoso arbusto.

Librodot

-Si puedo encontrar las hierbas adecuadas, le haré un emplasto -le dijo Taran a Eilonwy-. Pero necesitaré agua caliente para ponerlas en remojo.

En tanto que la muchacha preparaba un nido con hierba y hojas, Taran le pidió a Gurgi que hiciese un fuego y calentase unas piedras que pudiesen caber en un recipiente de agua. Luego, con Hen Wen pisándole los talones, marchó presuroso en busca de las hierbas.

-¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? -le gritó Doli cuando se iba-. No es que a mí me importe. Vosotros sois los que tenéis prisa, no yo. ¡Humph!

Se metió el hacha en el cinturón, apretó bien fuerte el gorro sobre su cabeza y contuvo furiosamente el aliento.

Taran agradeció nuevamente lo que Dallben le había enseñado sobre las hierbas. Descubrió que la mayoría de las que necesitaba crecían en los alrededores. Hen Wen se unió a la búsqueda con entusiasmo, gruñendo felizmente, excavando debajo de arbustos y piedras. A decir verdad, la cerda blanca fue la primera en descubrir una importante variedad que a Taran se le había pasado desapercibida.

El gwythaint no opuso resistencia cuando Taran le aplicó el emplasto; empapando un pedazo de tela arrancado de su jubón en otro brebaje, Taran lo apretó dejando caer el líquido gota a gota en el pico del pájaro.

-Todo eso está muy bien -dijo Doli, cuya curiosidad había sido demasiado fuerte y que se había acercado para observar la operación-. ¿Y cómo te imaginas que vas a transportar ese feo animal... le prestarás tu hombro como percha?

-No lo sé -dijo Taran-. Pensé que podía envolverlo con mi capa.

Doli lanzó un bufido.

-Ese es el problema con vosotros, los destripaterrones. No veis más allá de vuestras nances. Pero si esperas que te haga una jaula, estás muy equivocado.

-Una jaula iría muy bien -dijo Taran-. No, no quiero que te tomes esa molestia. Intentaré hacer una yo mismo.

El enano observó despectivamente cómo Taran recogía ramas y trataba de unirlas entre sí.

-¡Oh, ya basta! -estalló por fin Doli-. No puedo soportar por más tiempo ver lo mal que se hace un trabajo. Anda, déjame a mí.

Apartó a Taran de un empujón, sentándose en el suelo, y recogió las ramas. Las fue podando expertamente con su cuchillo, las unió con cuerdas hechas de fibras vegetales y en un tiempo increíblemente reducido el enano tuvo entre las manos una resistente jaula.

-Verdaderamente eso es más práctico que volverte invisible -dijo Eilonwy.

El enano no le contestó, limitándose a dirigirle una mirada llena de irritación.

Taran recubrió el fondo de la jaula con hojas y con delicadeza colocó en su interior al gwythaint, reemprendiendo todos la marcha. Doli les hacía ir ahora más deprisa para compensar así el tiempo que habían perdido. Bajaba con paso firme y seguro las laderas de las montañas sin ni tan siquiera volverse para ver si Taran y los demás eran capaces de seguirle. Taran se dio cuenta de que su veloz marcha no era de gran utilidad, ya que les obligaba a hacer altos en el camino con mayor frecuencia. Pero creyó que no sería muy inteligente hacérselo notar al enano.

A lo largo del día el gwythaint fue mejorando. A cada parada Taran daba de comer al pájaro y le administraba los remedios. Gurgi seguía teniéndole demasiado miedo como para acercársele; sólo Taran se atrevía a tocar a la criatura. Cuando Fflewddur, siempre dispuesto a trabar nuevas amistades, metió un dedo en la jaula, el gwythaint se incorporó y le lanzó un picotazo.

-Te advierto -le dijo Doli con brusquedad-, que de esto no saldrá nada bueno. Pero no hagas caso alguno de lo que digo. Sigue adelante. Córtate tú mismo el cuello. Y luego ven corriendo a quejarte. No soy más que un guía; hago lo que me han ordenado hacer, y eso es todo.

Librodot

Acamparon al anochecer y discutieron los planes para el día siguiente. El gwythaint se había recuperado por completo y, del mismo modo, había desarrollado un apetito monstruoso. Cuando Taran no le traía comida con la suficiente rapidez, graznaba furiosamente y golpeaba la jaula con el pico. Engullía con avidez todo lo que Taran le daba y a continuación buscaba más comida. Después de comer, el gwythaint se agazapaba en el fondo de la jaula, la cabeza inclinada a un lado, escuchando atentamente, siguiendo con los ojos cada movimiento. Taran se aventuró finalmente a meter un dedo entre los barrotes y rascar con él la cabeza del gwythaint. La criatura ya no siseaba y no hizo intento alguno de morderle. El gwythaint llegó a permitir que Eilonwy le diese de comer, pero los intentos del bardo de hacer amistad con él fracasaron.

-Sabe perfectamente que habrías estado de acuerdo en cortarle la cabeza -le dijo Eilonwy a Fflewddur-, así que no puedes culpar a esa pobre criatura por estar enfadada contigo. Si alguien quisiera cortarme la cabeza y luego viniese pretendiendo mostrarse amistoso, yo también le daría picotazos.

-Gwydion me dijo que a los pájaros se les entrena de jóvenes -explicó Taran-. Ojalá estuviese aquí. Él sabría manejarle mejor. Quizá se le pueda entrenar de un modo distinto. Pero en Caer Dathyl tiene que haber un buen halconero, y ya veremos lo que puede hacer con él.

Pero, a la mañana siguiente, la jaula estaba vacía.

Doli, que se había levantado mucho antes que los demás, fue el primero en descubrirlo. El enano, furioso, prácticamente le arrojó la jaula a Taran. Los barrotes fabricados con ramas habían sido hechos pedazos por el pico del gwythaint.

-¡Ahí tienes! -gritó Doli-. ¡Te lo dije! No digas que no te avisé. En estos momentos esa criatura traicionera debe hallarse a medio camino de Annuvin, después de haber oído todo lo que hemos dicho. Si Arawn no sabía donde estábamos, muy pronto lo sabrá. Lo has hecho bien; ¡oh, muy bien! -Doli resopló-. ¡Protegedme de los tontos y los Aprendices de Porquerizo!

Taran no pudo esconder ni su decepción ni su miedo. -Como de costumbre, he vuelto a hacer lo que no debía -dijo con enfado Taran-. Doli tiene razón. No hay diferencia alguna entre un tonto y un Aprendiz de Porquerizo.

-Seguramente eso es cierto -accedió Eilonwy, observación que nada hizo por animar a Taran-. Pero -prosiguió-, no puedo aguantar a la gente que dice «Te lo dije». Eso es peor que cuando viene alguien y se come tu cena antes de que hayas tenido oportunidad de sentarte a la mesa.

«Aun así -añadió-, Doli tiene buenas intenciones. No tiene ni la mitad del mal genio que pretende, y estoy segura de que se preocupa por nosotros. Es como un puerco espín, que por fuera es todo espinas pero, panza arriba, se retuerce de gusto cuando le haces cosquillas. Si dejara de intentar hacerse invisible, creo que eso mejoraría mucho su humor.

No había tiempo para seguir lamentándose. Doli les hizo andar aún más deprisa. Siguieron bordeando las colinas a lo largo del valle del Ystrad, pero al mediodía el enano les hizo torcer hacia el oeste y, una vez más, empezaron a bajar hacia las llanuras. El cielo se había cubierto de nubes y era tan gris como el plomo. Violentas ráfagas de viento azotaban sus rostros. El pálido sol apenas daba calor. Melyngar relinchaba intranquila; Hen Wen, tranquila y de buen humor hasta entonces, empezó a gruñir en voz baja y a mirar en todas direcciones.

En tanto que los caminantes hacían un breve descanso, Doli se adelantó para explorar el terreno. No tardó mucho en volver. Les condujo hasta la cima de una colina, indicándoles que se pegasen bien al suelo, y señaló hacia el Ystrad que se extendía bajo ellos.

La llanura estaba cubierta de guerreros, a pie y a caballo. Negras banderas chasqueaban al viento. Incluso a esa distancia Taran pudo oír el entrechocar de las armas y el firme y

Librodot

pesado retumbar de muchos pies marchando al unísono. A la cabeza de las serpenteantes columnas cabalgaba el Rey con Cuernos.

La gigantesca figura se alzaba sobre los soldados que galopaban detrás de él. Los cuernos retorcidos parecían garras anhelantes. Mientras Taran le observaba, aterrado pero incapaz de apartar la mirada, la cabeza del Rey con Cuernos giró lentamente hacia las colinas. Taran se pegó todo lo que pudo al suelo. Estaba seguro de que el campeón de Arawn no podía verle; era solamente un engaño de su mente, un reflejo de su propio miedo, pero le pareció que los ojos del Rey con Cuernos le buscaban clavándose como cuchillos en su corazón.

-Se nos han adelantado -dijo Taran, la voz átona.

-Aprisa -les urgió el enano-. Moveos, en vez de gemir y quedaros quietos. No estamos a más de un día de Caer Dathyl, y ellos también. Aún podemos movernos con más rapidez. Si no os hubieseis detenido a causa de ese ingrato espía de Annuvin, ahora estaríamos muy por delante de ellos. No digáis que no os lo advertí.

-Tendríamos que ir un poco mejor armados -dijo el bardo-. El Rey con Cuernos tendrá exploradores a ambos lados del valle.

Taran desató las armas que Melyngar llevaba encima, entregándoles a cada uno de sus compañeros un arco, una aljaba de flechas y una jabalina. El rey Eiddileg les había dado escudos de bronce; su tamaño era el adecuado para los enanos y, tras haber visto a las huestes que avanzaban por el valle, Taran los encontró lastimosamente pequeños. Gurgi se colgó del cinto una pequeña espada. Era el que estaba más excitado de todo el grupo.

-¡Sí, sí! -gritaba-. ¡Ahora también el osado y valiente Gurgi es un poderoso guerrero! ¡Ahora podrá dar grandes tajos y hondas punzadas! ¡Ya está preparado para grandes combates y degüellos!

-¡Y yo también lo estoy! -declaró Fflewddur-. ¡Nada es capaz de resistir el ataque de un Fflam furibundo!

El enano se llevó las manos a la cabeza y rechinó los dientes.

-¡Dejad de parlotear y moveos! -farfulló rabioso.

Esta vez su ira era excesiva para que retuviese el aliento.

Taran se colgó el escudo al hombro. Hen Wen, lanzando gruñidos temerosos, se quedaba atrás.

-Ya sé que estás asustada -le dijo Taran, con el tono más persuasivo que pudo encontrar-, pero en Caer Dathyl estarás a salvo.

La cerda les siguió con reluctancia; pero tan pronto como Doli encabezó la marcha empezó a rezagarse y todos los intentos de Taran por animarla a que siguiese no tuvieron demasiado éxito. Su hocico rosado se estremecía; sus ojos iban locamente de un lado a otro del camino.

En la siguiente pausa Doli llamó a Taran a su lado.

-Seguid así -dijo casi chillando-, y no tendréis ninguna oportunidad. ¡Primero nos retrasa un gwythaint y ahora una cerda!

-Está asustada -trató de explicarle Taran al enfadado enano-. Sabe que el Rey con Cuernos anda cerca.

-Entonces, átala -dijo Doli-. Súbela a la yegua. " Vi Taran asintió. -Sí. No va a gustarle, pero no podemos hacer otra cosa.

Unos momentos antes, la cerda se hallaba agazapada entre las raíces de un árbol. Ahora, no se la veía por ninguna parte.

-¿Hen? -llamó Taran. Se volvió hacia el bardo-. ¿Adonde se ha ido? -preguntó alarmado.

El bardo meneó la cabeza. Ni él ni Eilonwy la habían visto moverse; Gurgi había estado dando de beber a Melyngar y no se había fijado para nada en la cerda.

-No puede haberse vuelto a escapar -exclamó Taran.

Volvió corriendo hacia los bosques. Cuando regresó, tenía el rostro muy pálido.

-Ha desaparecido -dijo roncamente-. Se esconde en algún lado, lo sé.

Se dejó caer en el suelo y escondió el rostro entre las manos.

-No tendría que haberla perdido de vista ni tan siquiera un momento -dijo con amargura-. He fracasado dos veces.

-Deja que sigan los demás -le dijo Eilonwy-. La encontraremos y les alcanzaremos luego.

Antes de que Taran pudiese responder, oyó un ruido que le heló la sangre. De las colinas llegaban los feroces gritos de una jauría y las prolongadas notas de un cuerno de caza.

Todos se quedaron helados de terror. Con el hielo del miedo en la garganta, Taran contempló los silenciosos rostros que le rodeaban. El aire se estremecía con aquella música espantosa; en el cielo, que se iba oscureciendo, destelló brevemente una sombra.

-Por donde cabalga Gwyn el Cazador -murmuró Fflewddur-, la muerte le sigue de cerca.

18 - La llama de Dyrnwyn

Apenas habían desaparecido entre las colinas las notas del cuerno de Gwyn, Taran sintió un estremecimiento, como si acabase de salir de un temible sueño. En la pradera se oía el retumbar de cascos de caballos.

-¡Los exploradores del Rey con Cuernos! -gritó Fflewddur, señalando hacia los guerreros a caballo que se les acercaban al galope-. ¡Nos han visto!

Los jinetes, venidos de las llanuras, se aproximaban cada vez más, inclinados sobre sus monturas a las que espoleaban ferozmente. Se fueron acercando, las lanzas inclinadas como si cada punta resplandeciente buscase ya su propio blanco.

-Podría intentar hacer otra telaraña -sugirió Eilonwy, para añadir luego-, pero me temo que la última no fue demasiado útil.

La espada de Taran salió de su vaina con un destello.

-Sólo son cuatro -dijo-. Al menos, les igualamos en número.

-Guarda tu hoja -dijo Fflewddur-. Primero, las flechas. Ya tendremos bastante trabajo para las espadas después.

Prepararon sus arcos. Siguiendo las órdenes de Fflewddur, formaron una línea y se arrodillaron uno al lado del otro, los hombros casi tocándose. La cabellera rubia del bardo se agitaba al viento; su rostro estaba encendido por la emoción.

-En años no he tenido un buen combate -dijo-. Esa es una de las cosas que echo de menos siendo bardo. ¡Ya verán lo que significa atacar a un Fflam!

Taran puso una flecha en el arco. Cuando se lo indicó el bardo, los compañeros alzaron sus arcos y apuntaron.

-¡Disparad! -gritó Fflewddur.

Taran vio cómo su saeta fallaba con mucho al jinete que iba en cabeza. Con una exclamación de ira, cogió otra flecha de la aljaba. A su lado, oyó cómo Gurgi lanzaba un grito de triunfo. De toda la descarga, sólo la saeta de Gurgi había hallado su blanco. Un guerrero cayó de su montura, con una flecha profundamente clavada en la garganta.

-¡Ahora saben que tenemos aguijones! -gritó Fflewddur-. ¡Disparad otra vez!

Los jinetes cambiaron el rumbo. Más precavidos, alzaron sus escudos. De los tres, dos se lanzaron directamente contra ellos; el tercero hizo volver grupas a su montura y galopó hacia el flanco de los defensores.

-Ahora, amigos -gritó el bardo-. ¡Hombro con hombro!

Taran oyó el gruñido de Doli cuando éste lanzó una flecha contra el guerrero más próximo. El tiro de Gurgi había sido afortunado; ahora, las flechas cortaban el aire entre silbidos para simplemente rebotar sobre los ligeros escudos de los atacantes. Detrás de Taran, Melyngar lanzó un relincho y pateó el suelo frenéticamente. Taran recordó con qué valor había peleado por Gwydion, pero ahora tenía las riendas sujetas y no se atrevió a apartarse de los defensores para desatarla.

Los jinetes dieron la vuelta. Uno de ellos les ofreció su costado descubierto. La flecha de Doli saltó del arco y fue a enterrarse en el cuello del guerrero. Los demás jinetes picaron

espuelas y se alejaron al galope a través de la pradera.

-¡Les hemos vencido! -gritó Eilonwy-. ¡Es como si unas abejas hubiesen hecho huir a las águilas!

Fflewddur, jadeando, sacudió la cabeza.

-No van a desperdiciar más hombres con nosotros. Cuando vuelvan, lo harán acompañados de una partida de guerreros. Eso es todo un cumplido a nuestro valor, pero no creo que debamos esperarles. Un Fflam sabe cuándo hay que pelear y cuándo hay que salir corriendo. En este momento, creo que es mejor que salgamos corriendo.

-No pienso abandonar a Hen Wen -declaró Taran.

-Pues ve y búscala -gruñó Doli-. Perderás la cabeza al mismo tiempo que a la cerda.

-El hábil Gurgi irá -sugirió Gurgi-, con su osado atisbar y espiar.

-Con toda probabilidad -dijo el bardo-, volverán a atacarnos. No podemos permitirnos perder ni un minuto de nuestro tiempo, ni una sola de nuestras fuerzas. Un Fflam ¡amas se preocupa de ser superado en número, pero una espada menos podría ser fatal. Estoy seguro de que tu cerda es capaz de cuidarse; esté donde esté, corre menos peligro que nosotros.

Taran asintió.

-Es cierto. Pero me apena perderla por segunda vez. Había escogido abandonar mi búsqueda y marchar hacia Caer Dathyl; entonces, después de que Gurgi encontrase a Hen Wen, había tenido la esperanza de cumplir con las dos misiones. Pero me temo que debo elegir entre una u otra.

-La cuestión es -dijo Fflewddur-, ¿hay alguna oportunidad de avisar a los Hijos de Don antes de que ataque el Rey con Cuernos? Doli es el único que puede contestar a eso.

El enano frunció el ceño y pensó por unos instantes.

-Es posible -dijo-, pero tendremos que bajar al valle. Y, si lo hacemos, nos encontraremos en medio de la vanguardia del Rey con Cuernos.

-¿Podremos atravesarla?-preguntó Taran.

-No lo sabrás hasta que lo intentes -gruñó Doli.

-La decisión es tuya -dijo el bardo, mirando a Taran.

-Lo intentaremos -contestó Taran.

Viajaron el resto del día sin detenerse. Al caer la noche Taran se habría sentido muy feliz descansando, pero el enano les disuadió de ello. Así pues, agotados, siguieron avanzando en silencio. Habían escapado al ataque que Fflewddur esperaba, pero una columna de jinetes con antorchas pasó junto a ellos a un tiro de arco de distancia. Al ver a los jinetes, se agazaparon entre los árboles hasta que los puntos de luz se perdieron serpenteando detrás de una colina. En poco tiempo Doli condujo al pequeño grupo hasta el valle, donde hallaron refugio entre la frondosa arboleda.

Pero el amanecer reveló un espectáculo que hizo desesperarse a Taran. El valle hervía de guerreros allá donde mirase. Negros estandartes chasqueaban al viento recortándose contra el cielo. Las huestes del Rey con Cuernos eran como el cuerpo de un gigante acorazado que se removiese inquieto.

Durante un momento, Taran las contempló con incredulidad. Luego, apartó el rostro.

-Demasiado tarde -musitó-. Hemos fracasado.

Mientras el enano observaba el avance de las dur dio un paso hacia adelante.

-Podemos hacer una cosa -dijo-, ya que Caer Dathyl está justo delante de nosotros. Sigamos adelante, y libremos allí nuestro último combate.

Taran asintió.

-Sí. Mi sitio está al lado de la gente de Gwydion. Doli llevará a Gurgí y Eilonwy hasta un lugar seguro. -Tomó aliento y se apretó un poco más la espada al cinto-. Nos has guiado bien -le dijo con voz sosegada al enano-. Vuelve con tu rey llevándole nuestra gratitud. Tu trabajo ha terminado.

El enano le miró, furioso.

Librodot

-¡Terminado! -dijo con un bufido-. ¡Idiotas, cabezas huecas! No creáis que me importa lo que vaya a sucederos, pero no voy a quedarme quieto viendo cómo os cortan en pedazos. No puedo soportar un trabajo mal hecho. Os guste o no, voy con vosotros.

Apenas habían salido esas palabras de sus labios, una flecha pasó silbando junto a la cabeza de Doli. Melyngar se encabritó. Un grupo de soldados a pie apareció a sus espaldas emergido del bosque.

-¡Vete! -le gritó el bardo a Taran-. ¡Cabalga todo lo deprisa que puedas, o todos moriremos!

Taran vaciló y el bardo le cogió por los hombros, empujándole hacia el caballo y haciendo que Eilonwy le siguiese. Fflewddur desenvainó la espada.

-¡Haz lo que te digo! -gritó el bardo, los ojos llameantes.

Taran saltó a la grupa de Melyngar y ayudó a subir a Eilonwy. La yegua blanca se lanzó hacia adelante. Eilonwy se agarró con fuerza a la cintura de Taran mientras el corcel galopaba a través de los helechos, hacia la vanguardia del Rey con Cuernos. Taran no hizo intento alguno de guiarla; la yegua había escogido su propio camino. De pronto, se encontraron en mitad de los guerreros. Melyngar se encabritó, coceando en todas direcciones. Taran había desenvainado la espada y golpeaba a derecha e izquierda. Una mano agarró los estribos y los soltó enseguida. Taran vio cómo el guerrero caía y era sumergido por el confuso montón de hombres que forcejeaban por agarrarles. La yegua blanca logró soltarse y se lanzó como una flecha hacia la colina. Una figura a caballo galopaba ahora detrás de ellos. Con una breve y aterrorizada mirada, Taran vio las enormes astas del Rey con Cuernos.

El corcel negro les estaba alcanzando. Melyngar giró bruscamente y se lanzó hacia el bosque. El Rey con Cuernos giró también y, mientras ellos cruzaban atronando por entre los matorrales, rebasando la primera hilera de árboles, el astado gigante se fue acercando más y más hasta que los dos corceles galoparon a la par. Con un último esfuerzo, la montura del Rey con Cuernos logró adelantarse; los flancos del animal chocaron con Melyngar, que se encabritó furiosamente y golpeó con sus cascos. Taran y Eilonwy fueron despedidos de la silla de montar. El Rey con Cuernos hizo virar su montura, intentando pisotearles.

Taran logró incorporarse y con su espada lanzó un golpe a ciegas. Luego, agarrando a Eilonwy por el brazo, la hizo internarse entre los árboles para protegerse. El Rey con Cuernos saltó pesadamente al suelo y, con apenas unas zancadas, lo tuvieron encima de ellos.

Eilonwy gritó. Taran giró para enfrentarse al hombre astado. Negros temores le dominaban, como si el propio Señor de Annuvin hubiese abierto un abismo a sus pies y él estuviese cayendo hasta lo más hondo de la sima. Lanzó un gemido de dolor, como si su vieja herida hubiese vuelto a abrirse. Toda la desesperación que había conocido como cautivo de Achren volvió para minar su fortaleza.

Los ojos del Rey con Cuernos ardían detrás de la descolorida calavera mientras levantaba un brazo teñido de escarlata.

Taran alzó a ciegas su espada. La sintió estremecerse en su mano. La hoja del Rey con Cuernos se estrelló contra su arma y, de un solo golpe, la rompió.

Taran arrojó los inútiles restos del arma. El Rey con Cuernos se detuvo un instante, un gruñido de salvaje alegría desprendiéndose de su garganta, y apretó con más fuerza su espada.

Un terror mortal impulsó a Taran a la acción. Retrocedió de un salto, volviéndose hacia Eilonwy.

-¡Dyrnwyn! -gritó-. ¡Dame la espada!

Antes de que ella pudiese moverse, él le arrancó del hombro el cinto y la espada. El Rey con Cuernos vio la negra vaina y vaciló un momento, corno temeroso.

Taran aferró la empuñadura. La hoja no quería salir. Tiró de ella con todas sus fuerzas. La espada apenas si salió un poco de su vaina. El Rey con Cuernos alzó su arma. Taran dio un último tirón y la vaina giró en su mano. Un relámpago cegador hendió el aire ante él. Un rayo le desgarró el brazo y él fue arrojado violentamente al suelo.

La espada Dyrnwyn, ardiendo con una blanca llama, saltó de su mano y cayó más allá

de su alcance. El Rey con Cuernos se alzaba sobre él. Eilonwy, con un grito, se lanzó contra el hombre astado. Con un gruñido, el gigante le apartó a un lado.

Una voz resonó detrás del Rey con Cuernos. Con los ojos velados por el dolor, Taran distinguió confusamente una alta figura que se recortaba contra los árboles y oyó una palabra pronunciada en medio de un grito que no pudo entender.

El Rey con Cuernos permaneció inmóvil, el brazo levantado. Los relámpagos destellaban en su espada. El gigante llameaba como un árbol incendiado. La cornamenta de ciervo se convirtió en un trazado de líneas carmesíes y la máscara de calavera pareció derretirse como si fuese de cera. Un rugido de ira y dolor surgió de la garganta del Rey Astado.

Taran, con un grito, se tapó el rostro con el brazo. El suelo se estremeció y, con un gran estruendo, pareció abrirse a sus espaldas. Y, después, la nada.

19 - El secreto

Un torrente de sol entraba por el ventanal de una habitación, agradablemente fresca, llena de un delicioso aroma. Taran pestañeó y trató de incorporarse en el angosto catre. La cabeza le daba vueltas; el brazo, vendado con lino blanco, le latía dolorosamente. El suelo estaba cubierto de juncos secos; los brillantes rayos los hacían parecer amarillos, como si fuesen trigo. Junto al catre, una forma blanca bañada de sol se agitó, poniéndose en pie.

-¡Oink!

Hen Wen, resoplando y gruñendo, su rechoncho rostro hendido por una sonrisa. Con un resoplido de alegría, empezó a frotar con el hocico la mejilla de Taran. Él abrió la boca, pero fue incapaz de hablar. Una risa plateada sonó en un rincón del cuarto.

-En verdad que deberías verte la cara. Pareces un pez que ha trepado por error al nido de un pájaro.

Eilonwy abandonó el taburete de mimbre en el que había estado sentada.

-Esperaba que te despertaras pronto. No te puedes imaginar lo aburrido que es quedarse sentada viendo cómo alguien duerme. Es como contar las piedras de un muro.

-¿Adonde nos han traído? ¿Estamos en Annuvin?

Eilonwy rió de nuevo y meneó la cabeza.

-Esa es exactamente la clase de pregunta que se puede esperar de un Aprendiz de Porquerizo. ¿Annuvin? ¡Ugh! No me gustaría estar allí por nada del mundo. ¿Por qué siempre has de pensar en cosas desagradables? Supongo que es a causa de tu herida; probablemente le hizo algo a tu cabeza. Ahora tienes mucho mejor aspecto, aunque sigues teniendo ese color verde blancuzco, como un puerro hervido.

-¡Deja de parlotear y dime dónde estamos!

Taran intentó levantarse del catre y luego se dejó caer de nuevo en él, lleno de debilidad, llevándose una mano a la cabeza.

-Se supone que aún no debes levantarte -le amonestó Eilonwy-, pero me imagino que acabas de descubrirlo por ti mismo.

Meneando la cola y emitiendo fuertes gruñidos, Hen Wen, con expresión de sumo placer, había empezado a subirse al catre. Eilonwy chasqueó los dedos.

-Basta, Hen -ordenó-, ya sabes que no se le debe molestar o inquietar y, especialmente, que no debes sentarte encima de él. -La muchacha se volvió de nuevo hacia Taran-. Estamos en Caer Dathyl -dijo-. Es un lugar precioso. Mucho más bonito que el Castillo Espiral.

Taran se sobresaltó de nuevo cuando los recuerdos le inundaron.

-¡El Rey con Cuernos! -gritó-. ¿Qué ocurrió? ¿Dónde está?

-Supongo que, seguramente, en un túmulo.

-¿Está muerto?

-Naturalmente -contestó la muchacha-. ¿Acaso crees que iba a dejar que le metiesen en un túmulo si no lo estuviese? No quedó gran cosa de él, pero los restos fueron enterrados. -

Librodot

Eilonwy se estremeció-. Creo que era la persona más terrible que he visto nunca, y con eso incluyo a Achren. Me zarandeó de un modo terrible..., justo antes de que fuese a golpearte. -Se frotó la cabeza-. Y, en cuanto a eso, me quitaste la espada de un modo bastante brusco. Mira que te dije y te repetí que no la desenvainases. Pero tú no me escuchabas. Eso es lo que te quemó el brazo.

Taran notó que la negra vaina de Dyrnwyn ya no colgaba del hombro de Eilonwy.

-Pero, entonces, ¿qué...?

-Fue una suerte que perdieses el conocimiento -prosiguió Eilonwy-. Te perdiste lo peor. Hubo un terremoto y el Rey con Cuernos ardió hasta que... bueno, hasta que se rompió. No fue nada agradable. La verdad es que prefiero no hablar de eso. Aún tengo pesadillas, incluso cuando no estoy dormida.

Taran rechinó los dientes.

-Eilonwy -dijo por último-, quiero que me cuentes muy lenta y cuidadosamente lo que ocurrió. Si no lo haces, yo me voy a enfadar y tú vas a lamentarlo.

-¿Cómo-puedo-contarte-nada -dijo Eilonwy, recalcando con gran cuidado cada palabra y acompañándola con muecas de lo más extravagante-, si-no-me-dejas-hablar-tú? -Se encogió de hombros y luego prosiguió casi sin tomar aliento, como era costumbre en ella-. Tan pronto como el ejército vio que el Rey con Cuernos había muerto, se disolvió prácticamente al instante. No del mismo modo que él, naturalmente. Con ellos fue más bien algo así como una carnada de conejos corriendo en todas direcciones... no, no es una comparación muy adecuada, ¿verdad? Pero fue lamentable ver hombres adultos tan asustados. Por supuesto que para entonces los Hijos de Don tuvieron su ocasión de atacar. Tendrías que haber visto los estandartes dorados. Y unos guerreros tan apuestos... -Eilonwy suspiró-. Era... era como... no sé ni tan siquiera a qué se parecía.

-Y Hen Wen...

-No se ha movido de este cuarto desde que te trajeron aquí -dijo Eilonwy-. Y yo tampoco -añadió, mirando un instante a Taran-. Es una cerda muy inteligente - prosiguió Eilonwy-. Bueno, de vez en cuando supongo que se asusta y entonces pierde la cabeza. Y, cuando quiere, puede ser muy tozuda, lo que a veces hace que me pregunte a mí misma si hay mucha diferencia entre los cerdos y la gente que los cuida. No me estoy refiriendo a nadie en particular, ya me entiendes.

La puerta que se hallaba ante el catre de Taran se abrió un poco. Por el hueco aparecieron los erizados cabellos y la puntiaguda nariz de Fflewddur Fflam.

-Así que has vuelto con nosotros -exclamó el bardo-. ¡O, como tú bien podrías decir, hemos vuelto contigo!

Gurgi y el enano, que habían permanecido detrás del bardo, entraron a toda prisa; pese a las protestas de Eilonwy se apiñaron todos alrededor de Taran. Fflewddur y Doli no parecían haber sufrido ningún daño, pero Gurgi tenía la cabeza vendada y cojeaba un poco.

-¡Sí! ¡Sí! -chilló-. ¡Gurgi luchó por su amigo con tajos y estocadas! ¡Qué degüellos! ¡Guerreros feroces golpearon su pobre y tierna cabeza, pero el valeroso Gurgi no huyó, oh, no!

Taran le sonrió, profundamente conmovido.

-Lamento lo de tu pobre y tierna cabeza -dijo, poniendo una mano en el hombro de Gurgi-, y que, por mi culpa, fuese herido un amigo.

-¡Qué alegría! ¡Qué estruendos y qué golpes! El feroz Gurgi llenó a los malvados guerreros de espantoso terror y griterío.

-Es cierto -dijo el bardo-. Fue el más valiente de todos nosotros. Aunque mi achaparrado amigo, aquí presente, puede hacer cosas sorprendentes con un hacha.

Doli sonrió por primera vez.

-Nunca pensé que tuvieseis ni tan siquiera un poco de temple -dijo, intentando parecer malhumorado-. Al principio creí que erais todos unos alfeñiques. Mis más sinceras disculpas -añadió, haciendo una reverencia.

-Contuvimos a la partida de guerreros -dijo Fflewddur-, hasta estar seguros de que te hallabas lo bastante lejos. Algunos podrán recordarnos con poco cariño en los tiempos venideros. -El rostro del bardo se iluminó. Empezó a gritar-. Ahí estábamos, luchando como posesos, increíblemente inferiores en número. ¡Pero un Fflam jamás se rinde! Herí a tres de un golpe. ¡Tajo! ¡Estocada! Otro me agarró por detrás, maldito cobarde. Pero logré liberarme. Les rechazamos y nos dirigimos hacia Caer Dathyl, abriéndonos camino a estocadas, acosados por todas partes...

Taran esperaba que en cualquier instante las cuerdas del arpa de Fflewddur empezasen a romperse. Para su sorpresa, se mantuvieron intactas.

-Y de tal modo -concluyó Fflewddur encogiéndose despreocupadamente de hombros-, cumplimos con nuestro papel. Fue más bien fácil, si te paras a pensarlo; ni por un instante temí que las cosas fuesen a ir mal.

Una cuerda se partió con un sonoro tañido.

Fflewddur se inclinó, acercándose a Taran.

-Aterrorizado -susurró-. Me puse verde de miedo.

Eilonwy cogió al bardo por los hombros y le empujó hacia la puerta.

-¡Fuera todos! -gritó-. Vais a cansarle con tanta charla. -La muchacha sacó a empujones a Gurgi y al enano después de haber echado a Fflewddur-. Aquí no entra nadie hasta que yo lo diga.

-¿Ni tan siquiera yo?

Taran se sobresaltó al oír aquella voz familiar.

Gwydion estaba en el umbral.

Por un momento Taran no le reconoció. En vez de la sucia capa y el tosco jubón, Gwydion vestía ahora el deslumbrante atuendo de un príncipe. Su rico manto colgaba de sus hombros formando profundos pliegues. Llevaba al cuello un resplandeciente disco de oro en forma de sol. En sus verdes ojos, ahora aún más profundos, brillaba un nuevo poder. Taran le vio ahora como siempre lo había imaginado.

Sin prestar atención a su brazo herido, Taran saltó del lecho. La alta figura avanzó hacia él. La autoridad que había en el porte del guerrero hizo que Taran doblase la rodilla ante él.

-Señor Gwydion... -murmuró.

-Esa no es forma de que un amigo salude a otro -dijo Gwydion, poniendo suavemente en pie a Taran-. Siento más placer al recordar a un Aprendiz de Porquerizo temeroso de que yo fuese a envenenarle en el bosque, no lejos de Caer Dallben.

-Después del Castillo Espiral -tartamudeó Taran-, no creí que volvería a veros con vida.

Aferró la mano de Gwydion y se echó a llorar sin intentar contenerse.

-Un poco más vivo que tú -sonrió Gwydion.

Ayudó a Taran a sentarse nuevamente en el catre.

-Pero, ¿cómo...? -empezó a decir Taran, al notar que Gwydion llevaba al cinto un arma negra y bastante maltrecha.

Gwydion leyó la pregunta en el rostro de Taran.

-Un regalo -dijo-, un regalo digno de un rey procedente de una joven dama.

-Yo misma se la ceñí -le interrumpió Eilonwy. Se volvió hacia Gwydion-. Le dije que no la desenvainase, pero su tozudez es inconcebible.

-Afortunadamente no llegaste a desenvainarla del todo -le dijo Gwydion a Taran-. Me temo que la llama de Dyrnwyn habría sido demasiado grande incluso para un Aprendiz de Porquerizo.

»Es un arma dotada de un antiguo poder, tal y como percibió Eilonwy -añadió Gwydion-. Es tan antigua que yo la creía una simple leyenda. Sigue habiendo profundos secretos relacionados con Dyrnwyn, que ni tan siquiera los más sabios conocen. Su pérdida destruyó el Castillo Espiral y fue un duro golpe para Arawn.

Con un solo gesto, lleno de firmeza, Gwydion desenvainó la hoja y la sostuvo en alto. El arma resplandeció con un brillo cegador. Lleno de miedo y asombro, Taran retrocedió, su

herida nuevamente latiendo dolorida. Gwydion se apresuró a devolver la hoja a su vaina.

-Apenas vi al señor Gwydion -dijo Eilonwy, contemplándole con admiración-, supe que era quien debía conservar la espada. Debo decir que me alegro de haberme librado de ese trasto tan incómodo.

-Deja de interrumpir- le ordenó Taran-. Deja que me entere de lo que le ocurrió a mi amigo antes de que te pongas a parlotear.

-No voy a cansarte con un largo relato -dijo Gwydion-. Ya sabes que, por el momento, la amenaza de Arawn ha sido eliminada. Puede que vuelva a atacar, y ningún hombre puede saber cuándo o de qué modo. Pero, por ahora, no hay mucho que temer.

-¿Y qué hay de Achren? -preguntó Taran-. El Castillo Espiral...

-No estaba en el Castillo Espiral cuando se derrumbó -dijo Gwydion-. Achren me sacó de mi celda y me ató a un caballo. Junto con los Nacidos del Caldero, nos dirigimos hacia el castillo de Oeth-Anoeth.

-¿Oeth-Anoeth? -preguntó Taran.

-Es una fortaleza de Annuvin -dijo Gwydion-, no muy lejos del Castillo Espiral, construida cuando Arawn dominaba ampliamente Prydain. Un lugar de muerte, cuyos muros están llenos de huesos humanos. Podía imaginar muy bien los tormentos que Achren me tenía planeados.

»Pero, antes de arrojarme a las mazmorras, me cogió del brazo. "¿Por qué escoges la muerte, Señor Gwydion?" -gritó-. "¿Por qué, cuando puedo ofrecerte la vida eterna y un poder más allá del que pueden concebir las mentes de los mortales?”

«"Goberné Prydain mucho antes que Arawn" -me contó Achren-, "y fui yo quien le hizo rey de Annuvin. Yo le di el poder... aunque lo usó para traicionarme. Pero ahora, si lo deseas, tú ocuparás su lugar en el gran trono del mismo Arawn y gobernarás en su puesto".

»"Será un placer destronar a Arawn" -le contesté-. "Y usaré esos poderes para destruirte a ti al mismo tiempo que a él.”

»Llena de rabia, me arrojó a la más honda de las mazmorras -dijo Gwydion-. Nunca me he hallado más cerca de morir que en Oeth-Anoeth.

»No puedo decir con seguridad el tiempo que permanecí allí -prosiguió Gwydion-. En Oeth-Anoeth el tiempo no es tal y como lo conocéis vosotros aquí. Es mejor que no os hable de los tormentos que Achren había planeado. Los peores no eran los del cuerpo sino los del espíritu y el más poderoso de esos era la desesperación. Sin embargo, incluso en lo más hondo de mi angustia, me aferré a la esperanza. Pues esto es cierto de Oeth-Anoeth: si un hombre es capaz de resistirle, hasta la muerte debe entregarle sus secretos.

«Resistí -dijo Gwydion quedamente-, y al final muchas cosas que me habían sido ocultadas, me fueron reveladas. Tampoco os hablaré de esto. Debe bastaros saber que comprendí los mecanismos de la vida y de la muerte, de la risa y de las lágrimas, de los finales y de los comienzos. Vi la verdad del mundo y supe que no había cadenas capaces de retenerme. Mis ataduras eran tan ligeras como los sueños. En ese instante, los muros de mi prisión se derritieron.

-¿Qué fue de Achren? -preguntó Taran.

-No lo sé -dijo Gwydion-. No la volví a ver. Durante algunos días permanecí oculto en el bosque, curando las heridas de mi cuerpo. Cuando volví a buscarte al Castillo Espiral estaba en ruinas; y allí lloré por tu muerte.

-Igual que nosotros lloramos la vuestra -dijo Taran.

-Emprendí de nuevo la marcha hacia Caer Dathyl -continuó Gwydion-. Durante algún tiempo seguí el mismo camino que Fflewddur escogió para vosotros, aunque no crucé el valle hasta mucho después. Para entonces, ya os había adelantado un poco.

»Ese día, un gwythaint surgió del cielo y voló en línea recta hacía mí. Para mi sorpresa no me atacó ni se alejó a toda velocidad después de haberme visto, sino que revoloteó ante mí, lanzando extraños graznidos. El lenguaje de los gwythaint ya no es ningún secreto para mí, como no lo es el habla de ningún ser vivo, y comprendí que una partida de viajeros estaba

cruzando las colinas bastante cerca y que una cerda blanca les acompañaba.

»Me apresuré a volver sobre mis pasos. En aquellos momentos Hen Wen sintió que yo estaba cerca. Cuando huyó de ti -le dijo Gwydion a Taran-, no lo hizo a causa del terror sino para encontrarme. Lo que supe gracias a ella era más importante de lo que había sospechado, y comprendí la razón de que el campeón de Arawn la buscase con tal desespero. También él se había dado cuenta de que ella conocía la única cosa capaz de destruirle.

-¿Cuál era? -preguntó Taran anhelante.

-Conocía el nombre secreto del Rey con Cuernos.

-¿Su nombre? -exclamó Taran atónito-. Nunca pensé que un nombre pudiese ser tan poderoso.

-Sí -respondió Gwydion-. Una vez que tienes el valor de mirar al mal cara a cara, de verlo por lo que realmente es y de darle su verdadero nombre, carece de poder sobre ti y puedes destruirlo. Sin embargo, con todo lo que sabía -dijo, inclinándose y rascando la oreja de la cerda blanca-, no habría podido descubrir el nombre del Rey con Cuernos sin Hen Wen.

»Hen Wen me contó ese secreto en el bosque. No me hicieron falta varillas de alfabeto

o volúmenes repletos de encantamientos, pues podíamos hablar el uno con el otro como si tuviésemos una sola mente y un solo corazón. El gwythaint, trazando círculos en lo alto, me condujo hasta el Rey con Cuernos. El resto ya lo conoces.

-¿Dónde está ahora el gwythaint? -preguntó Taran.

Gwydion meneó la cabeza.

-No lo sé. Pero dudo de que regrese alguna vez a Annuvin, pues Arawn lo haría pedazos si se enterase de lo que había hecho. Sólo sé que ha pagado tu bondad más allá de toda medida.

-Ahora descansa -dijo Gwydion-. Luego, hablaremos de cosas más alegres.

-Señor Gwydion -le llamó Eilonwy, cuando él se puso en pie para irse-, ¿cuál era el nombre secreto del Rey con Cuernos?

Una sonrisa hendió el curtido rostro de Gwydion.

-Debe seguir siendo un secreto -dijo, y luego acarició amablemente la mejilla de la muchacha-. Pero te aseguro que no era ni la mitad de bonito que el tuyo.

Unos días después, cuando Taran hubo recobrado sus fuerzas lo suficiente como para caminar sin necesitar ayuda, Gwydion le mostró todo Caer Dathyl. Situada en lo alto de una montaña, la fortaleza era lo bastante grande como para contener varios Caer Dallben. Taran vio las tiendas de los armeros, los establos para las monturas de los guerreros, las destilerías de cerveza y las salas de los telares. Los valles que había más abajo estaban llenos de casitas y límpidos arroyos corrían dorados bajo la luz del sol. Luego, Gwydion mandó reunir a todos los que habían viajado juntos en el gran salón de Caer Dathyl y allí, entre estandartes y bosques de lanzas, recibieron el agradecimiento del rey Math, Hijo de Mathonwy, gobernante de la Casa de Don. El monarca de barba canosa, que parecía tan anciano como Dallben e igual de malhumorado, era aún más parlanchín que Eilonwy. Pero cuando, por último, puso fin a uno de los discursos más prolongados que Taran hubiese oído jamás, los compañeros hicieron una reverencia y una guardia de honor se llevó del salón al rey Math en una litera cubierta de cortinajes dorados. Cuando Taran y sus amigos iban a marcharse, Gwydion les llamó.

-Son regalos muy pequeños para un valor tan grande -dijo-. Pero está en mis manos el dároslos, lo cual hago con el corazón alegre y con la esperanza de que los guardaréis no tanto por su valor como por lo que significan corno recuerdo.

»A Fflewddur Fflam le daré una cuerda de arpa. Aunque se rompan todas las demás, ésta resistirá siempre, sin importar las caballerescas extravagancias que pueda acumular sobre ella. Y su tono será el más certero y hermoso.

»A Doli del Pueblo Rubio le concederé el poder de la invisibilidad, por el tiempo que él desee conservarlo.

»Al fiel y valeroso Gurgi le daré una bolsa de comida que estará siempre llena.

Guárdala bien, es uno de los tesoros de Prydain.

»A Eilonwy de la Casa de Llyr le daré un anillo de oro con una gema tallada por los antiguos artesanos del Pueblo Rubio. Es de gran valor pero su amistad es para mí todavía más preciada.

»Y a Taran de Caer Dallben... -Gwydion hizo una pausa-. Escoger su recompensa ha sido lo más difícil de todo.

-No pido recompensa alguna -dijo Taran-. No quiero que un amigo deba pagarme por lo que yo hice voluntariamente, por amistad y por mi propio honor.

Gwydion sonrió.

-Taran de Caer Dallben -dijo-, sigues teniendo el enfado rápido y eres tan tozudo como siempre. Puedes creer que sé lo que ansias en el fondo de tu corazón. Los sueños de heroísmo, de valía y de grandes hazañas son nobles; pero eres tú y no yo quien debe hacer que se conviertan en realidad. Pídeme cualquier otra cosa y te la concederé.

Taran inclinó la cabeza.

-Pese a todo lo que me ha sucedido, he llegado a querer los valles y las montañas de vuestras tierras del norte. Pero mis pensamientos se han vuelto cada vez con más frecuencia hacia Caer Dallben. Ansió volver a casa.

Gwydion asintió.

-Que así sea.

20 - Bienvenidas

El viaje hacia Caer Dallben fue rápido y sin percance alguno, pues los señores de los cantrevs del sur, roto su poder, se habían retirado nuevamente a sus pequeños tronos tribales. Taran y sus compañeros, con el propio Gwydion como guía, cabalgaron hacia el sur a través del valle del Ystrad. Eilonwy, que tanto había oído hablar a Taran de Coll y Dallben, no pensaba renunciar a visitarlos y también ella les acompañó. Gwydion le había dado a cada uno de los compañeros un hermoso corcel, entregándole a Taran el mejor de todos; el corcel gris de crines plateadas, Melynlas, del linaje de Melyngar y tan veloz como ella. Hen Wen iba, triunfante, sobre una litera conducida por caballos, pareciendo intensamente complacida consigo misma.

Jamás había visto Caer Dallben un recibimiento tan alegre (aunque para entonces Taran no estaba muy seguro sobre lo que Dallben había visto o dejado de ver), con un banquete tal que, por una vez, hasta Gurgi quedó repleto. Coll abrazó a Taran, el cual se sorprendió mucho de que un héroe tal se dignase recordar a un Aprendiz de Porquerizo, al igual que a Eilonwy, Hen Wen y a todo aquel a quien pudo ponerle las manos encima; tenía el rostro encendido como una chimenea en invierno y su calva resplandecía de placer.

Dallben interrumpió sus meditaciones para estar presente en el banquete aunque, después de los festejos, no tardó en retirarse a su estancia y no fue visto durante algún tiempo. Más tarde él y Gwydion pasaron varias horas juntos y a solas, pues había asuntos importantes que Gwydion únicamente podía revelarle al viejo hechicero.

Gurgi, instalado como en su propia casa, roncaba bajo un montón de heno en el establo. Mientras Fflewddur y Doli salían a explorar, Taran le enseñó a Eilonwy el aprisco donde la cerda gruñía y resoplaba tan feliz como antes.

-Así que en este lugar empezó todo -dijo Eilonwy-. No quiero parecerte una criticona, pero creo que no deberías de haber tenido tantos problemas para mantenerla aquí dentro. Caer Dallben es tan bonito como habías dicho, y deberías estar contento por hallarte en tu hogar -prosiguió-. Es como recordar de pronto dónde pusiste algo que has estado buscando.

-Sí, supongo que es algo así -dijo Taran, apoyándose en el vallado y examinándolo con gran atención.

-¿Qué harás ahora? -le preguntó Eilonwy-. Supongo que volverás a ser Aprendiz de Porquerizo.

Taran asintió sin levantar la vista.

-Eilonwy -dijo, con tono vacilante-, yo esperaba... quiero decir, me preguntaba...

Antes de que pudiese terminar, Coll llegó a la carrera y le dijo en un murmullo que Dallben quería verle en privado.

-Eilonwy... -empezó a decir nuevamente Taran, deteniéndose luego de repente y dirigiéndose hacia la casita.

Cuando entró en la habitación, Dallben estaba escribiendo con una gran pluma de ave en El Libro de los Tres. Tan pronto vio a Taran, cerró rápidamente el tomo y lo puso a un lado.

-Bien, veamos -dijo Dallben-, me gustaría que habláramos tranquilamente. En primer lugar, me interesa saber qué opinión tienes acerca de ser un héroe. Me atrevería a decir que debes de estar bastante orgulloso de ti mismo. Aunque -añadió-, no es esa la impresión que se desprende de tu cara.

-No tengo ningún motivo para sentir orgullo -dijo Taran, ocupando su puesto de costumbre en el banco que le era tan familiar-. Fue Gwydion quien destruyó al Rey con Cuernos, y Hen Wen le ayudó a conseguirlo. Pero fue Gurgi, no yo, quien la encontró. Doli y Fflewddur lucharon de modo glorioso en tanto que yo era herido por una espada que no tenía derecho a blandir. Y Eilonwy fue la que, en primer lugar, cogió la espada en el túmulo. En cuanto a mí, casi todo lo que hice fue cometer errores.

-Vaya, vaya -dijo Dallben-, son quejas suficientes como para aguar la más alegre de las fiestas. Aunque lo que dices puede ser cierto, sin embargo creo que tienes razones para sentir cierto orgullo. Fuiste tú quien los guió y los mantuvo juntos. Hiciste aquello que te habías propuesto hacer, y Hen Wen está de nuevo segura entre nosotros. Si cometiste errores, los has reconocido. Como ya te dije, a veces es más importante el buscar que el encontrar.

»¿Acaso importa realmente -prosiguió Dallben-, cuál de vosotros fue el que hizo tal cosa, ya que todos compartíais el mismo objetivo y el mismo peligro? Nada de lo que hacemos se hace por completo sin que nos ayuden. Hay una parte de nosotros en todos los demás... y, de todas las personas, tú deberías saberlo mejor. Por lo que he oído, has sido tan impetuoso como tu amigo Fflewddur; me han contado, entre otras cosas, acerca de una noche en que te lanzaste de cabeza a un arbusto espinoso. Y, ciertamente, te has compadecido de ti mismo tanto como Gurgi; y, al igual que Doli, has luchado por conseguir lo imposible.

-Sí -admitió Taran-, pero no es eso todo lo que me inquieta. He soñado con frecuencia con Caer Dallben y ahora quiero este lugar, y a ti y a Coll, más que nunca. No pedía nada mejor que estar en casa, y mi corazón se alegra. Pero tengo una extraña sensación. He regresado a la habitación en la que dormía y la he encontrado más pequeña de lo que yo recordaba. Los campos son hermosos, pero no son del todo como yo los veía en mi memoria. Y ahora me siento inquieto, pues me pregunto si voy a ser un extraño en mi propio hogar.

Dallben sacudió la cabeza. -No, jamás lo serás. Pero no es Caer Dallben la que ha empequeñecido. Eres tú el que se ha hecho mayor.

Así son las cosas. -Y está Eilonwy -dijo Taran-.

¿Qué será de ella? ¿Sería... sería posible que la dejases permanecer aquí con nosotros?

Dallben frunció un poco los labios y jugueteó con las páginas de El Libro de los Tres.

-Bien, en cuanto a eso -dijo-, la princesa Eilonwy debe volver junto a sus parientes... sí, es una princesa. ¿Acaso no te lo dijo? Pero no hay prisa. Puede que consienta en quedarse. Quizá si hablas con ella...

Taran se puso en pie de un salto.

-¡Lo haré!

Salió corriendo de la habitación y se dirigió a toda velocidad hacia el aprisco de Hen Wen. Eilonwy seguía allí, observando con interés a la cerda oráculo.

-¡Vas a quedarte! -gritó Taran-. ¡Se lo he preguntado a Dallben!

Eilonwy sacudió la cabeza.

-Supongo -dijo- que jamás se te ocurrió preguntármelo a mí.

-Sí... quiero decir -empezó a tartamudear-. No pensé...

-Normalmente, no piensas -suspiró Eilonwy-. No importa. Coll me está preparando una habitación.

-¿Ya? -exclamó Taran-. ¿Cómo lo sabía el? ¿Cómo lo sabías tu?

-¡Humph! -dijo Eilonwy.

-¡Oink! -dijo Hen Wen.

FIN

Librodot